La rosa más pura

MORUENA ESTRÍNGANA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, octubre 2024

© 2024 Moruena Estríngana
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Nota de la autora

Estás ante una novela inspirada en la historia de *La Bella y la Bestia*. Hay momentos que te lo van a recordar, o palabras que se han usado que te llevarán a ella. Debía tener su esencia…, pero no estás ante un libro infantil. He elevado la historia a otro nivel y me he tomado muchas libertades, que no se parecen en nada a lo original. Vamos, que en este, la Bestia sí se va a comer a la dulce Bella, ya me entendéis. Ejem, ejem…

Disfrútala y, sobre todo, ama.

A mi hijo, por amar tanto *La Bella y la Bestia* como yo.
Me encanta ver esta película contigo y cantar juntos las canciones.

A todas las personas que, siendo niñas, amaron como yo la película de *La Bella y la Bestia*; que se la pusieron una y otra vez, cantando todas y cada una de sus canciones. Amando a la Bestia.

«Después de todo este tiempo, él por fin aprendió a amar».

Sra. Potts,
película de *La Bella y la Bestia*.

Prólogo

Adam, duque de Darkbeast, sujetó su mejilla mientras la sangre llenaba sus manos.

—Si no has sido capaz de aceptarme a mí, nadie será capaz de amar a un monstruo como tú. Te vas a pudrir en este castillo. Yo me encargaré de ello.

Adam se movió entre las plantas, sujetando su mejilla llena de

sangre.

Los invitados a la fiesta en su castillo seguían ajenos a lo que había acontecido.

Llegó hasta los rosales odiando lo blancos que eran.

Entonces, vio a una joven de largo pelo castaño, que acariciaba los pétalos como si fueran de cristal.

La joven se giró y lo miró. Debía tener unos seis años menos que él; por ese tiempo, contaba con veinte.

Lo miró y, al percatarse de la sangre, corrió a su lado, pero Adam la apartó con enfado.

—Está herido.

—Déjame solo.

La joven no lo hizo.

Acercó su pañuelo a la herida y la tocó sin miedo, ni asco.

Ambos se miraron a los ojos con intensidad, mientras el dolor surcaba el rostro del joven lord. Solo fue un segundo, pero lo suficiente para ser testigo de que entre los dos había habido algo más que una mirada sin importancia.

Hay miradas que cambian el curso de la vida.

—Lo dejaré solo cuando lo cure. —La joven tenía una fuerza en sus ojos color avellana que Adam no había visto.

Se sujetaron la mirada y Adam se dio cuenta de que esa joven no lo miraba como el resto. A él lo observaban como si fuera un dios, pero ella solo veía al hombre.

Tal vez, quería algo de él…

Adam apartó la mano para que la joven saliera corriendo horrorizada, como todos los que se habían cruzado en su camino.

Ni uno solo se había acercado a ayudarlo. Todos corrían hacia la fiesta, haciendo que los odiara todavía más.

¡Él era el hombre más apuesto de Londres! ¡Estaba a punto de casarse con una princesa que lo haría príncipe! ¡¿Cómo osaban a repudiarlo?!

La joven solo lo miró y se rasgó el vestido para curar su mejilla.

Lo tocó con decisión.

Tiro de él hacia las cocinas y calentó agua caliente, haciéndose cargo de la situación. Era algo poco común en una lady.

—Una joven de su posición no sabe nada de heridas.

—No hable.

Adam no vio el dolor en los ojos de la chica.

Esta empezó a limpiar la herida con agua caliente, con sumo cuidado y cariño. Con la misma ternura con la que Adam le había visto acariciar los pétalos de las rosas.

Lo curó tras darle mucho alcohol, para que no le doliera

tanto, y empezó a coser la herida tras quemar la aguja.

Lo hizo con delicadeza, como el que cose un lienzo con hilos de seda.

Adam cerró los ojos, preso del dolor, mientras la joven lo curaba.

—No es propio de señoritas —insistió borracho—. Escondes secretos.

—Como todos. —Siguió cosiendo su herida

El médico llegó cuando terminó de coser el corte. La zona estaba hinchada y hasta que no bajara la inflamación no se podrían evaluar los daños.

Adam perdió el conocimiento por el dolor.

Soñó con la joven; le sonreía de una forma que hacía años nadie le ofrecía.

Cuando despertó, la joven ya no estaba. Tampoco los invitados, y, lo peor, es que esa noche murió un hombre en el castillo. Era uno de los tantos primos que tenía.

A partir de ese momento, corrió el rumor de que había sido él.

Pero Adam no recordaba nada…

La princesa canceló la boda tras mirarlo con asco.

La gente odiaba mirarlo la cara, y, por eso, mandó crear una máscara negra que cubriera la mitad de su rostro. Se dejó crecer el pelo y la barba, y se fue volviendo cada vez más huraño.

Hasta que se quedó sin sirvientes, ni amigos. Salvo un par de primos, a cuál más odioso.

Uno de esos primos horribles era lord Radcliffe. Lo odiaba porque siempre andaba cerca para recordarle que, si no se casaba, lo perdería todo. El otro, que no tenía dónde caerse muerto y que siempre le robaba los mejores licores, era lord Morris.

Tenía una familia muy extensa, pero pocos estuvieron a su lado cuando la soledad asomó a su puerta.

Su abuelo tuvo cuatro hijos. A los tres primeros les dio tierras y dinero, junto al título de duque. Pero, al último, el padre de lord Radcliffe, solo un condado, unas pocas tierras, y la posibilidad de heredar todo si Adam y sus padres morían sin descendencia.

Se rumoreaba que esto se debió a que no creía que fuera su hijo. Sospechaba que su abuela lo había sido infiel, pero, sin pruebas, solo le podía castigar sin títulos de mayor rango.

Por eso, siempre andaba cerca de Adam, junto con lord Morris.

Adam los odiaba a los dos por igual, aunque al primero algo más. Con lord Radcliffe tenía una cuenta pendiente.

—Mi hija cree que la llevaré a la temporada este año, porque con diecinueve años espera que me apiade de ella… —Lord Morris se rio mientras sacaba una bolsa de dinero.

Lord Morris se casó con una joven viuda, cuando esta esperaba un niño. Lo hizo, para conseguir el dinero que ofrecía el padre de esta, para que su hija no se viera criando a un hijo sin la protección de un hombre.

Nació una niña y a los pocos meses murió la madre.

Se rumorea que lord Morris había tenido algo que ver, y sabiendo lo desgraciado que es, a Adam no le extrañaba que fuera culpable.

No conocía a su hijastra. Sabía que había estado en su castillo en alguna de sus fiestas, pero nunca habían sido presentados. Lo único que sabía de ella era que su padre no había invertido el dinero que su suegro dejó para la educación de su nieta, su presentación en sociedad y su dote.

Los tres se encontraban en una de las salas de su castillo. Adam no los quería allí, pero sus dichosos primos entraban en su hogar cuando se les antojaba.

Adam no había salido de este desde que fue herido. Por eso, los soportaba lo justo para jugar unas partidas, ganarles el dinero y perderlos de vista. Sabía que un día la vida le daría la oportunidad de

vengarse de la familia Radcliffe.

—Deberías arreglarte un poco e ir a Londres para la temporada. —Adam miró a su primo lord Radcliffe—. Como no tengas un heredero, será mío todo lo tuyo.

Adam odiaba esa posibilidad, y tenía sus motivos.

Lord Morris trató de hacerles trampas de nuevo, ya que les debía mucho dinero. Más del que podía pagar.

—Le propongo algo. —Adam miró a su primo lord Radcliffe. No tramaba nada bueno—. Su hija pasará a ser su protegida. Al fin y al cabo, por matrimonio, sois primos lejanos. —Adam lo miró, pensando que estaba loco—. Si en un año consigue que sea presentada en sociedad, convirtiéndose en una respetada dama, y que, a pesar de tener varios pretendientes, lo elija por encima de todos, me alejaré de su vida para siempre. ¿No es eso lo que más desea?

Claro que eso era lo que más deseaba. Lo odiaba y, por eso mismo, lord Radcliffe osaba venir a su castillo para recordarle que todo eso sería suyo. Sabía que Adam haría lo que fuera para perderlo de vista.

—¿Y cuál es el truco?

—Nada, pero si gano yo… Este castillo será mi nuevo hogar.

—¿Mi castillo?

—Sí, mi padre debió tener uno igual, como sus hermanos, pero nuestro abuelo no quiso darle el dinero suficiente.

Su abuelo mandó construir castillos para sus tres primeros hijos, donde ellos quisieran, y, como la madre de Adam era de Londres, este se levantó a unas horas de la ciudad. Todo fue tal como su madre quiso, porque su padre solo tenía ojos para su joven esposa.

—Sigo sin ver dónde está la trampa.

—La hija de lord Morris no ha sido educada para ser una lady, y este bruto se ha gastado su dinero. Solo tendrá un año por delante, y, si esa joven puede elegir entre un esposo, su libertad o tú… —pasó a tutearlo con su sonrisa ladina—. Estoy seguro de que nunca elegirá amar a una bestia. —Se rio.

—No me gustan tus juegos… —También lo tuteó, alejándose de la educación formal y tirante.

—Bueno, pues no aceptes el juego. Total, al final tu herencia pasará a ser mía o de mis hijos, pero nunca de los tuyos.

—Yo, si me perdonáis la deuda, os cedo la tutela de mi hija. Al fin y al cabo, a nadie le extrañará que Anabella se convierta en la protegida de su primo, el duque. Lo verán de lo más normal.

No tenían la misma sangre, pero lord Morris la había adoptado como su hija, por lo que nadie vería extraño que apoyara a una prima para buscar esposo.

—Y luego el monstruo soy yo —murmuró Adam.

—Bueno, ¿qué dices, primo? ¿Aceptas? En el trato no entra que la ames. Los dos sabemos que eres incapaz de amar a nadie más que a ti mismo o las riquezas. Por eso, has acabado así. —Mira su máscara y sus oscuras ropas.

Adam lo pensó. Era una oportunidad para conseguir que su primo desapareciera de su vida para siempre; odiaba verle la cara. Dudaba de que esa mujer lo acabara queriendo, pero haría lo posible por engañarla y que lo amara.

Su primo tenía razón en una cosa: su corazón era incapaz de albergar amor por nadie. Hacía tiempo que la poca humanidad que tenía había desaparecido.

—Acepto.

—Perfecto. La próxima temporada veremos si eres capaz de hacer que esta joven sea una debutante respetable, con el mundo bajo sus pies, y que, a pesar de eso, te elija a ti.

—Lo dudo mucho, porque mi hija todo lo que tiene de hermosa lo tiene de burda. Pero me da igual.

—¿Hermosa? —dijo su primo mientras Adam tomaba su mano para cerrar el trato.

Lord Murray asintió y lord Radcliffe lo miró desafiante.

—La belleza sola no es suficiente, lo sabes mejor que nadie —le recordó a Adam, con todo el odio posible.

Adam no le respondió, y se levantó de la mesa.

—Nos vemos en la siguiente temporada, primo. Hasta entonces, espero no tener la desgracia de verte.

Su primo seguía inquieto, mientras los tres juraban guardar el secreto de la apuesta por el bien de esta.

Adam se marchó a su dormitorio pensando en la apuesta y en dónde se había metido por su odio a su primo hermano. Llevaba años sin salir del castillo y ahora… Ahora tendría que presentar a una joven a la próxima temporada y enamorarla.

Lo tenía jodido.

Muy jodido.

Capítulo 1

Anabella

—No me puedo creer que me hayas cambiado para saldar tus deudas.

—Vamos, no te quejes, que ya te espera el carruaje del duque. Vas a ser su protegida. Al fin y al cabo, es tu primo. Nadie verá nada raro. Además, serás presentada en sociedad. ¿No era eso lo que querías?

Mi padre es un ser odioso y egoísta. No tengo su sangre, pero es el único padre que he conocido, y que me dio su apellido cuando nací. Por eso, para mí es mi padre, aunque lo odie y deteste.

Se casó con mi madre porque mi abuelo la obligó, y, al poco de que yo naciera, mi madre murió desangrada. Algunos dijeron que por su culpa, pero nadie sabrá nunca la verdad.

Se quedó conmigo, odiando tener que cuidarme.

Se le da mejor inventar trampas para ganar dinero, aunque no le ha salido muy bien, porque ha ido perdiendo poco a poco toda la herencia que le dejó mi abuelo para que fuera presentada en sociedad.

Juró que me presentaría en sociedad, antes de que mi abuelo muriera, cuando no era más que una niña, pero se gastó mi dinero de la educación. La casa apenas tiene sirvientes y, aunque vivimos en Londres, casi no salgo de mi casa por miedo a que la gente vea mis horribles ropas remendadas. Soy una lady que, por culpa de mi padre, nunca se ha presentado como tal.

Yo lo creí, a pesar de saber que no estoy lista para ello, y ahora me vende a su primo lejano, al que todos conocen como la Bestia, y del que se rumorean cientos de cosas. Desde que ha matado a alguien, hasta que fue herido por una atractiva mujer cuando se negó a amarla, porque él deseaba ser príncipe por encima de todo, a pesar de haber tenido algo con ella y deshonrarla.

Al parecer, solo la sedujo por aburrimiento… O eso cuentan.

Vive a las afueras de Londres, en un castillo que vi cuando tenía doce años, justo cuando pasó todo, porque mi padre fue invitado a una de sus fiestas.

Me llevó con él porque los sirvientes lo dejaron solo, por falta de pago, y debía acompañarlo o quedarme sola hasta que muriera de hambre. Tampoco es que quisiera más habladurías a su costa.

Entonces, lo vi entre las rosas blancas. Algunas se tiñeron de rojo por su sangre. El corte era profundo y hecho con la clara

intención de destrozar la belleza del joven duque.

Mientras lo cosía me vi admirando la belleza de su rostro.

Aún recuerdo cómo el tocarlo, y tenerlo tan cerca, me hacía temblar. Era el primer hombre con el que me encontraba tan cerca, y que no se trataba de mi horrible padre.

Desde entonces, han pasado siete años, y su vida y la mía han cambiado mucho.

Para empezar, si no soy presentada en sociedad, pronto tendré pocas opciones para contraer matrimonio, pues ya tengo veintiún años.

Aun así, no me puedo creer que mi padre fuera capaz de venderme a su primo.

—Hice una promesa, y esta, al menos, la debo cumplir. —Mi padre se ríe y siento escalofríos. Se me acerca, y me aparto aterrada—. Si en un año no encuentras esposo, tendrás la libertad, con una cuantiosa suma económica para irte lejos. No hice un mal trato. Así que, deja de quejarte y entra al carruaje. He quedado para jugar a las cartas. —Trata de tocarme, pero me aparto agitada—. Me sigues teniendo miedo… —Su mirada se oscurece y se carcajea de mí, como siempre.

Me marcho a mi dormitorio para no retrasar más esto.

Si puedo tener la libertad en un año y estar lejos de este hombre, tal vez este trato no sea tan malo.

Cojo mis pocas pertenencias y entro al carruaje del duque, no sin antes fijarme en el escudo real. Son rosas entrelazadas. Siempre han sido mis flores favoritas. Por eso, esa noche, cuando lo vi, estaba entre ellas.

El vehículo se pone en marcha y aguanto la respiración. Siento que mi vida está a punto de cambiar para siempre.

Adam

—La joven está de camino. —Mi mayordomo Landon entra a mi despacho mientras yo reviso unas cuentas.

—¿Está todo acomodado para ella?

—Sí, señor, pero, si pretende que se enamore de usted, para librarlo de su odioso primo, ¿por qué la ha instalado tan lejos de sus dependencias y le va a prohibir recorrer el ala oeste del castillo, que es donde está usted?

—Eso es problema mío. El vuestro es ocuparos de que esa joven reciba una buena educación, clases de baile y que la llevéis a comprar nuevos vestidos.

—Ya, señor…

—¡He dicho que es mi problema!

Veo cómo Landon tiembla. Es mi mayordomo desde toda la vida; sigue a mi lado a pesar de mi agrio carácter. Nunca me deja solo, a pesar de la tormenta.

Odio ser así. Odio ser huraño, pero no sé comportarme de otra forma porque odio cada segundo de vida donde mi corazón sigue latiendo en este mundo tan gris.

—Como desee.

Se marcha y sigo revisando todo, hasta que escucho la llegada de un carruaje.

Me asomo por la ventana, sabiendo que se tratará de la joven que supuestamente me debe amar.

No lo hará.

Si la libertad u otro marido, diferente a mí, está entre sus posibilidades, está claro que nunca seré una opción.

Nunca debí hacer esta apuesta, pero mi primo es un ser horrible.

La joven sale del carruaje con una capa de color marrón que oculta su cara.

Entra al castillo y siento como si alguien me acabara de oprimir el corazón.

Hubo un tiempo en que no necesité hacer nada para conseguir cientos de mujeres a mis pies. Solo tenía que sonreír, y mi herencia y mi cara hacían el resto.

Ahora, años más tarde, he olvidado lo que es eso.

Desde hace un tiempo, mi pasatiempo favorito es odiar a todo el mundo, y, lo peor, es que casi todos merecen mi odio.

No tengo muchos sirvientes, pero, los pocos que tengo, están

revolucionados con la llegada de Anabella, que así es como se llama la joven.

Ando por los pasillos hasta salir a los jardines.

Mis jardines están llenos de rosas; de rosas rojas como la sangre. Antes eran blancas, pero, tras lo sucedido, odié la pureza de esas flores y mandé que las quemaran. Ordené que solo plantaran rojas. Son de una belleza sin igual, llenas de grandes espinas, que recuerdan que la belleza está sujeta al dolor de estas.

Camino por los jardines hasta que veo al fondo a la joven. Trata de tocar una de las rosas.

Me enfurece su osadía.

Odio que la gente toque las rosas.

Por eso, voy hasta ella olvidando mis pocos modales.

—¡¿Se puede saber qué hace?! —Mi voz es dura y un poco ronca.

La joven se sobresalta y tropieza al moverse, cayendo al suelo. Mira hacia las sombras, donde estoy, y me quedo petrificado.

Corté todas las rosas blancas, pero ella, entre tantas flores rojas, parece sin duda la rosa más pura. Es como si destacara sobre todas ellas con su cremosa piel rosada.

Su piel es perfecta, sin una mácula, y su belleza corta el aliento; y eso que ahora mismo no puedo verla bien porque parte de su rostro está entre las sombras.

Esta joven tendrá el mundo a sus pies cuando la presente en sociedad, como su primo, el duque.

«Entre todas las opciones nunca me elegirá».

—Buenas noches, señor. Yo… no sabía que no podía tocarlas. —Sonríe. Sus labios son grandes y rojos como mis rosas.

—Solo llevas un día y ya estás dando problemas.

—Yo no pedí estar aquí. —Se levanta y me mira desafiante. El pelo castaño cae por su espalda y sus grandes ojos color avellana me miran sin atisbo de miedo.

«Es como esa joven…».

—¿Nos conocemos?

—Lo vi hace años, cuando…

—¿Eres esa molesta joven? —Salgo de entre las sombras y da un paso atrás.

—Esa molesta joven le salvó de morir desangrado, o algo peor. —Su mirada es segura y, a pesar de que voy hacia la luz, no tiembla.

No me tiene miedo.

—Como ve, poco queda de ese hombre.

—Ya veo. —Observa mi largo pelo rubio, mi barba y la máscara negra. Soy muy alto y, con los años, mi cuerpo se ha llenado

de músculos, debido al ejercicio físico que hago a diario para mantenerme ocupado—. Sin duda necesita un buen corte de pelo. ¿Acaso despidió al peluquero?

Su sentido del humor me pilla por sorpresa. Sobre todo, cuando sonríe como si mi presencia no la perturbara ni un poco.

«¡Qué mujer más rara!».

He visto a personas salir corriendo solo por tenerme cerca y ella me observa con una dulce y desafiante sonrisa en los labios.

Nos miramos a los ojos y, como hace años, el aire parece cambiar entre los dos. Se vuelve más denso.

—Lo maté —digo, y agranda los ojos.

Entonces, escudriña la mirada y arruga la nariz.

—Lo dudo, pero usted mismo. Ya corren cientos de rumores sobre usted. Así habrá uno más que contar.

Me mira altiva, desafiante y entonces recuerdo de quién es hija. Si ha tenido que soportar vivir con ese hombre, no se asustará con facilidad.

Mi primo es un ser odioso, y no trata bien a nadie. A diferencia de mí, que solo gruño, abusa de su poder con desprecio hacia el resto del mundo.

—No me ponga a prueba, no vaya a ser que descubra usted misma si soy o no capaz de matar a alguien.

—Me gustaría ver cómo lo intenta.

«Joder, esta mujer es toda una revelación».

Puede ser una molestia.

Casi la prefería asustada y callada, pero dudo que Anabella sepa lo que es eso. Siento que va a poner mi vida patas arriba y puede que al final de un año sea yo el que le ceda el castillo a mi primo, sin pelear por él.

Odio las complicaciones y Anabella lo es. Lo siento así.

—Intenta molestarme lo menos posible, Bella.

—Mi nombre es Anabella…

—No para mí.

Me marcho y, cuando entro en el castillo, me voy hasta mis dependencias diciendo a cada sirviente que veo que, como Anabella entre en ellas, estarán todos despedidos.

¡Joder! Yo solo quiero paz, y ella es un torbellino de luz que este castillo no necesitaba. Se está muy bien entre la oscuridad.

Odio a mi primo, pero esto es demasiado.

¡Esta mujer me pone de los nervios!

Capítulo 2

Anabella

—¡¿Acaso no sabe ni coger una cuchara en condiciones?!

Mi institutriz se pone de los nervios.

La señora Spooner vino a primera hora de la mañana para presentarse y supervisar qué vestidos pedía a la modista.

Creo que han pedido demasiados.

No he vuelto a ver al duque desde que anoche irrumpió en los jardines para dejar claro que no queda nada de bondad en él.

Siento que quería asustarme. Con seguridad, para fastidiar, pero olvida que he vivido con un monstruo, y hace tiempo que las sombras no me asustan.

Mi padre es un ser horrible y sin corazón…

Toco mis brazos agitada y trato de recordar que aquí no está; que, mientras viva con su primo, tal vez esté a salvo, antes de alejarme de Londres… Una vida lejos de mi padre.

Mi institutriz me mira molesta.

No le respondo. No hace falta explicarle que he vivido en la casa de un conde donde lo que más aprendí fue a evitarlo cuando estaba borracho.

—Se coge así, joven inútil. —La señora Spooner me agarra las manos hasta retorcerme los dedos.

—¿Qué está pasando aquí? —Lord Darkbeast entra a la sala y se hace el silencio.

Va vestido todo de negro y, con lo alto que es, impone todavía más.

Clava sus ojos azules en mí y en la señora Spooner.

—Esta joven que tengo que preparar dudo que esté lista para la temporada siguiente.

—Le pago un dineral para que ella esté lista, y no para que me venga con sus quejas. Si no cree que pueda con este trabajo, ahí tiene la puerta.

Lord Darkbeast se acerca más y la señora Spooner tiembla como si fuera a sacarle la cabeza de los hombros.

—Por cierto, *milord* —dice tranquila la señora Aura. Es mi dama de compañía—. Usted deberá ir con su prima a su presentación en sociedad. Es mejor no olvidarlo. Ha aceptado presentar a este miembro de su familia.

Lord Darkbeast la mira como si quisiera que se esfumara.

—Eso no es cierto. No necesito ir con ella a Londres. Solo que la gente sepa que tiene mi apoyo.

—Las cosas no funcionan así —añade tranquilo el mayordomo desde la puerta—. Tal vez le vendría bien refrescar sus modales porque los va a necesitar en la ciudad.

—Y de paso revivir al peluquero y que le arregle esas greñas —añado, haciendo que lord Darkbeast me fulmine con la mirada, mientras la señora Spooner se abanica como si fuera a darle una embolia.

—No tiene que opinar nada. Puedo hacer todo esto mejor que usted, al parecer.

Coge la cuchara y me demuestra cómo comer la sopa.

Lo miro desafiante y tomo el cuenco para beber a morro.

La señora Spooner se desmaya con las piernas para arriba, mientras lord Darkbeast se centra en mi desafío, sin perder detalle.

Cuando termino, dejo la sopa en la bandeja y, entonces, cojo la cuchara lo mejor que sé para imitarlo.

—Nunca he tenido problemas ni para comer, ni para adaptarme. Seré mucho mejor que usted.

—Lo dudo mucho, pero acepto el desafío. Ahora, a ver si es posible que este castillo no albergue más cadáveres. —Observa a la señora Spooner, a quien le están dando sales.

Se marcha y es como si el aire cambiara. Deja de ser tan pesado sin su presencia.

Lo tengo complicado, pero nunca me he rendido ante un reto. Pienso demostrar a todos que seré capaz de ser presentada en sociedad y luego… Luego ser libre para viajar. Hay cientos de mundos que quiero conocer y me han prometido una cuantiosa dote si elijo ese camino.

Entro en mi cuarto, seguida de la señora Aura; su hijo de unos

cuatro años viene detrás de nosotros.

Es la mujer de uno de los sirvientes, Elias, y uno de los pocos que siguen aquí desde el cambio del duque.

Pocos saben lo que pasó esa noche exactamente.

Yo estaba allí. Lo curé, como pude, y después todos fuimos despedidos de sus tierras, por los sirvientes, ya que no querían a nadie cerca del duque.

No recuerdo mucho de esa noche porque, cuando desperté, estaba en el carruaje con mi padre, y un fuerte dolor de cabeza. Toqué mi nunca y, por su sonrisa, supe que era el culpable.

Esa noche empezaron a circular rumores sobre el duque, de que trató de matar a una joven, y esta se defendió, marcándolo.

Circulan muchos rumores sobre él, como que algunos crean que está maldito.

Yo opino que todo tiene una explicación, porque esa joven, tras abandonar el castillo, se casó con un lord de Escocia, y vive allí desde entonces.

Alguien se preocupó en esparcir esos rumores por ella, o ella lo hizo antes de irse.

Las rosas del jardín del duque cambiaron de color y se rumorea que fue por su sangre.

Esa noche yo vi las rosas manchadas de sangre, pero sé que solo eligió un nuevo color para sus flores.

Lo malo es que, desde entonces, a veces tengo pesadillas en las que veo rosas blancas manchadas de sangre. Me despierto siempre agitada, tras un horrible sueño, y no sé bien la razón.

Lo cierto es que las rosas rojas son de un color más acorde con su propietario; de un rojo sangre tan bello como tenebroso.

El castillo ha cambiado mucho desde la última vez que vine. Muchos muebles están tapados con sábanas y la mayoría de las habitaciones están cerradas con llave. Se nota que el suelo no está pulido y la madera se ha oscurecido.

No tiene nada que ver con la belleza que mostraba hace años.

Me recuerda a mi casa de Londres, donde mi padre ha usado los muebles y cuadros para empeñarlos.

He visto cómo la casa perdía su brillo poco a poco.

Aunque lo peor de esa casa no es la falta de muebles, sino el monstruo que habita en ella… Estar aquí, al menos, me aleja de mi padre, y ya por eso merece la pena todo el esfuerzo.

El duque da miedo, pero a mí no.

Cuando nos miramos, siento algo más. Es algo que poco tiene que ver con el miedo. Mi corazón no late de la misma forma cuando él está cerca.

Miro hacia el ala oeste y recuerdo la prohibición de ir a esa

zona de la casa. Está al otro lado de la gran escalera, y mis aposentos se encuentran justo enfrente.

Sé que allí están las dependencias del duque, y, por eso, tampoco se me ocurre adentrarme por ella.

El duque es un ogro y cuanto menos tiempo pasemos juntos mejor.

—Tenga paciencia con el duque. No lo ha tenido fácil —me indica la señora Aura cuando me ayuda a cambiarme para la cena.

Cenaré sola en una habitación, justo al lado de mi dormitorio.

—Yo tampoco, y no por eso me comporto así.

—No, pero no todos reaccionamos igual ante los golpes. Hay unos más fuertes que otros. Vamos, la cena espera.

Salimos del cuarto y vamos hasta la pequeña salita.

Ceno sola mientras la señora Aura supervisa que todo esté correcto.

Me encantaría que se sentara a acompañarme, pero, si quiero demostrar a todos que puedo ser la lady para la que nací, debo esforzarme y recordar las normas de etiqueta, por estúpidas que me parezcan.

En un año seré libre… Quiero soñar que un día seré capaz de correr tan alto como las nubes, y reír tan fuerte como los truenos en la noche.

Quiero soñar, porque eso es lo único que no pudo quitarme mi padre mientras trataba de destruirme.

Capítulo 3

Anabella

El verano está siendo muy caluroso y, aprovechando que hoy es domingo y no tenía clase con la señora Spooner, he decidido dar un paseo cerca del lago que queda cerca del castillo.

Llevo aquí poco más de dos meses y no he dejado de estudiar incansablemente. Lo que más me gusta es cuando me enseñan a leer. Sabía leer algo, pero ahora puedo coger un libro y hacerlo con más soltura.

Siempre he amado los libros, pero mi padre no veía necesario que una mujer supiera leer. Decía que para casarme no necesitaba saber, y que, cuantos menos conocimientos tuviera, era mejor para encontrar un esposo. Según él, a los hombres no les gusta que una mujer sea más lista que ellos.

Lo primero que vendió para pagar sus deudas fueron los libros y yo sentí como si me matara cuando vi cómo desaparecían de las estanterías.

No he visto al duque desde el día que irrumpió en mis clases, y casi que lo prefiero.

No sé qué espera de mí.

Tampoco entiendo por qué saldó la deuda de mi padre conmigo, por muy primo suyo que sea. Sería algo entendible si hubiera buscado en mí a una esposa, y habría comprado a una, pero no tiene sentido solo para darme la libertad.

Algo no me cuadra en toda esta historia, porque al duque no se le conoce por su amabilidad. Tiene muchas primas repartidas por medio mundo a quien ayudar, y yo ni siquiera soy su prima de sangre, pero estoy aquí, bajo su tutela, para conseguir un mejor marido en Londres.

No, nada de esto tiene sentido, pero tampoco sé cómo de parecido es a mi padre, o si son más íntimos de lo que creo.

Mi padre ha venido muchas veces a su castillo a jugar y, por suerte, me dejaba en casa, pero siempre ha andado cerca. Tal vez son más íntimos de lo que creía y por eso le hace este favor, ya que mi padre no puede hacerse cargo de mi presentación.

Quizás solo se trate de eso.

Aunque también me dijo un sirviente que solo me quería para arrebatarme la virginidad y tirarme por la torre más alta, como si

fuera un ritual.

No lo creí, pero me horrorizó ver la facilidad que tiene la gente para inventar y creerse cualquier cosa. Hasta se rumorea que, en las noches de luna llena, al duque le salen cuernos y pelo por todo el cuerpo. Cuentos y más cuentos.

Llego al lago y el agua parece tan clarita, transparente, que siento deseos de meter mis pies en ella.

Miro a mi alrededor y no hay nadie.

Me quito la ropa, hasta quedarme solo con la camisa de vestir. Hacer esto es muy osado. Sobre todo, porque no sé nadar, pero no parece que sea profundo.

Mojo mis pies disfrutando del agua corriendo por mis dedos. Hasta veo pececillos cerca.

Me adentro un poco más, tentada por estas bellas aguas cristalinas.

Camino con cuidado, por donde creo que puedo hacer pie. Lo hago envalentonada, hasta que me hundo, y el agua me engulle.

Grito mientras intento salir, sintiendo mis piernas enredadas en algo.

No, este no puede ser mi final, ahora que tengo la libertad tan cerca de mis dedos.

Adam

Salgo a caballo por mis tierras, como cada día. El castillo me ahoga, aunque tampoco hago nada por cambiar eso. Por eso, cada mañana me marcho temprano para dar un paseo por los alrededores, sin alejarme mucho.

Estoy llegando a las caballerizas cuando me parece escuchar un desgarrador grito.

Oigo de nuevo la voz ahogada y me parece que es Anabella.

Azuzo mi caballo hasta donde creo que vienen los gritos, sintiendo la piel de mis brazos erizarse, pero solo porque ella es mi responsabilidad. Si le pasara algo, sería mi fin socialmente.

Miro las aguas del lago y veo la ropa de Anabella cerca. El agua se mueve, no muy lejos.

Salto del caballo y me quito la chaqueta y las botas de camino al lago.

Por suerte, sé nadar. Mi madre me enseñó de pequeño.

Me lanzo a las frías aguas y la busco.

Cuando la encuentro, saco su menudo cuerpo inerte. Está muy pálida.

La pongo en el suelo y pienso qué hacer para devolverle el

aire.

Solo se me ocurre una cosa, pero la máscara me molesta para ese cometido y, por eso, me la quito. Bajo mi boca hasta la de ella, para llenar sus pulmones de aire.

Su boca es muy suave y fría. Está muy fría.

«Muerte, no te la lleves tan joven…».

No marcha bien, lo que hago, por lo que tapo su nariz para que nada de mi aire salga de su cuerpo.

Repito la acción y me echo hacia atrás cuando tose, y expulsa el agua de sus pulmones.

Me mira clavando sus ojos en mí. Tarde, me doy cuenta de que no llevo la máscara.

—Tan apuesto como recordaba —dice, antes de caer desmayada, con la mano alzada, como si quisiera tocar mi belleza.

Me asustan sus palabras, porque ha visto mi mejilla y frente cortadas, y que señale que hay belleza en mí, solo puede indicar que se está muriendo. Aunque hace años que no me miro en un espejo, porque rompí todos los de la casa.

La cojo en brazos y la llevo al castillo.

Ordeno que busquen al médico y los sirvientes corren a la aldea.

Voy hasta su dormitorio, seguido de la señora Aura.

—¡No debiste perderla de vista!

—Solo salió a dar un paseo. ¡No es una prisionera!

—¡Casi muere ahogada! —Me mira aterrada mientras abre la cama.

Dejo a la joven en el lecho y me fijo en que la camisa transparenta sus atractivas curvas. Intento no fijarme, pero parece que su cuerpo ha sido creado para la tentación; de los que un hombre podría perderse durante horas en él.

Aparto la mirada. Estoy agitado por lo que provoca en un corazón que lleva demasiados años muerto.

El médico no tarda en llegar y espero fuera.

Landon se me acerca.

—Si ella muere, perderá este castillo, y lo prefiero mil veces a usted que a su primo.

—No va a morir, y es el castillo lo que perderé, no a vosotros. Ni que fueras un maldito candelabro que no pudiera moverse del sitio —le suelto, removiéndome inquieto.

Entonces, reparo en que mira fijamente mi cicatriz.

—¡Manda traer mi máscara!

—Debería dejar de cubrirse.

—¡Mi máscara!

—Y de paso cortarse un poco la barba y esos pelos.

—¡¿Te despido?!

—Dudo que pueda vivir si mí, pero tranquilo, ya voy a por su máscara que no vaya a ser que nos deslumbre por su belleza y tengamos que ir con los ojos tapados.

El señor Elias, el señor Landon y la señora Aura son los únicos tres sirvientes que siguen aquí, a pesar de todo. Los otros se han ido yendo, pero ellos tres se quedaron a mi lado, como si creyeran que sin ellos no podría salir adelante.

Lo hubiera hecho, pero me hubiera costado más. Eso sí es cierto.

El médico sale poco después de que me recoloque la máscara.

—Se pondrá bien. —No da muchos detalles y sale casi corriendo.

Odio a los cobardes.

Dudo de si entrar y ver a Anabella, pero al final me quedo con la mano alzada, sin tocar a la puerta, antes de alejarme hasta mis aposentos.

Es mejor seguir ignorando a la joven. Es lo mejor para todos, pero ordeno que nadie la pierda de vista.

No quiero que me carguen la muerte de nadie más.

Capítulo 4

Anabella

Observo el invierno teñir de blanco las faldas del castillo y el lago.

No he intentado nadar de nuevo, y no solo porque haga frío ahora. Es porque tuve miedo de morir, pero entonces él llegó y me sacó de la oscuridad.

Recuerdo vagamente abrir los ojos y perderme en sus intensos ojos azules, sin esa horrible máscara. La cicatriz no se nota tanto como sus miedos.

En ese instante lo vi, y sé que en su mente esa marca es más horrible de cómo es en verdad. El duque sigue siendo apuesto. Incluso más que aquella noche, pero él no lo ve. Solo se mira y ve a un monstruo. No se percata de cómo su belleza corta el aliento.

No sé qué hizo para traerme de vuelta, pero mis labios vibraban cuando desperté. Es como si hubieran sido tocados por el beso de un ángel, mientras estaba más muerta que viva.

El duque no ha vuelto a estar cerca de mí desde ese día. No he tenido tiempo de darle las gracias, ni creo que las acepte. Me puso escolta, para que no me dejaran sola, una vez salgo de mi dormitorio, y se fue de viaje, aunque se rumorea que en realidad está viviendo en la casa del bosque, que pertenece a sus tierras, para no soportar mi presencia.

Con sinceridad, creo que es cierto.

He mejorado mucho estos meses. Sobre todo en la lectura, y gracias a eso he podido leer algunas novelas que me trae la señora Aura. Estas hablan de historias de amor y de mundos increíbles lejos de aquí.

Quiero verlos todos. Quiero ver el mar. Quiero viajar en barco, y conocer el olor de otras tierras y sus comidas.

Por primera vez creo que será posible.

Mi única meta en la vida ya no es casarme, o morir abandonada por un padre irresponsable, o algo peor. Además, estoy deseando empezar la temporada. Bailar hasta que me duelan los pies y ser la protagonista de mi propio cuento.

Miro las rosas marchitas de mi jarrón y aparto los pétalos para tirarlos.

Salgo de mi dormitorio sin hacer ruido. Por las horas que son, nadie espera que recorra los pasillos.

Bajo hasta los jardines y cojo mi capa del perchero de la entrada.

Voy hasta las rosas.

Me gusta despertar y ver esas flores en mi dormitorio.

Camino pisando la nieve, que cruje bajo mis botas de cuero.

Voy hasta donde el jardinero deja sus tijeras de cortar, y cojo una.

Tomo aire y el frío se me mete en los pulmones, pero quiero rosas nuevas. Odio cuando estas se marchitan, como si recordaran que todo lo bello se acaba. En este castillo están perfectas todo el tiempo; como si cuidar de ellas fuera primordial para el ducado.

Cojo varias y las dejo a un lado para hacerme un ramo.

Estoy acabando, cuando escucho pasos.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —lord Darkbeast brama desde las sombras—. ¿Se puede saber qué hace aquí sin su escolta? —Su voz es dura y parece sobrenatural.

—Solo estoy recogiendo unas rosas.

—¡Pedí que nunca andara sola! ¡¿Acaso quiere matarse?!

—¿Acaso no entiende que solo deseo un instante de libertad? ¡Parezco su prisionera!

Se acerca y observo que lleva el pelo en una coleta. Sus ojos azules se posan en mí.

—¡No le di permiso para destrozar mis rosales! —grita fuera de sí.

—¡Ni yo para que me gritara!

—Pero aquí sigue.

—¡Solo para conseguir mi libertad y perderlo de vista!

—¿Quiere perderme de vista? —Saca una bolsa de chaqueta y la tira a mis pies—. Son monedas de oro. Ahí tiene su libertad. La libro de su prisión. ¡Largo!

—¡Es usted el monstruo que dice la gente!

—¡Largo!

Cojo las monedas y no dudo un instante. Este lugar no es para mí. No quiero estar donde no se me quiere. Llevo así toda la vida, en una casa horrible, con un padre que siempre me ha aterrado por su maldad.

Corro hasta la verja y camino en la fría noche, hasta la aldea más cercana, que sé que no queda lejos. Solo tengo que llegar a la aldea, y pensar mi siguiente movimiento.

No he recorrido mucho, cuando escucho el aullar de los lobos, o de perros salvajes. Me sube un escalofrío aterrado y me pregunto si ese era el objetivo del duque: que los lobos me mataran y así librarse de mí.

Grito de terror cuando alguien se pone ante mí,

protegiéndome con su cuerpo.

Noto el miedo adherido a mis pulmones, y más cuando veo al duque luchar contra las bestias.

Observo como va de un lado para otro, y como lanza a los lobos por los aires con sus fuertes brazos, que tratan de morderlo. Usa la capa para esquivarlos.

Lo hace, hasta que los lobos salen huyendo, como si hubieran comprendido que esta batalla la tienen perdida.

Lord Darkbeast me mira agitado y furioso.

—No hace más que darme problemas.

—Y todo por una prima que ni es de su sangre. —Sonríe sin emoción. Va a decir algo, pero mira su brazo y pone gesto de dolor—. Está herido.

—No importa. Vamos.

—¿Y mi libertad?

—Tendrá que esperar. A menos que sea una cobarde y no quiera asumir el reto de llegar hasta el final.

—No soy una cobarde.

—Eso imaginé.

Ando a su lado y vamos hasta su castillo.

Entramos en las cocinas y le obligo a sentarse.

Preparo todo para curarlo, como hace años, cuando quise reparar el daño de su cara.

Me arrodillo a su lado para limpiar la herida. No parece profunda. Aún sigo temblando por el miedo.

—No debí dejarla marchar.

—Ni gritarme —le indico cuando empiezo a cubrir sus heridas.

—Por si no lo ha notado, las personas no se me dan bien.

—Pero los animales sí. Lo he visto pelear. Parecía uno de ellos.

Sonríe de medio lado.

—Una bestia entre las bestias —dice sin emoción.

Miro su máscara.

—¿Por qué se cubre la cara?

—Para evitar a la gente el horror de verme sin ella.

—Lo he visto sin ella y no hay horror que ocultar. La cicatriz más profunda, me temo que no es la que muestra su cara. Le quedan peor esos pelos y esa barba que la herida.

—Es mi problema.

—Lo es, sí. Un día, tal vez, deje de mirar al mundo tras una máscara. A una auténtica bestia no le importa lo que los demás piensen de él.

—No sabe nada de mí. —Se levanta y me caigo al suelo—.

Intente no salir sola. Es peligroso, y ya la he salvado dos veces. Me debe dos favores.

—Ya me dirá el precio, entonces.

Se gira y me mira. Estoy en el suelo, y recorre mis curvas con sus afilados ojos azules. Siento cómo mi piel reacciona a su escrutinio. De golpe, noto los pechos pesados y mi sexo temblar por su ardiente mirada.

Sonríe de una forma que me hace temblar y no es de miedo.

El duque tiene algo que me atrae, bajo de todas esas capas que usa para alejar a la gente de él.

—Tal vez no estemos pensando en los mismos favores —por cómo lo dice, siento que es algo carnal.

Mi cuerpo tiembla solo ante la idea y de golpe noto mucho calor.

Se marcha y me deja con la duda de si lo he malinterpretado todo.

Capítulo 5

Adam

—Hola, querido primo. —Miro a lord Radcliffe, que entra en mi despacho—. ¿Cómo va nuestro pajarillo?

—Muy bien.

Mi primo sonríe y mira al padre de la joven, que ha entrado con él. Siempre andan juntos, porque los dos son igual de despreciables.

—¿Cómo va mi hija? Espero que no te esté dando muchos problemas. —Se sienta a la mesa, donde solemos jugar a las cartas.

No sé por qué los dejo entrar… En verdad, sí, porque es mi forma de controlar a mi primo. No me fío de él, y dejarles venir a jugar a las cartas de vez en cuando hace que, cuando bebe, pierda la lengua. Así me entero de todos sus tejemanejes.

Su hermana es la culpable de esto, porque se casó con un hombre controlador, que la tiene en Escocia, y por eso dejó de decir cosas sobre mí.

Pensé, en ese momento, que ese era su castigo, por lo que me hizo, pero su hermano, lord Radcliffe, se encarga de que no pase página, y de que recuerde esa noche, una y otra vez.

—No, ninguno.

—¿Y estará lista para ser presentada en sociedad? —Lord Radcliffe me mira—. No te lo tomes a mal, pero intenta no aparecer en la Corte con estas pintas.

—Tranquilo, no lo haré.

Las palabras de Anabella no paran de rondar en mi mente desde hace meses.

Estamos casi a punto de empezar la primavera, y he mandado preparar mi casa de Londres para la temporada, mientras vivo en la casa del bosque, no muy lejos de aquí. Necesitaba distancia con la joven, pero ahora me tocará ir a la ciudad…

Hace años que no voy y va a costar mucho empezar de cero. Más, tras todos los rumores que corren de mí. La gente espera ver un monstruo y yo no sé si quiero que vean eso, o ya ha llegado el momento de dejar de esconderse.

No me gustó que ella dijera que me escondía por algo.

En realidad, me escondo porque odio tener que dar tantas explicaciones de mi cicatriz, pero eso fue hace muchos años. La marca

ya no se nota tanto, cuando la palpo con mis dedos, y, a pesar de eso, sigo ocultándola, acrecentando el misterio.

La gente piensa que tengo la cara deformada, quemada o algo peor, y no sé si estoy preparado para que vean la verdad.

Tal vez lo haga, solo para joder a mi primo, que cree que seré el hazmerreír de la Corte.

«Un día lo destruiré…».

—Empecemos a jugar, que no quiero perder mi tiempo con tonterías.

—Claro, primo —me dice lord Radcliffe—, y que sepas que he hablado con los dueños de los clubs de caballeros y estarán encantados de readmitirte en todos. No me des las gracias.

Lo fulmino con la mirada mientras cojo las cartas.

—Eso, si mi hija no le deja en ridículo. —Lord Morris se ríe y me dan ganas de golpearle en la cabeza, para dejarlo pegado a la silla.

Saber que Bella ha vivido años con este desgraciado, cada vez me enfurece más. Es un ser oscuro. Mucho peor que yo, porque no tiene escrúpulos, y no me quiero ni imaginar lo ha podido ser vivir con él. Espero que nunca le haya puesto una mano encima, porque si lo ha hecho… Siento que podría matarlo solo por haberla tocado.

Aparto este pensamiento de mi mente porque Bella no debería despertar esta emoción en mí. Me debería dar igual lo que haya sido de su vida con este energúmeno.

No he visto a Bella en meses, pero sé que se ha esforzado mucho, por los informes que me pasan de sus clases.

No tendrá problemas de dejar a todos con la boca a abierta y de encontrar un buen esposo.

Seguro que elegirá a alguien que esté por encima de mí.

Debería darme igual, pero mi castillo está en juego, y es algo que mi padre diseñó con las ideas de mi madre.

No quiero perder su legado.

Tal vez, debería recordar cómo era lo de seducir a una dama, para no perder todo lo que poseo. Quiero ver cómo mi primo rabiará cuando ella me elija a mí.

Lo complicado va a ser salir de mi castillo para ir a Londres e iniciar una partida peligrosa, donde el corazón de una joven esté en juego.

Todo me parece poco, si con ello consigo perder de vista para siempre a lord Radcliffe.

—Quiero un corte de pelo, y de barba —le anuncio a Elias, mi

ayuda de cámara, y marido de la señora Aura, al regresar tras ganarles a mis primos.

—Me parece bien. ¿Lo hago yo o prefiere a un barbero aterrado con su mal humor, que corte sus greñas? —Le fulmino con la mirada—. Vale, creo que lo haré yo.

—Quiero que se traslade a Anabella y a la señora Aura, en cuanto esté lista la casa de Londres. Luego iremos nosotros, pero la joven debe comprarse vestidos. Será la sensación de la temporada.

—Con poco, señor. Esa joven es muy hermosa. Tal vez, cuando vaya a Londres, debería enseñarle la biblioteca de la familia. Lo digo por si ha olvidado que quiere conquistarla, para no perder el castillo de su padre.

—La conquistaré. De eso no me preocupo.

—Oh…, claro, por qué preocuparse, cuando solo se han visto unas veces, y una de ellas casi acaba ahogada y otra muerta por los lobos. Nada de qué preocuparse. —Lo fulmino con la mirada—. Buenas noches.

—Sí, mejor, u olvidaré por qué me caes bien, y te quiero con vida.

Se marcha y me quedo solo.

Busco uno de los espejos de mi madre, que guardé en el fondo del armario, en un baúl. No lo rompí porque era de ella, pero el resto sí, porque me horrorizaba mirarme la cara deformada.

Hace mucho que no me miro. Tanto tiempo que sé que me costará reconocer al hombre que tengo delante. Tan diferente al hombre que fue a esa horrible fiesta, donde todo cambió para siempre. Pasé de ser deseado, a ser repudiado, por la misma gente que un día juraba llamarse amigo.

«Atajo de interesados…».

Cojo el espejo y lo alzo con manos temblorosas hasta la cara.

Cuando lo pongo ante mí, me cuesta reconocer al hombre que tengo delante. La última vez que me miré, fue cuando me desperté tras esa noche horrible, y vi la cara vendada.

Rompí el espejo de mi cuarto, y luego el resto.

El hombre que me devuelve la mirada parece otra persona.

En mi mente, mi cara estaba completamente deformada, pero ahora solo aprecio greñas y una pequeña cicatriz, que casi no se aprecia.

Bella me cosió de una forma tan perfecta, que la herida se ha curado, casi sin dejar rastro alguno.

Pienso en quitarme la máscara, pero llevarla me da seguridad. Es como si, tras ella, el mundo pudiera girar sin afectarme.

Aparto el espejo agitado.

Salgo para dar un paseo y veo a Bella cogiendo rosas, de

nuevo.

Nunca he conocido a nadie que le gusten tanto las rosas como a ella. Bueno, sí, a mi madre.

Intenta atrapar una a la que no llega. La toca con los dedos, pero no la alcanza bien.

Voy hasta su lado y le quito las tijeras de las manos, notando un cosquilleo donde nuestros dedos se han tocado.

Corto el tallo y, antes de dársela, le quito las espinas.

—No me importan las espinas —indica cuando la acerca a la cesta, donde ha dejado el resto.

—Pueden cortarte.

—Lo sé, pero solo será una herida que al final cerrará.

Es como si lo comentara por propia experiencia.

Miro sus manos, para ver el rastro de heridas, pero no veo nada en ellas.

—Eres muy rara.

Se ríe y me mira.

Cada día está más hermosa. Sus ojos tienen motas doradas y verdes, y un brillo especial, que no la hace parecer de este mundo.

«Tal vez, porque es la primera vez en años que alguien me sonríe sin miedo, y sin esperar nada de mí, salvo su libertad», me recuerdo.

—No soy rara. Las heridas de la piel son las más fáciles de reparar. Me preocupan más las del corazón. Esas no sabes cómo sanarlas cuando duelen.

Se acerca y acaricia mi pelo. Esta mañana corté un poco sus puntas.

—Lo siguiente, la barba.

—Eso será si quiero.

Se ríe y tira del lazo de mi máscara, hasta que esta cae.

La dejo hacer, mientras me sonríe con picardía.

Mi corazón tiembla, como si me estuviera desnudando ante ella.

—A mí no me molesta tu belleza —me dice y la miro alzando una ceja—. Podré sobrevivir al lado de un hombre tan guapo. No hace falta que te ocultes.

Empieza a andar y la sigo, tras dejar la máscara junto a las rosas. Una mariposa pasa por su lado y se gira para contemplarla. Sonríe con una felicidad que me acaricia el corazón. Sobre todo, cuando toca mi brazo para que la siga.

Lo hago, pero no sé bien por qué.

Vamos hasta una zona de rosas donde hay varias mariposas.

Las mira ilusionada y es como si quisiera atesorar este momento, donde las mariposas nos rodean.

La observo feliz, ajena a mi mirada, y sé que ella nunca me amará. Va a tener el mundo a sus pies. Va a ser la joya de esta temporada. La más deseada. Lo sé. Solo hay que verla.

—Dime un sueño por cumplir.

—Sobrevivir un día más.

Se ríe.

—Vamos, lord Darkbeast, puede hacerlo mejor.

Lo pienso un segundo, mientras una mariposa se posa en su capa y ella se queda muy quieta.

—Ser la persona que fui.

—¿Y para qué? —Se gira y me mira—. Quiero decir, que esa persona cambió y quien es ahora, es más inteligente por lo vivido. ¿Por qué volver a ser quien fue, sin todo lo aprendido en este camino?

—Porque antes era alguien, y ahora solo soy…

—Un apuesto duque, escondido tras una máscara horrible. Sigue pudiendo ser quien quiera. Es usted quien se ha ocultado en este castillo, no lo olvide.

—¿Cómo olvidar la gente que me miró con asco? —Me acerco a ella furioso, porque parece que mi dolor no es importante—. ¿Cómo olvidar que mi prometida canceló el compromiso, tras ver mi horrible marca, y casi potó delante de mí? ¿Cómo olvidar que la gente empezó a decir cosas horribles de mí? ¿Cómo olvidar que los niños lloraban al verme la cara cortada?

—Yo, no. Nunca lo miré con asco, pero supongo que yo no importo en su gran mundo de personas increíbles, incapaces de mirarlo a usted y no a sus taras.

—¡Tú solo quieres la libertad de mí! ¡Por eso me haces creer que no te da asco mirarme la cara! —Aparto los formalismos y la tuteo por culpa de mi enfado.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¡Porque no te has tomado la molestia de conocerme!

Nos miramos desafiantes, muy cerca el uno del otro, y, aunque es imposible, me fijo en su boca. Deseo besarla con toda la rabia que siento por dentro.

—No eres más que una interesada.

—Y tú no eres más que un cobarde, que no es capaz de darse cuenta de lo idiota que es.

—Nadie hace nada por nada. —Me acerco a ella. Su aliento acaricia mi boca, y no se echa hacia atrás—. Y tú tampoco —le susurro.

—Si eso es lo que crees de mí, no seré quien te contradiga.

Nuestras miradas se centran en el otro, mientras los segundos pasan.

Si fuera listo, reconocería que Bella no me mira con miedo.

Solo me mira a mí, por primera vez en muchos años.

Al final, Bella se marcha enfadada y sé que así nunca conquistaré su corazón. Lo sé, pero la dejo ir, porque prefiero perderlo todo, que retener a alguien a mi lado solo por lástima o porque quiera ser duquesa.

Tal vez, su padre le contó todo, a pesar de jurar no hacerlo, y solo está aquí con ese fin. Así lord Morris acabará siendo rico, también. ¡No hay otra explicación para que siga aquí!

«¡Joder, odio a todo el mundo!».

Capítulo 6

Anabella

Me han dicho que hay una biblioteca enorme en el ala este del castillo. Quiero verla, aunque sea una última vez, antes de marcharme. Por eso, espero que todos crean que estoy descansando tras la comida para irme sin ser vista.

Odio caminar por el castillo con escolta, y solo porque un día cometí un error.

He aprendido la lección y no necesito una niñera.

Ando hasta el ala oeste y, cuando subo las escaleras, miro hacia mi lado del castillo, sabiendo que tal vez esté cometiendo un gran error. No me marcho porque, está visto que haga lo que haga, el duque tiene una idea horrible de mí.

Paseo por este lugar tan oscuro.

Mi lado de la casa parece haber sido adecentado un poco, pero este está lleno de polvo y cosas olvidadas por todas partes. Es como si el duque no quisiera que nadie tocara nada y lo dejara olvidado para que el paso del tiempo lo destruya.

Siento que el duque quedó anclado a esa noche.

En verdad, se rumorea lo que pasó, pero siento que hay mucho más de eso.

Ando por este lugar siguiendo las indicaciones de uno de los mozos de las cuadras, no queriendo perderme en otro cuarto que no sea el que busco; el resto me da escalofríos. Me dijo que la biblioteca era la que se veía por la cristalera del final.

Me dirijo hasta el fondo, donde todo parece más oscuro. El papel de las paredes está cortado y siento que lo hizo el duque cuando pasó todo, lleno de rabia y de dolor.

Abro la puerta y me adentro en el lugar.

Miro impactada la cantidad de libros que hay en esta estancia. Tiene pinturas en el techo y en las paredes. También está abandonado; el polvo hace montañas en algunas zonas y los muebles están tapados por sábanas.

Siento pena porque un lugar así esté olvidado.

Ando por la habitación hasta que escucho la puerta cerrase tras de mí y me sobresalto. En ella está apoyado el duque, con su horrible máscara y ese gesto de furia que lo hace parecer una bestia.

Se acerca hasta mí como si yo fuera su presa. Es como si

quisiera quitarme la piel a tiras.

—¡Pedí expresamente que no viniera a este lado del castillo! ¿Acaso es tonta y no sabe comprender una orden?

Tiemblo por la ira con la que me habla.

—¡No pienso consentir que me insulte! ¡Solo quería ver este lugar al menos una vez!

—¿Y hacerlo merecía la pena hasta el punto de enfadarme?

—¡Sí! Los libros son lo único por lo que lucharía hasta el final ahora mismo.

—No son más que cuentos para niños…

—Son mucho más que eso. Gracias a ellos he aprendido a vivir lejos de este horrible castillo, donde me he sentido como su prisionera, y todo porque no quiere que nadie le cargue con mi muerte.

—Eso tiene arreglo: haré que se marche ya a Londres. Allí podrá ser libre y, si se mata, nunca será por mi culpa.

—Me da pena.

—¿Pena? No me haga reír. Yo tengo un castillo y dinero…

—No, no tiene nada. Si lo único que cree poseer es material, es que en verdad está más solo de lo que creía. —Clava sus ojos azules en mí—. Me marcho. No lo molestaré más de lo necesario y, en unos meses, le libraré de mi presencia. A saber qué le impulsó a ayudar a la hija adoptada de su primo.

—¿Acaso no sabe nada?

Lo miro y niego con la cabeza.

—¿No me va a decir por qué estoy aquí?

Me observa con fijeza, antes de apartar la mirada.

—Es de la familia y su padre tenía una promesa que cumplir a su abuelo.

—Entiendo. —Siento que hay algo más, pero esta verdad me encaja. Aunque no tenga la sangre del duque, es familia de mi padre adoptivo, y este viene mucho para verlo, y para jugar a las cartas.

Seguro que le pediría ayuda en una de sus partidas. Mi padre puede ser muy insistente si se lo propone y aceptó, tal vez, solo para que lo dejara en paz con el tema.

Salgo de la biblioteca ansiando el momento en que me marche lejos de este hombre, de esta vida y empiece a construir la mía.

Bajo las escaleras y, al llegar a la primera planta, siento una opresión en el pecho. Miro hacia las sombras, pero ahí no hay nada. Tiemblo, porque este lugar no me gusta.

Adam

—Podría dejar de gritarla —me regaña Elias y lo miro como si quisiera sacarle la cabeza—. Todo depende de lo que le importe este castillo, claro, y de que pase a ser patrimonio de su primo lord Radcliffe.

Pienso en lo que me dijo Anabella, sobre lo de que todo lo que tenía era material, y en realidad no poseía nada.

Tiene razón, pero la vida me quitó lo único que me importaba hace años.

—No pienso cambiar por ella.

—Pues hágalo por usted, entonces. —Lo fulmino con la mirada.

Salgo de mi cuarto y llego al pie de la escalera, cuando lo hace Bella. Ya lista para marcharse a mi casa de Londres.

Nos miramos el uno al otro, desafiantes.

No quiero que se vaya, pero tampoco sé cómo la persona que espera de mí a su lado. Cuando me mira es como si ansiara ver a un hombre que murió hace años.

Por eso, la veo bajar las escaleras sin dejar de mirarme, y después se aleja de mí, hasta la puerta del castillo, donde la esperan para llevarla lejos.

La próxima vez que nos veamos será en la temporada de Londres y dudo que lo haga peor que yo.

«¡Joder! ¿En qué puñetero momento acepté esta apuesta?».

Capítulo 7

Anabella

—Entonces, eres la prima del duque de Davenport. —La modista me toma medidas mientras trata de conseguir un jugoso chisme.

—Sí. Mi padre y él son primos lejanos. Como quiere lo mejor para mí, sabe que si tengo el apoyo de un duque, todo será más fácil en esta temporada.

—Claro, pero no es un duque cualquiera. —La mirada de miedo de la modista no me pasa desapercibida—. De él, se cuentan historias un tanto tenebrosas.

—No he visto nada fuera de lo común en mi estancia en el castillo, junto con la señora Aura.

«Si no tengo en cuenta su mal carácter, claro», pienso mientras me toman medidas para los vestidos de la temporada.

La modista trata de sacarme más información, pero no consigue que le diga nada más.

La señora Aura espera cerca y asiente cuando la miro, dándome el visto bueno a lo que he contado.

—Si me lo permite, lady Anabella, es usted muy hermosa. Va a ser la sensación de esta temporada. Gracias por elegirme como su modista.

—Un placer.

La señora Aura ha insistido en visitar varias modistas, en busca de las telas perfectas para mí, pero al final fue el estilo de este lugar, y sus telas llenas de colores y luz, lo que me hizo entrar a la tienda. Tiene un toque especial que la hace diferente al resto. Además, posee libros a un lado de la tienda, lo que creo que fue lo que más me conquistó.

Estamos por irnos cuando entra una joven rubia de mi edad, con su padre.

Al verme, la madre agranda los ojos.

—Debe de ser usted la protegida de la Bestia.

—Prefiere que lo llamen lord Darkbeast.

La joven se sonroja de vergüenza.

—Sí, cierto. Es solo que sentía curiosidad, y se rumoreaba que estaba usted aquí, y que es preciosa. Han estado en lo cierto en ambos comentarios. Soy la baronesa Taylor, pero puede llamarme señora Taylor. Esta es mi hija, la señorita Larah.

Saludo a su hija, que está tan avergonzada que parece que le va a dar algo.

—Podríamos ir a tomar un té. Hay un sitio cerca donde hacen unas pastas increíbles.

Pienso en rechazarla, pero al final acepto solo por ver cómo su hija no puede del disgusto, por una madre así de entrometida.

Salimos de la modista y andamos hasta la cafetería.

La señorita Larah me mira de reojo, mientras la señora Aura y su madre hablan de sus cosas.

Aura es hija de un barón caído en desgracia. Siendo muy joven pidió trabajo en el castillo, para ayudar con los futuros hijos del duque, ya que pronto se casaría con una joven princesa. Le dieron trabajo y, cuando todo pasó, ella siguió allí, porque, cuando no tenía nada, el duque le dio un hogar.

Por eso, no es casualidad que Aura sea mi dama de compañía.

—Mi madre es algo intensa.

—No me molesta —le digo a Larah.

—No todos piensan igual. —Le entra un hipo nervioso, mientras noto tristeza en su voz.

—No soy como todo el mundo.

—Sobre todo, por lo de vivir con la Bestia. ¿Es cierto lo que dicen de que es horrible y que tiene cuernos?

—De verdad, ¿cree eso? —Me entra la risa cuando asiente—. No es así para nada. Es muy apuesto. Puede que tenga un poco de pelo de más, pero posee unos intensos ojos azules y una cara que parece tallada en piedra. Es uno de los hombres más atractivo que he visto nunca. —Cuando hablo del duque, mi corazón aletea de una forma que no debería, y en mis labios se dibuja una sonrisa que reprimo.

—¿Y los rumores?

—Son solo eso, rumores.

—Pero sí lleva una máscara.

—Sí, pero yo lo he visto sin ella y no da miedo.

—Dicen que vendrá para la temporada.

—Sí, debe estar aquí.

—Entonces, veremos qué hay de ciertos en esos rumores.

El hipo se le pasa cuando llegamos a la cafetería.

Todos se giran para mirarnos, y Larah da un traspié. Le paso el brazo por el suyo, para darle mi apoyo, como si sintiera que lo necesita más que yo, aunque también tiemblo ante tantas miradas.

Andamos hasta una mesa y nos atienden enseguida.

La señora Taylor no para de hablar, nerviosa, mientras mira a su hija.

—Mi hija no tendrá las mejores ropas, pero es bonita como ella sola.

Larah se sonroja y su madre solo sonríe. En el fondo, sé lo que trata de hacer: si se ganan mi favor, su hija no tendrá las mejores vestimentas, pero poseerá el apoyo de la protegida del duque.

Es bonito que una madre haga eso por ti.

Nos traen un té con pastas y Larah lo sirve con una elegancia que me hace temer no estar a la altura.

Pruebo el té y les digo que está delicioso, y añado que me encantará invitarlas a uno en casa del duque.

La madre de Larah se emociona y asiente. Su plan ha salido bien.

Al llegar a casa, la señora Aura me ayuda a cambiarme de ropa.

—Sé lo que has hecho.

—No hice nada.

—Comentó en ese lugar, plagado de cotillas, que las invitaría. Eso subirá de categoría a la joven.

—Bueno, este mundillo funciona así. Nadie me vio hasta que me gané el favor de un duque.

—Tristemente, así es.

Su hijo llama a la puerta y le decimos que pase.

Nos abraza a una, y a la otra, su padre vendrá con el duque, y sé que los dos echan de menos al señor Elias.

Me preparo para la comida y, por la tarde, viene la señora Spooner para repasar lo aprendido.

—Canta una canción.

No me gusta cantar, pero hemos descubierto que tengo muy buena voz.

Toca el piano y me pongo a cantar una de las canciones que me ha enseñado.

Cuando termino, veo en la puerta varios sirvientes que salen corriendo para no ser reprendidos.

Nunca haría algo así, pero no se sabe dónde estuvieron antes, que tuvieron que aprender a ser discretos y hacer como si no existieran.

Al acabar, cojo el libro que estoy leyendo y voy hasta el invernadero, donde han plantado cientos de rosas rojas, antes de nuestra llegada. Hay otro invernadero cerca, pero ese no me dejan usarlo, porque dicen que está cerrado por mandato del duque.

Tomo aire, abro el libro y viajo lejos de aquí, mientras me pregunto si un día seré yo la que viaje de verdad.

Capítulo 8

Anabella

Solo quedan dos días para mi primer baile y el duque no ha venido.

La gente ya comenta que no lo hará, y que en realidad me dejará sola, sin su protección.

Todo eso nos lo cuenta la señora Taylor, que pasa mucho tiempo aquí y se ha vuelto una aliada. Sobre todo, para estar preparadas ante los chismes que circulan.

Ahora estoy con Larah dando un paseo por los jardines de la casa del duque.

—¿Qué te preocupa? —indaga.

—Aparte de nuestra presentación… —Sonríe asustada, como yo—. Tengo un mal presentimiento.

Se santigua.

—No llames a la mala suerte, que viene.

No puedo evitar reírme por lo que hace.

Larah es muy supersticiosa. No me burlo de sus creencias, sino de cómo se pasa la mano por todo el cuerpo, como si así alejara la mala suerte.

Yo nunca he querido que me sucedieran cosas malas, pero, aun así, he vivido una vida horrible al lado de mi padre. Por eso, tal vez no me asusta lo que está por venir.

Sin querer, toco mis brazos, donde pequeñas marcas hablan de parte de lo que me hizo ese desgraciado.

—Lady Anabella, tiene una visita —me anuncia el mayordomo. Espero que siga hablando—: Su padre la espera.

Miro a Larah, pensando que tiene razón porque, si mi padre está cerca, nada bueno puede salir de esto.

—Eso te ha pasado por no hacer lo mismo que yo —me indica mi amiga al ver mi cara aterrada. Ahora mismo me arrepiento de no haberlo hecho.

Larah y medio Londres saben que mi padre es un vividor, al que apodan el inventor, porque siempre anda viendo la forma de engañar a su contrincante, haciendo trampas que maquina sobre la marcha.

Larah se va con su madre y la señora Aura.

Ando hasta donde me indica el mayordomo que está mi padre.

Entro en la salita y lo veo al fondo, tomando una copa, que

seguro se ha servido él mismo.

Mi padre no es muy mayor, pero siempre me ha parecido un ser horrible. Tampoco es muy agraciado, pero, si su corazón no hubiera sido así, sé que no me hubiera importado su falta de atractivo. Es el único padre que he conocido y ha hecho de mi vida un infierno.

Camino hasta él con miedo. Siempre le he tenido miedo.

—Los rumores son ciertos. Joder, este coñac es de lo mejor. —Se sirve otra copa—. Eres la joya de esta temporada, y eso que no ha empezado.

—Nadie sabe qué puede pasar.

—Pero nadie tiene tu belleza, ni tu dote. Mi primo te ha brindado una cuantiosa dote. Quien se case contigo, conseguirá ser el más envidiado de todos. —Se acerca y siento escalofríos. Me quedo paralizada por el miedo, como siempre que lo tengo cerca—. Yo nunca pude darte esto…, pero casi mejor, ¿no? —Trata de tocarme, pero me aparto—. Tranquila, hoy no te haré nada, pero, si no quieres que circulen rumores sobre ti…, deberás pagarme por mi silencio. A cambio, no te lastimaré. Es un buen trato.

De golpe, cada una de las heridas que me ha hecho este ser miserable me duelen de forma imaginaria.

—¿De qué rumores hablas?

—No sé. Soy primo del duque. Puedo dejar caer que sé de buena tinta que no eres tan pura como la gente rumorea, y que, por eso, mi primo ha querido echar una mano para casarte cuanto antes, ya que casi tienes veintidós años…

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Necesito dinero para comprarme nuevas ropas. —Mira mi collar—. O, si no, haré correr el rumor de que no eres virgen. O que en este tiempo, con mi primo, habéis sido amantes… Ya se me ocurrirá algo.

—Si el duque se entera de tus amenazas…

—¿Ahora sois amigos? Lo dudo, porque mi primo odia a todo el mundo. —Observa mi collar—. Con ese collar estaré callado un tiempo. —Saca la navaja del bolsillo y me quedo anclada en el sitio—. O si prefieres que haga correr los rumores… Dudo que el duque esté contento, y que quiera pagar por tu libertad, como buen primo…

Me quito el collar y se lo tiendo.

Se ríe y se guarda la navaja en el bolsillo. Después, se marcha como si nada; como si no fuera el peor padre del mundo.

Si todo sale bien, un día estaré lejos, muy lejos, y ya nunca más podrá hacerme daño.

Toco mis brazos e intento recuperar la fuerza para seguir adelante. Solo mis sueños, mis metas, mis aventuras consiguen darme paz. Como siempre, en ellas encuentro la fuerza para salir de la

oscuridad.

Adam

Cierro los ojos mientras me cortan la barba, hasta dejarla lo justo para que la marca no se vea.

Estoy a punto de ir a Londres; de estar cerca de toda esa gente que esa noche estaban en mi castillo, o que acudían a las fiestas que daba un joven con mucho poder y dinero.

No quiero ir, pero no hay vuelta atrás.

Al acabar, me miro en el espejo. El pelo lo llevo más corto, por los hombros, y algunas capas caen por mi cara.

No me reconozco. Parezco hasta atractivo. No sé quién soy sin la máscara. No sé quién soy al mirarme al espejo.

¡Joder! Me siento desnudo sin todo esto.

Acaricio con la mano la cicatriz. Con los años, ha dejado de notarse. Con los años, ha pasado a ser solo un recuerdo anclado en mi alma.

Pienso en Bella y me pregunto si ella me mirará diferente o si lo seguirá haciendo como siempre.

Creo que me dolería que ahora me mirara con más interés, solo porque soy más atractivo a la vista. Me gustaba cuando me observaba, cuando ansiaba no ser visto por nadie.

—Joder, no parece usted. —Miro a Elias como si le quisiera arrancar la cabeza—. Ahora sí. Ya está todo preparado. Es hora de que estrene sus ropas nuevas de duque.

—¿Te digo dónde puedes meterte esas ropas tan finas?

—O si lo prefiere las dejamos para la ciudad. Puede seguir vistiendo todo de negro.

Rujo y se ríe.

Al final, me pongo ropa oscura, pero lejos de la burda y austera que solía usar.

Salgo de mi castillo para montar en el carruaje.

Hace años que no voy a Londres. Hace años que no viajo, ya que, cuando les hice creer que me iba unos días, solo estuve en la cabaña que hay cerca de mi castillo, aislado de todo. O de ella, más bien.

Hace años que dejé de vivir.

No estoy preparado. ¡Joder!

Noto cómo las manos me tiemblan al cruzar la verja y pido que se detengan.

Desciendo del vehículo y doy varias vueltas en el mismo punto, agitado y nervioso. Con solo pensar que hago esto para perder

de vista a mi primo, me da fuerzas, y, entre mis pensamientos, se cuela Bella. Su dulce sonrisa, su mirada desafiante…

No, solo hago esto para perder de vista a mi primo. Solo por esta apuesta. Ella solo es un fin más para intentar vivir en paz.

Subo al carruaje y pido que prosigan con el viaje.

Tomo aire varias veces y pienso en que hace no muchos años ir a Londres era mi pasatiempo favorito.

Qué poco queda de mí, de lo que fui…

Capítulo 9

Anabella

El duque está en la casa. Llegó anoche cuando todos dormíamos.

Ahora estoy desayunando en el saloncito, inquieta ante la idea de verlo.

Salgo tras desayunar y voy a dar un paso por la casa.

Noto los bellos de punta por la posibilidad de ver al duque, y no es de miedo. Estos días separados me he preguntado qué estaría haciendo, a pesar de que para él, con seguridad, solo sea una molestia.

Voy hasta el invernadero a por rosas nuevas y veo que hay alguien al fondo. Lleva ropas elegantes y el pelo sobre los hombros recogido, con cuero negro, en una media coleta.

Sé que es el duque sin necesidad de que se gire. Mi piel vibra cuando él está cerca.

Cuando se da la vuelta, compruebo que lleva la máscara, pero se ha recortado la barba, que solo moldea sus facciones.

Ando hasta él, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—Ya era hora de que viniera. —Alzo mi mano y tiro de su máscara. Duda, pero me deja quitársela—. Es un duque, y no necesita una máscara para imponer respeto. A quien no le guste su belleza, que arda de envidia por no poseerla.

Sus ojos azules están fijos en los míos.

Es muy apuesto. Tanto, que duele mirarlo.

Pero no solo lo veo ahora. Yo siempre lo vi.

El corazón me da un vuelco por tenerlo cerca. Desde que fui al castillo del duque, este se comporta como si tuviera sus propios pensamientos.

—Seguro que no tardará mucho en conseguir una esposa.

—Como si buscara una…

—Eso si sabe refrenar su lengua, *milord*.

Alzo la mano, como si quisiera curar el dolor de su cicatriz.

Cuando la pongo sobre su piel, noto la respiración agitarse y mi mano temblar.

Toco la marca, pasando las yemas de los dedos por ella.

Esto no es propio de una dama, lo sé, pero nunca fui como el resto.

—Podría hacer lo mismo que usted y pasear mis dedos por su

mejilla —lo dice desafiante.

—¿Y qué se lo impide?

Su mirada se oscurece, antes de levantar la mano y posarla por mi mejilla. Toca mis pómulos y mis labios.

—Y luego soy yo el que debe refrenar su lengua. Si no refrena su curiosidad, ni todo el dinero que pueda darle podrá parar los rumores.

—No hago esto por un buen esposo. Lo hago para vivir aventuras.

—Es usted peligrosa —susurra.

—Y usted un idiota por ocultar una cicatriz que no se ve.

—Al parecer, debo darle las gracias por ello.

—Al parecer, sí. Solo le debo un favor, entonces.

Sonríe y quiero tocar sus labios, como él hace con los míos. Me atrae de forma irracional.

Por eso, aparto la mano y me centro en cualquier cosa que no sea su boca, ni en el palpitar de mi piel, por donde sus dedos me han tocado.

Voy a decir algo, para que pase este momento incómodo, pero somos interrumpidos por la señora Spooner.

—Debemos practicar el baile, querida, y no hace falta que les diga que no deberían estar solos. —Mira de forma recriminatoria al duque y, cuando se percata de que se ha quitado la máscara y que luce ropas nuevas, agranda los ojos, impactada por su belleza.

—Si me sigue mirando así, la despido, y no olvide que somos primos —indica, saliendo del invernadero.

—¿Es el mismo hombre? —me pregunta incrédula.

—Sí, siempre fue así.

Me observa como si dijera una sarta de mentiras, y vamos hasta la sala de baile.

Se pone tras el piano y me pide que repase las diferentes danzas, como si tuviera un bailarín imaginario.

Lo hago, hasta que giro y una mano se posa en mi cintura, y otra entre mis dedos.

Por cómo late mi cuerpo, sé que se trata del duque, aunque estoy de espaldas a él.

Lo miro de reojo y compruebo que se ha vuelto a poner la máscara.

Entiendo que le cuesta mucho dejar los malos hábitos o que se ha cansado de que todo el mundo lo mire como si de golpe fuera hermoso.

Lo diferente siempre destaca por un motivo u otro.

—Debo repasar los bailes para no hacer el ridículo —lo murmura cerca de mi oído y noto cómo se me eriza la piel. Su aliento

me acaricia como si de una pluma se tratara.

—Muy bien. Así veremos si lady Anabella ha aprendido algo —comenta la señora Spooner que, ahora que el duque lleva la máscara, parece más calmada.

La gente odia los cambios, pero algunos son inevitables.

Giro y me pongo ante el duque. Nos miramos a los ojos.

Odio la máscara. No me gusta que se oculte, solo porque este mundo no entiende que las personas más hermosas también tienen taras.

La señora Spooner empieza a tocar los primeros acordes de un vals.

Nos movemos juntos, perdidos en la mirada del otro. Es un gran bailarín y seguro que va a ser deseado por muchas mujeres.

La idea de que eso pase no me es tan indiferente como debería.

Giramos por el salón. Mi mano vibra por su contacto, mientras mi vestido se enreda entre sus piernas. Es muy alto, pero, a su lado, en vez de sentirme pequeña, me siento protegida.

Nunca me he sentido así.

Llevo, desde pequeña, viviendo con miedo. Por eso, es nueva esta sensación de que existe un lugar en este mundo donde me encuentro segura.

Noto mi cuerpo vivar por su cercanía.

Se me seca la boca por cómo me mira y lamo mis labios.

Tensa la mandíbula, agitado, sin poder dejar de seguir los movimientos de mi lengua.

Al acabar, me hace una perfecta reverencia y se marcha, dejando en mi piel el rastro de la de él.

Noto cómo me sonrojo, por lo que acaba de suceder, al tiempo que siento de golpe que el frío se posa en mi cuerpo.

—¡Si no hemos acabado! —grita la señora Spooner, que me mira enfadada—. A continuar.

Asiento y sigue tocando.

Bailo, como si tuviera a alguien, sabiendo que, aunque así sea, nadie será como el duque.

Sigo bailando hasta que me duelen los pies.

La señora Spooner da por finalizada la clase.

Salgo de la sala y noto a los sirvientes ir de un lado a otro. Es como si la presencia del duque, o lo que se dice de él, los pusiera nerviosos.

—Señorita —miro al mayordomo—, la cena se servirá en el salón grande, a las siete.

Asiento y subo a mi cuarto, para cambiarme. Odio tener que ponerme un vestido diferente para cada momento del día.

La señora Aura me espera. Ha elegido un vestido en tono amarillo, porque un día le dije que era mi color favorito.

Bajo a cenar nerviosa.

Entro en el salón, cuando me abren la puerta, y veo al duque sentado a la mesa.

Se levanta caballeroso, para apartarme la silla, cuando llego a su lado.

Veo que estamos solos y que su máscara sigue ahí, como un vago recuerdo de que no piensa dejar de ser esa bestia de la que la gente habla.

—¿Cenamos solos?

—La señora Spooner tenía otros planes.

—Yo creo que le da miedo —bromeo y me parece que sonríe.

—Creo que la única persona que no me teme es usted, sin contar a mis más fieles sirvientes. Con seguridad, por insensata, teniendo en cuenta sus instintos suicidas.

—Será eso.

Nos sirven la cena e intento que no note lo nerviosa que estoy. Quiero que vea los progresos y que no lo dejaré en evidencia ante los demás. Mi padre nunca debió gastarse el dinero de mi educación en bebidas, pero lo hizo y, por su culpa, aquí estoy.

—Veo que ha mejorado y que no he tirado el dinero a la basura.

—Admito que me cuesta mucho no coger esta sopa y tomarla como siempre. Es placentero tomar el plato con las manos y sorber el líquido.

—Es asqueroso.

Me río por su cara de horror.

—Lo dice un hombre que come con una máscara de cuero.

—Por si no lo ha notado, mi máscara está más limpia que sus dedos. —Observo mis manos y veo algo de salsa entre los dedos—. Nací para ser un príncipe, para estar entre reyes…

—Me gustaría conocer esa historia, si no es mucha molestia —le incito a seguir cuando se calla.

—Mi padre era hijo de un rey. El rey tenía una forma un poco peculiar de mostrar cariño. A sus tres hijos mayores les dio el título de príncipes, pero solo el primogénito podría traspasar el título a sus hijos, que estos fueran los herederos. El resto de los nietos, los primogénitos, serían solo duques, a excepción del último de sus hijos. Para este solo dejó la posibilidad de heredar el título de duque si mi padre o yo moríamos.

—¿Y por qué hizo algo así?

—Antes de morir, lord Radcliffe, que así es como se llamaba mi tío, era como el ayudante del rey. Se acostó con la reina y como su

esposo no quería decir abiertamente que su mujer lo engañaba, se vengó quitándole el título de príncipe.

—Vaya, otro lo habría matado.

—Seguramente, pero mi abuelo era más retorcido. Se lo pasaba bien con los cotilleos de palacio y entre mi padre y lord Radcliffe siempre hubo una disputa constante. Eso divertía a mi abuelo en la Corte.

—Recuérdeme que nunca visite el reino del abuelo.

Emite algo parecido a una sonrisa.

—Ahora lo regenta mi tío, pero poco queda de lo que fue. Yo he visitado el palacio desde pequeño, y mi padre construyó un castillo para vivir, digno de un rey. Fui prometido al nacer con una princesa por mi abuelo, para así heredar el título con mi matrimonio.

—Por eso se lo conoce como el casi príncipe.

—Puede decirse que sí. Mi padre era duque y príncipe. Heredé solo el título de duque porque el de príncipe no pasa de padres a hijos en mi familia, como te dije antes.

No especifica más.

Solo sé que el reino de su abuelo es pequeño y está cerca de Escocia.

En verdad, esta historia ya me la sabía, pero quería que me contara algo más de sí mismo. También conozco lo que se dice de la razón por la que perdió todo: la princesa, horrorizada, se fugó para casarse con otro, repudiando a su prometido.

—¿La amabas? —Clava sus ojos azules en mí—. A tu prometida.

—No. Era una obligación que cumplir, pero éramos algo así como amigos —lo dice con tanta frialdad, que me recorre un escalofrío—. Ahora que hemos hablado de la realidad, dime qué te han dicho en estos meses de mí.

—No sabría por dónde empezar. Se comentan demasiadas cosas. —Voy a meterme una cuchara de sopa a la boca, pero se me cae sobre el vestido amarillo.

La limpio con la servilleta, mortificada.

—Solo por esta vez. —Lo veo coger el plato de sopa con las dos manos y llevarlo a su boca.

El gesto remueve algo en mi interior que sé que no debería estar permitido que estuviera ahí.

Tomo mi plato y disfruto de la sopa, como siempre me ha gustado. He comido sola tantas veces que al final aprendí a disfrutar sin pensar en los modales.

Al acabar, nos traen la carne asada y cojo los cubiertos lo mejor que sé, pero el duque me pone muy nerviosa.

—Te enseñaré un truco. —Se levanta y se pone tras de mí en

la silla.

Coge mi mano, donde tengo el cuchillo, y tiemblo por su cercanía. Con el roce de su mano, mi cuerpo vibra, como cuando bailamos.

Gira mi mano un poco, y hace lo mismo con el cubierto.

—Esta leve inclinación te hará cogerlos mejor, sin que nadie note nada raro en tu postura —me indica.

Me giro para darle las gracias y veo que estamos muy cerca.

Se me seca la boca. Sus ojos azules son más preciosos a esta distancia. Me encantan las motas de tono más oscuro que tiene alrededor.

Tiemblo por su proximidad y por su contacto sobre la mía, calentando mi piel.

Algo se remueve en mi interior, hasta que se aparta y regresa a su sitio, como si nada hubiera sucedido. Como si mirarnos, haciendo eternos los segundos, fuera algo que he experimentado yo sola.

Sigo con la cena y, con su consejo, la cosa mejora.

Lo miro sonriente y parece tenso, por lo que me centro en la cena.

No hablamos de nada más y, cuando se marcha, como si acabara de hacer algo malo, me quedo tensa sentada, preguntándome qué ha pasado para importunarlo de esa forma.

Me levanto de la mesa y me marcho a mi cuarto.

Por un momento, cenar a su lado fue muy agradable. Él olvidó que, ante mí, debía ser la bestia que tanto parece gustarle ser ante todos.

Capítulo 10

Adam

Bella me vuelve loco. Me hace desear ser otra persona; una que no soy. Una que olvidé hace años. Una que no odiaba a la gente, que soportaba estar ante otros seres humanos y no sentía que le faltaba el aire.

Cuando la tengo cerca, cuando me mira como si yo fuera uno más, me cuesta recordar que en realidad prefiero ser un monstruo, en este mundo de hipócritas.

Ahora estoy en mi despacho tomando una copa, cuando escucho unos pasos y unas voces susurradas.

Apago la vela y salgo usando una puerta secreta, que mi padre mandó hacer en esta casa. Esta construcción está llena de pasadizos secretos, que solo yo conozco porque de pequeño jugaba por ellos con mis padres.

Abro la puerta y ando entre las sombras.

Veo a dos de los nuevos sirvientes cargando con algo pesado.

Los sigo para ver qué hacen, hasta que llegan a las caballerizas y observo que cargan uno de los candelabros de plata en un carro.

—¿Osáis robarme? —Salgo de entre las sombras y se me enfrentan con cuchillos, para no perder la carga.

Uso los puños, para esquivar sus ataques con la navaja, y giro una de sus manos cuando tratan de herirme. No aprendí a luchar hasta que tuve que hacerlo para sobrevivir. Entonces, me convertí en el monstruo que la gente cree que soy.

Uno de ellos se me acerca para lesionarme en el brazo, pero me vuelvo y acaba cortando a su amigo. La sangre salpica mi cara.

Vienen los dos hacia mí, gritando, lo que hace que más sirvientes se acerquen para ver qué sucede.

Peleo hasta que los golpeo y los dejo en el suelo inconscientes.

Me giro para ordenar que limpien este desastre, cuando veo que entre la gente que ha venido está Anabella. Su mirada es de horror. Está claro que ella no va a creer nada de lo que le diga.

—¡Limpiad este caos! Como alguien más ose robarme, juro que lo mato.

Noto que muchos tiemblan de miedo y, cuando paso por su lado, se apartan, como si creyeran que pudiera matarlos con solo

chasquear los dedos.

Escucho a alguien seguirme. Quizás sea la más insensata de este castillo.

—Vaya a su cuarto.

—No, antes quiero saber si está bien. Tiene sangre en la cara.

Me giro para mirarla y voy hacia ella, hasta acorralarla contra la pared. Solo lleva la ropa de dormir y su perfume a rosas atonta mis sentidos. Deseo a esta mujer contra toda lógica.

Solo es una apuesta…, pero aquí estoy mirando su boca y ansiando tenerla para besarla hasta que muestre algo de cordura.

—No es mía. No me llaman Bestia por nada.

Tiembla, pero no sé si es de miedo o del mismo deseo que me sacude las entrañas. Sus ojos parecen más grandes que nunca. Su pelo castaño cae suelto por los hombros. Hace mucho que no estoy con una mujer, y ansío pasar mis dedos por la cima de sus pechos hasta endurecerlos con mi contacto.

Tomo aire, pero es un gran error, porque su perfume a rosas me inunda los sentidos. Meto la nariz en su cuello y aspiro su fragancia. Me vuelve loco. Esta mujer es una tentación con la que no contaba.

Al separarme, nuestras bocas están a un suspiro.

Quiero devorar sus rojos labios, quiero morderla, marcarla…

Escuchamos pasos y me separo de ella, para ver cómo corre a su cuarto. Espero que esté asustada, porque solo eso evitará que cometa alguna estupidez, como besarla.

Anabella

Cierro la puerta de mi dormitorio.

Estoy agitada, y mis labios hormiguean como si su boca se hubiera posado hambrienta sobre la mía. Es como si me hubiera besado con fuerza, hasta dejarme anhelante de más, y jadeante. Aún noto su respiración acariciando la piel de mi cuello, y cómo los pezones se me pusieron duros hasta doler, por sentirlo tan cerca.

«¿Qué acaba de pasar?».

No nos fundimos en un caluroso beso, pero mi cuerpo arde como si su boca hubiera devorado cada rincón de la mía.

Muerdo mi labio y me siento en la cama, para tratar de volver a dormirme. Sé que me va a costar, porque me habría encantado que no se detuviera.

Siempre fui muy curiosa y eso un día puede ser mi perdición.

Cuando lo vi herido, tuve miedo de que le hubiera pasado algo.

Esos sirvientes osaron robar sus pertenencias. No sé cómo alguien puede estar tan loco de robar al que apodan la Bestia.

Todo esto solo alentará la imagen que ya tienen de él.

A primera hora desayuno sola en el saloncito y abro el

periódico para leer las noticias. Voy a la sección de cotilleos, donde hablan del robo y de cómo el duque amenazó de muerte a sus sirvientes, si alguien más osaba robarle. El artículo termina diciendo:

> Parece que el casi príncipe se ha olvidado los modales en su castillo. Habrá que ver si esta noche no se tropieza en el primer baile de la temporada, dejando claro que es más bestia que hombre. No es más que un duque caído en desgracia.

Me horroriza lo que dicen de él y, por eso, salgo del despacho y pido que me traigan todos los periódicos de la casa. Después, los quemo, mientras odio que la gente esparza rumores porque es la única forma de destacar ante alguien como un duque.

—¿Acaso quiere quemar mi castillo? —El duque entra en la salita y me quita el hierro con el que sacudo el fuego.

Va todo de negro, aunque su ropa es menos robusta que la que usaba en el castillo. El pelo rubio lo lleva recogido en una coleta y, cómo no, su máscara adorna su cara.

—No, solo quería quemar las malas noticias.

—Si lo ha hecho por lo que dicen de mí, llega tarde. —Muerdo mi boca y sigue el movimiento de mis labios—. Salí a cabalgar temprano. No me importan esas sandeces. Prefiero que me tengan miedo, a que se me acerquen las damas casaderas, pensando que existe alguna posibilidad.

—Su meta en la vida no puede ser la de acabar solo. —Me mira dejando claro que sí—. Nadie merece la soledad por un error.

—No sabe nada, Bella. —Me tiende la vara, tras controlar el fuego—. Intente no quemarnos. Solo me faltaban esas marcas en mi piel.

—Dudo que, de quemarlo, exista una máscara capaz de cubrirle todo el cuerpo.

—Seguro que la fabrico.

Se marcha y noto cómo expulso el aire de los pulmones. El duque me altera, pero no como al resto. A mí me hace sentir que, por un segundo, floto con los pies sobre el suelo. Es como si a su lado, sin necesidad de viajar, fuera posible acariciar las nubes.

Capítulo 11

Anabella

Miro mi vestido blanco con detalles en amarillo y con rosas blancas bordadas en la tela. Es precioso. Me siento hermosa con él. Tiemblo de miedo por la noche que se me viene encima, ya que soy la hija de un conde, una lady de nacimiento, y nadie debe notar que bajo todas estas capas me siento una estafadora.

El momento de brillar y elegir mi camino ha llegado.

Salgo de mi cuarto y voy hasta las escaleras.

Cuando empiezo a bajar, escucho pasos que me llegan de las dependencias del duque. Alzo la cabeza y mi mirada se encuentra con la de él. No lleva la máscara, pero la veo en su mano, preparada para ponérsela, y así sentirse seguro tras ese trozo de cuero.

Lo encuentro más apuesto que nunca y se parece a ese príncipe destinado a ser. Su ropa azul oscura contrasta con los bordados en oro.

Bajo, sin dejar de mirarlo. Sin dejar de perderme en este hombre que no debería hacerme arder tanto como lo hace.

El mal presentimiento que tengo no se me va y me pregunto si es él; si debo confiar en alguien a quien todos conocen como la Bestia.

Llegamos hasta el centro de la escalera y nos miramos.

Su mirada no dice nada. Es seria, como siempre. Entonces, alza la máscara y se la ata, dejando atrás quién es, para convertirse en la leyenda.

—No me mire así. —Me ofrece el brazo para bajar.

—¿Así, cómo?

—Como si mi máscara le repudiara más, que mi cara, libre de esta.

—Es que me horroriza, y me recuerda lo cobarde que es usted.

—No sabe nada de mí. No crea que, porque he fingido ante usted un par de veces que la soporto, me cae bien, o algo por el estilo.

Llegamos al final de la escalera y me suelto de su brazo.

—Intente estar callado lo que resta de velada o arruinará mi noche, por su gran bocaza.

Me marcho hasta la puerta y me ponen la capa. Luego, ando hasta el carruaje, donde los lacayos me ayudan a subir.

Entro en él, e intento que los nervios por esta velada no se noten, pero es algo imposible, cuando el duque aparece en el carruaje.

El vehículo se pone en marcha y vamos hasta la casa donde se dará la primera y tan esperada fiesta de la temporada que comienza.

Siempre quise ser presentada en sociedad, tener algo más que lo que mi padre me ofrecía, ya que quería creer que afuera me esperaba una vida mejor que la conocida.

—Esto es para usted. —Saca del bolsillo un sencillo collar, con un pequeño diamante el centro.

—Gracias.

El carruaje se detiene y abren la puerta para que salgamos.

El duque se me acerca, como puede, y aparta mi pelo del cuello para ponerme la pieza, antes de salir. La mete bajo mi capa y noto la caricia de sus dedos enguantados en mi piel.

—Vamos, nos esperan. Esta noche seremos la atracción de esta fiesta. —Sale y me tiende la mano—. Pero tranquila, que dejaré mi bocaza cerrada.

—Casi preferiría que dijera alguna bordería y que así todas las miradas se centraran en usted.

—Va usted preciosa, lady Bella, pero no lleva una máscara, y no es el duque maldito.

—Cierto, sin que haga nada, será la atracción de la fiesta. —Sonrío hasta que me doy cuenta de que esto lo paraliza. Salgo del carruaje tras poner mi mano sobre la de él—. Todo irá bien. No olvide que es un monstruo, y a los monstruos se les teme —bromeo, y se relaja.

—No tengo miedo. —Empezamos a andar. No suelta mi brazo —. No soy yo quien lleva un vestido que se puede pisar, y acabar cayendo de bruces.

—Gracias, eso me deja más tranquila. —Sonríe de medio lado.

La gente que está cerca nos mira curiosa. Sobre todo, porque el duque lleva una máscara y su altura destaca entre el resto.

Entramos y los anfitriones, al vernos, agrandan los ojos.

Al llegar a su lado, lord Darkbeast me presenta como su prima.

Los saludo, y nos internamos por la sala.

Hay que bajar unas escaleras, hasta la pista de baile. Todo está plagado de candelabros y flores. Nunca vi una estampa tan bonita.

—Debería dejar de observar embobada todo. Le juro que eso no es propio de una dama.

—Tampoco lo es de un caballero llevar máscara.

Empezamos a bajar.

—Por suerte para mí, todo eso me importa bien poco.

—Por eso ha temblado cuando ha entrado en este lugar, porque nada le importa

—*Touché*. —Sonrío, pero mi sonrisa dura poco.

De golpe, se hace el silencio y todo el mundo nos mira curiosos. Sobre todo, al duque. Veo miedo en sus ojos, y algunas mujeres se abanican.

—Bueno, al menos sabemos quién llamará más la atención esta noche.

Terminamos de bajar las escaleras, y la gente nos observa con descaro.

Veo a Larah y a su madre acercarse. Al llegar, les presento al duque.

—Vaya con ellas, que quiero estar solo —me dice, y se aleja hasta una pared de la sala, para observar todo.

—Es más impresionante en persona —me señala Larah mientras damos un paseo por la estancia—, pero no da miedo.

—No, dan más miedo los cotillas de esta habitación.

Se ríe, pero recuerda que no es de buen gusto que una señorita ría así, por lo que se pone la mano delante de la boca, hasta que se relaja.

Andamos por las diferentes salas y miro todo maravillada. Entonces, unos pretendientes se nos aproximan para presentarse.

La madre de Larah se nos acerca e intercambiamos presentaciones con varios de ellos, que se inscriben en nuestros carnés de baile.

Casi no podemos andar por la sala porque varias personas salen a nuestro encuentro. Creo que es por mí, hasta que lanzan una pregunta, que siento que todos estaban pensando, pero que no se atrevían a formular.

—¿Y es cierto todo lo que dicen del duque?

Miro a la descarada mujer y veo cómo el resto espera mi respuesta.

—No, es peor. —Se escandalizan—. Es broma. Solo es como el resto de los presentes.

—Ninguno de ellos lleva una horrible máscara —apunta otra mujer, y se marcha.

—Lo hace, para que no os escandalicéis con su belleza —respondo, pero ninguno me cree—. Y si alguien tiene más preguntas sobre lord Darkbeast, que vaya a hacérselas a él mismo.

Seguimos andado por la sala hasta el hombre al que prometí el primer baile, que viene a buscarme.

Acepto su brazo, nerviosa y temiendo no estar a la altura, a pesar de todo lo que me he esforzado por ser la lady para la que nací.

Me coloco para la pieza y noto cómo me tiemblan las manos. Sonrío para que nadie note mi nerviosismo y paseo mi mirada por la sala. Mis ojos se encuentran con los del duque. Al verme, se acerca un

poco, saliendo de la oscuridad, y sonríe. Sé que me está desafiando a no fallar.

Por desgracia, para él, algunas personas se le aproximan, como si hubieran sentido su acercamiento, como una invitación a hablar.

La música empieza y me dejo llevar por los acordes, olvidando que no hace mucho no era capaz de dar dos pasos sin tropezar con mis propios pies.

Por suerte para mí, no lo hago tan mal.

Al acabar, me pide un paseo por la sala y acepto, hasta que me busca el lord a quien prometí la siguiente pieza.

No dejo de bailar durante un buen rato, pero no vuelvo a ver al duque. Intuyo que ha ido a fumar puros o a beber a la sala de caballeros.

Tal vez, sea mejor así, pero me gusta saber que me observa desde las sombras.

Capítulo 12

Adam

Entro a la sala de caballeros y varios se hacen a un lado como si los fuera a morder. Son patéticos. Me había olvidado de cómo era vivir entre personas que se creen especiales solo por existir, pero que temen hasta el más leve aire que roza sus mejillas.

Camino hasta la mesa de bebidas, cojo algo bien fuerte, o esa es mi idea, porque han invertido mucho en decoración, pero poco en comida. En mis fiestas siempre había comida y bebida en exceso; siempre, lo mejor, para los que creía que eran mis amigos. Semanas y semanas de fiestas incasables…

Parece que haya pasado una vida desde aquello.

—Vaya… —Mi odioso primo, lord Radcliffe, se me acerca. Lo llamaría por su nombre, pero no quiero esa familiaridad con él—. Quién iba a esperar que ese ser tan horrible, como lord Morris, pudiera ser padre de una joven tan hermosa.

—Aléjate de ella —le digo mordaz.

—Tranquilo, primo. No tengo interés en tener una esposa. Hasta que no sea heredero del ducado, claro. —Sonríe—. Vas a perder. Ella va a tener todo Londres a sus pies y, entre todos ellos, nunca elegirá a un ermitaño que odia vivir en sociedad, y está deseando volver a encerrarse en su castillo. —Me da unas palmadas en la espalda y se aleja.

Lo veo irse, deseando arrancarle la cabeza de los hombros. Lo odio con cada fibra de mi ser. Haré lo imposible para que Bella me elija y que el castillo de mi padre no recaiga sobre él, aunque para ello tenga que engañarla.

Aferrarme a esta apuesta, me da la fuerza para seguir rodeado de esta gente y pensar en mi siguiente movimiento. Por primera vez en años, hago algo más que dejarme llevar.

Anabella

La verdad es que lo estoy pasando muy bien. Larah también.

Ahora estamos bebiendo algo, emocionadas por tantas atenciones.

Larah va a decir algo, pero se queda callada, mirando tras mí.

Me giro y veo a Adam. Su mirada es afilada y parece sentir deseos de matar a alguien.

—Si nos disculpas —le digo a Larah y paso mi brazo por el del duque, para dar un paseo—. ¿Se puede saber qué le pasa?

—Odio estar en este lugar.

—Tal vez, debería intentar relacionarse.

—No —indica tajante. Me mira y siento que quiere decir algo, pero maldice y me deja sola, al lado de unos jarrones.

Voy a seguirlo, pero me veo rodeada de pretendientes que desean conseguir mi atención.

La señora Taylor se me acerca y me ayuda con las presentaciones, mientras su hija está dando un paseo con un joven.

No vuelvo a ver al duque hasta que la gente se empieza a ir y me busca para marcharnos.

Andamos hasta el carruaje. Sujeta la puerta y entro, sin comprender su gesto molesto.

—Bueno, sigue vivo aunque, viendo su cara, parece que viene de la guerra.

—Al menos en la guerra tendría el placer de matar a algún que otro desgraciado. —Su voz es dura y parece lejos de aquí.

—Lo siento.

Me mira, mientras el carruaje circula por las calles de Londres.

—¿Por qué?

—Por obligarlo a hacer todo esto, por la hija adoptiva de su primo.

—¿Obligarme? En este lío me he metido solo, y no hay día que no me arrepienta. —Va a decir algo más, pero se queda callado unos minutos. Luego, abre la boca para hablar—: No es su culpa. Esta noche ha brillado, como estaba destinada a hacerlo. Siempre sentí que, entre todas las rosas, usted era la más pura, y hoy se ha visto.

—Solo soy una torpe disfrazada de princesa. —Toco la seda de mi vestido.

—Si quiere, le presto mi máscara para el próximo baile.

Me río, porque sé que está bromeando.

—No, prefiero fracasar o triunfar, sin agachar la cabeza en el proceso.

—Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

—Solo tiene que intentarlo.

—Difícil. Odio a la gran parte de las personas de esta sociedad, y dudo que un día eso cambie.

El carruaje se detiene, y sale sin sujetarme la puerta.

Salgo, ayudada por los lacayos, y voy hasta mi cuarto, donde

ya me espera la señora Aura, para ayudarme con la ropa, y preguntarme por el baile.

Se lo cuento todo y me mira emocionada.

—Me alegra que haya disfrutado, joven. Mañana llegarán los ramos y las peticiones de los primeros pretendientes. Descanse. Será un día duro.

Asiento y la veo irse, ya cambiada.

Voy hasta la cama y aún está caliente por el calentador, que han puesto para mi llegada.

Me meto entre las sábanas y me arropo hasta la barbilla.

Miro la luna por la ventana, preguntándome por qué, si he sido tan feliz bailando con unos y con otros, mis pensamientos solo están con el duque.

Siento que no se merece ni uno solo de mis pensamientos, pero ahí está, rondando en mi mente, a pesar de todo.

Adam

Voy a empezar otra copa cuando la puerta se abre y aparece la señora Aura.

—La joven se lo ha pasado muy bien, pero algo empaña su mirada. ¿Sabe algo de eso?

—No creo que deba darle explicaciones, señora Aura.

—No es el único que puede perderlo todo. A veces parece olvidarse de que nos dejará expuestos a un ser horrible.

—¿Más horrible que yo? Lo dudo, pero podéis seguirme adonde vaya. A menos que queráis quedaros encerrados en el castillo con él. A lo mejor, es que ahora se cree usted una tetera…

—Deje la estupidez para otro momento. Recuerde cómo era ser galante. Recuerde cómo era enamorar a una jovencita, y luche por la herencia de su padre. Él, en este castillo, puso su alma.

—Como si no lo hubiera intentado.

—Dudo que lo haya hecho. Está más cómodo ahondando en la pena, que en la posibilidad de tratar de ser, por una vez en todos estos años, un hombre respetable, y no solo una leyenda para asustar a las personas crédulas.

—Debería despedirla por su osadía.

—Pero no lo hará. Somos toda la familia que tiene. —Se marcha.

Desde la muerte de mis padres, Aura, Elias y Landon han sido lo más parecido a un hogar que he tenido, y lo saben. Por eso, ninguno de los tres refrena su lengua a mi lado.

Doy vueltas a mi copa mientras recuerdo a Bella bailar feliz

con unos y con otros. Es tan hermosa que duele mirarla, pero mejor que nadie sé que la belleza no lo es todo. Ella tiene algo más: un alma llena de bondad.

Si juego bien mis cartas, puede que esa bondad le haga elegirme por pena.

Toca ver cómo hacerlo, para que, cuando se dé cuenta, ya no haya marcha atrás y me elija. Casarme con ella será un precio pequeño, si no pierdo.

Capítulo 13

Anabella

La señora Aura y yo bajamos al salón grande. El lugar está lleno de ramos y presentes, de los hombres con los que ayer tuve la suerte de bailar o intercambiar unas palabras.

Voy mirando uno y a uno, y cogiendo las tarjetas, para ponerlas en la bandeja que trae consigo la señora Aura.

Me siento abrumada por tantas atenciones. Nunca pensé que llegaría el día en el que por fin sería presentada en sociedad.

Siento un poco de vértigo.

—Vaya, al parecer la perderé de vista pronto. —El duque entra con su máscara y vestido todo de negro. Lleva los guantes, y parece listo para salir.

No me mira. Solo coge algunas tarjetas y pone mala cara. Después, las deja sobre la bandeja antes de marcharse.

Noto la tensión en el ambiente.

Pensaba que lo quería era perderme de vista, ya que para eso estoy aquí, para encontrar marido o elegir mi libertad, pero su comportamiento no muestra alegría.

Centro mi atención en los ramos.

Respondo, junto a Aura, a varios de mis pretendientes. Incluso, un par de ellos se presentan para hablar conmigo y dar un paseo por el jardín.

Una de las veces, al mirar hacia el despacho del duque, lo veo ahí plantado, mirando hacia fuera.

Trato de ignorarlo, pero siento sus ojos azules en mi espalda, todo el paseo.

Entro a la biblioteca de la casa, sin que nadie me vea.

Un día escuché a los sirvientes hablar de ella y sin que nadie se diera cuenta me colé dentro.

Desde que vivimos aquí, no tengo tanta vigilancia. Tal vez sea porque este lugar no tiene tantas tierras ni un peligroso lago. Ni un ala oeste en la que vive el duque, donde no quiere ser molestado.

Esa ala del castillo me da escalofríos. Cuando pienso en ella, siento la ansiedad crecer en mi pecho y no sé bien la razón.

Al menos, la casa del Londres no parece tan lúgubre.

He acabado la novela que estaba leyendo y vengo a por otro.

Hay infinidad de libros y el techo está pintado en colores crema. Las estanterías son en blanco y dorado. Se nota que pusieron mucho mimo en esta estancia. No está repleta de libros. Todavía tiene varios espacios vacíos.

Voy hasta donde descubrí que hay ejemplares de aventuras y busco uno en el que perderme, mientras espero a que llegue la hora de la cena.

A la comida no acudió el duque. Lo mismo, a la hora de la cena se excusa de la misma forma o se va al club de caballeros.

Escuché que le han invitado a que vuelva pronto. Los sirvientes cuchichean a todas horas y es fácil saber qué pasa en la casa.

Voy a coger una novela para hojearla, cuando la puerta se abre y se cierra de forma brusca.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —El duque camina hacia mí, visiblemente enfadado.

—Creo que es evidente: elegir mi próxima lectura.

—No debería estar en este lugar. —Se acerca hasta que mi espalda golpea con la estantería.

—Para no ser su prisionera, lo disimula muy bien.

Observa mi cara con intensidad. Tanto que se me seca la boca y mi respiración se agita.

Alzo la mano y tiro del lazo negro de su máscara. Esta cae entre los dos.

—Empiezo a pensar que me la quieres robar. —Se aproxima todavía más y me echo hacia atrás.

Tiemblo por su cercanía.

Entreabro la boca, como si mi subconsciente le suplicara un beso.

—No me gusta estar ante alguien que parece un cobarde, oculto tras una máscara. Prefiero ir de cara con usted, si no le importa.

—Es fácil hablar cuando nunca nadie la ha mirado como un monstruo.

—Me han mirado con pena toda mi vida, los sirvientes de mi

casa, y no por eso he creído que tuviera que agachar la cabeza. A veces olvida que, mientras usted estaba en su castillo encerrado, yo tuve que vivir al lado de un canalla borracho y sin escrúpulos. O tal vez ni sepa cómo es su primo, en realidad.

—¿Se atrevió a tocarla alguna vez? —Su voz es dura y me pone los pelos de punta.

—No es de su incumbencia.

—Como la vuelva a tocar, juro que lo mato.

—Hay heridas peores que las causa el dolor. Usted lo sabe mejor que nadie, porque, por ellas, lleva una máscara.

Se aproxima aún más y toca algo tras de mí.

Luego, la pared desaparece, y me sujeta por la cintura, cuando casi me caigo.

Me acerca a su cuerpo y mis manos caen sobre su pecho, para buscar estabilidad. Ahora mi boca queda todavía más cerca de la de él y, de nuevo, quiero que el deseo que recorre mi cuerpo se apague en sus labios.

—Venga, le enseñaré algo. —Se aparta y mira tras de mí.

Me giro y veo que se ha abierto una escalera de caracol.

—Vaya forma más rara de cambiar de tema. —Emite una pequeña sonrisa.

Subimos por la escalera y llega hasta una guardilla pequeña y acristalada, con el suelo lleno de sillones, y un banco junto a la ventana, colgado del techo.

Voy hasta él, mientras el duque observa este lugar, perdido en sus recuerdos.

Me siento en el banco y me mezo. Desde aquí, se ve Hyde Park.

—Es precioso.

—Mi madre solía leer aquí. Mi padre lo hizo para ella. —Noto su voz lejana.

—Tuvo suerte de tener unos padres tan buenos.

—¿Cómo puedo tener suerte si los perdí?

—Yo nunca he conocido el amor. Así que, si usted sí lo conoció, tuvo suerte, aunque lo perdiera.

—No duele el alma por algo que no conoce.

—Duele por falta de cariño cada día. Duele por tener un padre que te humilla y se ríe de mí. Duele por añorar una caricia que no llega; duele por… —Me quedo callada, porque no puedo hablar de ello, de lo que me hizo ese desarmado. Toco mis brazos, sin darme cuenta—. Así que, no me hable de dolor, como si usted y su herida fueran los únicos que han sufrido. Debe aprender a salir de su burbuja de una vez y darse cuenta de que el mundo nunca dejó de girar, a pesar de que para usted sí lo hizo.

—Da igual lo que haga, porque usted solo está en mi vida de paso. Aplíquese en conseguir un buen pretendiente. Lo mismo, con suerte, puede hasta rogarle una caricia.

Se marcha y siento deseo de ir detrás de él para enfrentarlo, pero no lo hago, porque el tiempo corre y un día estaré lejos de aquí.

De él.

Por eso, bajo a por un libro y leo en este rincón, que parece sacado de un cuento de hadas.

Adam

—¿Qué tal lo de enseñarle la biblioteca?

Miro a Elias. Landon se nos acerca y cierran la puerta del despacho.

—Perfecto —rumio entre dientes.

—Ha ido fatal —apunta Landon, y ambos asienten—. Hace años, usted conquistaba a cientos de mujeres. ¿Acaso no recuerda cómo era?

—Solo tenía que sonreír, pero, al parecer, Bella es inmune a mis encantos.

—Eso es porque tiene pocos, desde hace bastante tiempo —murmura Elias.

—Estoy tentado de despediros a los dos.

—No lo hará —añade Landon y se sienta en mi mesa, hasta que lo miro como si lo quisiera matar—. Invítela al teatro o a la ópera. Tiene un palco de honor allí.

—Podría salir bien —señala Elias—. Solo tiene que dejar de comportarse como un…

—Ogro —indica Landon—. Esa joven ya ha sufrido suficiente. Su padre tiene pinta de ser un hombre horrible.

—Lo es —afirmo sin dudas. He visto su miedo en la mirada y cómo se ha tocado los brazos. Siento que ese desgraciado la pegó alguna vez y, si descubro que es cierto, no sé qué haría con esa información. Por eso, no la insté a que siguiera hablando—. Ahora, dejadme solo. Quiero repasar unas cosas antes de ir al club.

—¿No va a cenar con la joven? —pregunta Landon.

—No, por hoy ya me he cansado de ser cordial.

—Así no perderá a su primo de vista, y lo tendrá en su vida para siempre. —Elias me mira enfadado y se marcha.

Landon asiente y se va tras él.

Al fin, me dejan solo.

A veces son más molestos que el tictac de un reloj en medio de la noche.

Lo peor, es que tienen razón, pero no sé cómo ser quien fui. A Bella, al parecer, no le basta solo con mi sonrisa… Aunque, la verdad, es que no recuerdo si llegué a sonreír.

«¡Joder!».

Capítulo 14

Adam

Entro en el club para caballeros y se hace el silencio.

Mi mente retrocede a cuando todos se me acercaban para tenerme entre sus círculos más cercanos.

Son un atajo de hipócritas.

Si estoy aquí, es solo para ver si veo al padre de Bella. Quiero recordarle que ahora ya no es su responsabilidad. La perdió, cuando aceptó entregármela, a cambio de que le perdonara todo lo que me debía.

Ya me han informado de que fue a verla a mi casa, y no quiero que vuelva a ocurrir, ahora que tengo la casi certeza de que la golpeó.

No me ha gustado el dolor que he visto en los ojos de su hija y, si de mí depende, ese desgraciado no se va a acercar a ella nunca más.

No lo veo entre las mesas de cartas, pero, quien sí está, es lord Radcliffe, que se me acerca como si fuéramos la mejor familia del mundo.

Me mira con esa sonrisa suya que tanto me gustaría borrar a puñetazos.

Si gano esta apuesta, no tendré que verle esa cara de tonto que tiene en una temporada.

—Al parecer, tu protegida es la triunfadora de la noche. Se rumorea que te han llenado el salón de flores. Cada vez veo más cerca el momento de poseer tu castillo —murmura esto último, para que solo lo escuche yo—. Espero que no te olvides de dejarme la casa lista para vivir. O, mejor dicho, el castillo.

Se marcha y pido algo para beber, para no ir tras él y partirle la cara de idiota que tiene. Solo faltaría eso para que todo lo que circula sobre mí, cobre aún más fuerza.

—Me hace ilusión tenerlo por aquí.

Me giro para mirar al hombre que se sienta a mi lado.

Lord Mills era un buen amigo de mis padres. Cuando ellos murieron, trató de ayudarme, pero lo eché lejos de mis tierras, y le indiqué que no necesitaba su ayuda, ni la de nadie.

—No veo por qué.

Se ríe.

—El humor no te ha cambiado en estos años. —Sonríe y veo cómo el tiempo ha envejecido sus facciones—. A los enemigos hay que tenerlos cerca —mira a mi primo, que no nos pierde de vista, y hasta parece tenso—, pero a los amigos más. —Me da unas palmadas en el hombro y se aleja.

Me pregunto hasta dónde sabe de lord Radcliffe para decir algo así y para no insistir en estar a mi lado. No, cómo hace años, que casi tuve que mandar que lo echaran de mis dominios.

Juego un par de veces a las cartas y gano, porque todos están más pendientes de que no sea cierto lo que se dice de mí, y me salgan cuernos.

¡Qué panda de supersticiosos! No son más que unos patanes acobardados.

Al final, el miedo te hace ver una bestia donde solo hay un hombre herido.

A primera hora, me dejan un aviso en mi despacho de lord

Mills, quien vendrá a hacerme una visita a media mañana.

Ignoro dicha visita, hasta que me anuncian que ha llegado, junto con su sobrino.

Curioso por ese dato, voy hasta el jardín, donde, al parecer, han instalado el pequeño almuerzo.

Veo a lord Mills y a un joven moreno de grandes ojos azules, que observan con dulzura a Bella. Esta se sonroja un poco, cuando los mira, y yo juro que siento deseos de hacer arder este lugar.

—Espero que no le molestemos, lord Darkbeast. Mi sobrino quería conocer a la joven más hermosa de la temporada, tras su llegada.

—Es mucho más hermosa de lo que imaginé —indica el sobrino, que ya me cae mal.

—Por desgracia para ustedes, a la señorita Bella poco le importan los cumplidos sobre su belleza.

—Eso seré yo quien lo decida, *milord*. —Me mira alzando una ceja.

Me presentan a lord Patel, el sobrino de lord Mills. Parece tener unos veintipocos años.

Nos sentamos a tomar el té y lord Patel nos cuenta que ha estado de viaje. Según parece, desde pequeño le ha gustado viajar y conocer mundo.

Esta información intriga mucho a Bella. Sus ojos brillan cuando le habla de otras culturas; de tesoros que ha encontrado en sus viajes y anécdotas de ellos.

Yo, por el contrario, no tengo nada interesante que contar. Llevo años encerrado entre las paredes de un castillo.

Le dice a Bella de ir al museo, para ver una exposición en la que ha colaborado, y esta acepta casi sin pensarlo.

Cuando me mira, veo tanta ilusión en sus ojos color avellana, que me excuso para marcharme de este lugar.

No pinto nada aquí.

Salgo del jardín y pido que ensillen mi caballo de inmediato.

Bella no es nada para mí, pero perderla supondría perder los recuerdos de mis padres cuando íbamos al castillo, y dejar que mi primo los mancille.

No puedo consentirlo.

Por eso, por la noche, voy hasta su cuarto y llamo a su puerta.

—No son horas para hablar a solas —dice tras la madera.

—Abra la puerta, lady Bella.

—No.

Enfurecido, me marcho hasta los pasadizos e irrumpo en su dormitorio, por uno de ellos.

Al verme, se ata la bata y me mira enfurecida.

—¿Se puede saber cómo osa entrar en mi cuarto de esta manera?

Se acerca hasta mí, enfadada, y yo hago lo mismo.

—Yo que usted bajaría la voz o nos tocará casarnos por obligación.

—Todo es por su culpa —murmura.

Me señala con un dedo.

—Ahora resulta que, para tener una conversación con usted, me tengo que poner a la cola de sus pretendientes.

—Pues no estaría mal mostrar un poco más de educación. ¡Se ha ido sin despedirse del té!

—¡¿Y acaso le molesta?! Tan embelesada que estaba con ese… lord de tres al cuarto.

—Al menos, él se comporta con elegancia y educación.

—Yo no tengo de eso.

—No hace falta que lo jure.

Nos miramos agitados.

Veo cómo su pecho sube y baja, y cómo la bata se ha movido. Puedo ver gran parte de su cremosa piel. Esta mujer nació para tentarme, y tendría que ser al revés, porque yo no debería ser el seducido.

Centro la mirada en sus ojos y veo que devora mi boca.

No llevo la máscara porque sé cuánto la odia. Hice el esfuerzo de presentarme ante ella sin nada en mi rostro, a pesar de las miradas de algunos sirvientes que se han cruzado conmigo.

Traga con dificultad.

—Ha puesto mi vida patas arriba —le digo, subiendo una mano por su mejilla—. No sabe cómo odio que un día se cruzara en mi camino.

—Olvida que usted aceptó esto por su primo. Nadie lo obligó.

Gruño.

—Pequeña descarada. —Acerco mi boca a la de ella y mi aliento la acaricia—. Ahora es cuando debería salir corriendo.

—No soy de las que se asustan, cuando la bestia está a punto de morder.

—Pues si quieres que una te muerda, no seré yo quien se resista.

Atrapo su boca y la beso, como si quisiera que gritara o saliera corriendo, o como si deseara que esta descarada mostrara algo de cordura.

Pero no hace nada de eso.

Alza sus manos y las enreda en mi pelo, permitiendo que el beso se pueda profundizar. Su lengua se enreda con la mía, mientras su sabor eclipsa mis sentidos.

Hace muchos años que no me permito besar a una mujer. El sexo pasó de ser divertido, a ser horrible, mientras veía cómo las putas a las que pagaba me miraban horrorizadas.

Odié eso, y tener que pagar por tener sexo, porque ninguna mujer se me acercaba por miedo.

Pero Bella me besa sin atisbo de temor.

Solo hay curiosidad en ella.

Acerco su cuerpo al mío y gime en mi boca, cuando nota las durezas de mi anatomía.

Andamos hacia atrás hasta que su cuerpo choca con el escritorio.

La alzo, para que se siente sobre este, mientras me hago un hueco entre sus piernas.

Bajo la mirada un segundo y veo que el camisón se le ha abierto, y sus pezones rosados golpean la tela blanca.

Los quiero en mi boca.

Los deseo entre mis dedos, mientras mi mano se pierde en el interior de sus muslos hasta mojarse con su humedad…

«No, esto no debería pasar».

Rujo y me marcho por donde he venido, como si este beso nunca hubiera tenido lugar.

Debo convertirla en mi esposa, y no en mi amante.

¡Joder!

El odio hacia mi primo me ha metido de lleno en una apuesta que va a acabar con la poca cordura que me queda.

¡Nada está saliendo como tenía pensado! ¡Esta apuesta se me está yendo de las manos!

Sin esta apuesta, yo seguiría en mi castillo. Estaría solo, odiando el mundo, y no deseando meterme entre las piernas de la primera mujer que me vuelve loco desde hace tantos años.

Anabella

Miro el dosel de mi cama, mientras asimilo lo que ha pasado hace menos de una hora.

Cuando el duque se fue, me metí en la cama, avergonzada por mis deseos. Por mi forma de desafiarlo, hasta que su boca y la mía se fundieron en una, como tantas veces había deseado.

Nunca he ardido por nadie, como lo hago por él.

Cuando lo besé, fue como volar sin alas y, a la vez, arder en el mismo infierno. Ese beso nunca debió pasar.

Es mejor no olvidar que mis planes no son los de amar a una bestia como él.

Mis sueños son cada vez más oscuros.

Grito y me paseo entre una bruma oscura.

Nadie me escucha gritar.

Entonces, veo rosas. Son rosas blancas, llenas de sangre, y después la nada.

Despierto agitada y busco un poco de agua. No es la primera vez que sueño con esto. Me pasa desde que vi a Adam herido esa noche. Lo que no entiendo es por qué, si su herida no me impresionó.

Miro mis brazos. Mis propias heridas casi no se ven. Son pequeños cortes irregulares que marcan mi piel.

Cuando los miro, puedo escuchar la risa de mi padre.

—Solo es un corte de nada… Así estarás entretenida curándote.

Solo si me marcho de Londres podré escapar de mis pesadillas. De él. De mi padre.

Es mejor no dejarse seducir por el duque, por mucho que a su lado mi corazón se olvide de todos y cada uno de mis sueños, mientras me pierdo en sus ojos azules.

Capítulo 15

Anabella

Bajo a desayunar y me avisan de que lord Patel ha mandado algo para mí.

Me gustó hablar con ese hombre. Fue muy interesante la conversación y perderme en la sabiduría de su mirada. Lo peor, que era plenamente consciente de la presencia del duque, y me costaba mucho no centrarme en él, mientras tenía tan animada charla.

Desde anoche, no dejo de pensar si hay algo mal en mí, por haber respondido a su beso de esa forma.

Lo peor, es que me gustaría repetir. Volver a sentir ese placer.

Tampoco quiero darle muchas vueltas porque mi idea no es ser casta y pura para casarme, sino que deseo pasar esta prueba e irme lejos, donde ser virgen no será una tacha inquebrantable.

Por primera vez en muchos años estoy viviendo algo parecido a una aventura, lejos de las paredes de la casa de mi padre.

No sé dónde me llevará todo esto, pero tampoco quiero pensarlo demasiado.

Llego al salón y me tienden una caja.

La abro y dentro hay una brújula con una cadena. Sobre esta, hay una nota:

> *Para el próximo día en el que el viento corra cerca de usted y quiera saber dónde está el norte, antes de iniciar una nueva aventura.*
>
> *Lord Patel.*

Miro el regalo, embelesada, porque es algo que sí me gusta.

Las flores me agradan, pero, si me conocieran un poco, sabrían que mis preferidas son las rosas. Como nadie lo hace, porque solo buscan mi atención, este sí es un presente que logra gustarme.

—¿Qué es eso? —El duque entra y mira mis manos—. Tengo cientos de esas en mi castillo.

—Pues las ha debido de romper todas porque parece haber perdido el norte de vista.

Nos miramos y, de golpe, recuerdo nuestro beso. Sus labios

duros y a la vez suaves sobre mi boca. Su lengua… Su sabor.

Mis mejillas se sonrojan de forma involuntaria.

—De vez en cuando está bien dejarse llevar. —Mira mi boca y yo la suya.

—No tiene pinta de hacerlo a menudo. —Señalo su máscara.

—No se haga la tonta, que no la tengo por una —susurra y se aparta—. Iremos a la ópera en dos noches.

—¿Y por qué ha pensado que deseo ir con usted?

—No le he preguntado. Solo le he informado. Ahora tengo que marcharme.

Lo veo irse, dejándome con el corazón acelerado y la sensación de que en poco tiempo han pasado demasiadas cosas.

Un solo hombre no debería alterarme de esta forma, como lo hace. Es como si, tras su presencia, sintiera que ha pasado un huracán que me ha dejado temblando y agitada.

Bajo para el baile y veo a Aura en el borde de la escalera junto

a su marido Elias y su hijo. Ella lleva un elegante vestido de fiesta.

—Al parecer tengo nueva acompañante —digo, y me mira sonrojada.

—Hace años que no voy a un evento en Londres. No sé si estaré a la altura. —Se alisa la falda, nerviosa.

Entiendo que el duque ha decidido dejar sus tareas en Aura, para evitar ir conmigo. Por eso, no me cuadra que quiera ir a la ópera…, si es que eso sigue en pie, visto lo visto.

—Lo harás muy bien, mamá. —Su hijo la abraza feliz y esta lo coge en brazos para darle un beso.

Su marido tira de ella y giran por la sala.

—La más hermosa de toda la fiesta. —Le da un casto beso en la mejilla y la señora Aura coge confianza—. Eres la hija de un lord, y eso no se olvida con facilidad.

—Lo pasaremos muy bien —le digo. y vamos juntas hasta el carruaje.

Tras entrar, saludamos con la mano a su marido y a su hijo, que nos dicen adiós, emocionados.

—Entiendo que el duque no ha querido venir.

—Lo comentó hace unas noches, que a algunos bailes no podría ir. Por eso, mandó que me hicieran vestidos, pero no esperaba que me avisara con tan poca antelación.

—Como si fuera una idea de última hora.

—El duque ha sufrido mucho. Para él, no es fácil regresar y recordar de golpe tantas cosas, que hubiera deseado olvidar con los años.

—Todos tenemos problemas, ya se lo dije —respondo.

Se hace el silencio y vamos hasta la fiesta.

Al entrar, y ver que me acompaña Aura y no el duque, se nota en la mirada de los anfitriones que no les gusta el cambio. Sobre todo, porque el duque da mucho más juego del que hablar al día siguiente, en la sección de cotilleos.

Entramos a la sala y la señora Aura lo mira todo con una sonrisa, que brilla en sus ojos.

—Todo esto es precioso, pero estar en un lugar tan bonito, sin las personas que más quiero, hace que su belleza no sea perfecta, porque no puede ser compartida con quien más amo.

—Luego podrá contárselo todo.

—Sí, pero no es lo mismo. Ya lo entenderá cuando se enamore. La vida es más bonita cuando la compartes con los que más quieres.

Andamos por la sala, hasta que nos vemos rodeadas de lores que buscan mi atención.

Acepto bailar con todos ellos, aunque, en verdad, no puedo

negarme por el protocolo. Tampoco puedo bailar más de dos bailes con un hombre, hasta que sea mi prometido.

Lord Patel se me acerca y coge mi carné de baile, para apuntarse en el último. Después, me saluda.

—Casi no llego. —Sonríe feliz.

La verdad es que es con quien más cómoda me siento. Cuando lo miro, es como si en sus ojos se reflejara parte de todo lo que ha visto en su vida, y, cuando habla, me pasaría años escuchando sus hazañas.

Es la única persona, en este lugar, con quien sí pasaría más de un minuto de mi tiempo.

—¿Se la puedo robar un momento? —le pregunta a la señora Aura y esta asiente.

Coge mi mano, para posarla sobre la de él, paseamos por la sala, mientras me cuenta cosas sobre sus viajes.

El tiempo se me pasa muy rápido y, cuando vienen a buscarme para bailar la siguiente pieza, la desilusión se instala en mi pecho.

—Podemos seguir mañana, en un paseo por calesa, por Hyde Park. —Sonríe y se marcan sus hoyuelos.

Asiento y se aleja con una bella sonrisa.

Es guapo, sin ser atractivo. Tiene una belleza pausada, de esas que vas viendo más interesante conforme pasan los segundos. Es algo sutil, que me gusta, aunque, si lo comparo con el duque, todo se ve empañado por lo que este me hace sentir.

Pero esta noche no está. Ha preferido seguir siendo esclavo de sus demonios.

Giro en medio de la pista y me tropiezo.

Me siento mortificada, pero, por suerte, mi acompañante no comenta nada de este error, que siento ha sido enorme. Esto hace que me sienta insegura y que acabe por pisar el pie de mi siguiente pretendiente. Es como si ya hubiera caído en un bucle, del que no sé salir.

Giro por la pista de baile y, tras un giro, me encuentro de frente con el duque, que no sé de dónde ha salido.

Toma mi mano con fuerza y seguridad, como si quisiera transmitirme su fuerza. Luego, me acerca a él y bailamos juntos.

—Sé que lo puede hacer un poco mejor.

—Deduzco que lleva un rato observando mi torpeza.

—Al final, decidí no perderme el baile. No se puede huir siempre, aunque se quiera. —Mira a de reojo a todo el mundo, que nos observa como si fuéramos la mayor atracción de la velada.

Giramos y nos separamos.

Mi cuerpo siente su ausencia enseguida, como si, al dejar de

sentir sus manos en mi piel, alguien tirara una jarra de agua sobre mi cuerpo, enfriando cada tramo de mi piel de golpe.

Termino el baile y, tras unos paseos, me veo dirigida a la pista de baile de nuevo, pero esta vez no tropiezo. Esta vez, el saber que el duque me está mirando desde la esquina, me da seguridad. Es como si sus fuertes brazos me guiaran desde la distancia.

No lo observo fijamente, porque temo que mis ojos revelen los latidos frenéticos de mi corazón, cuando lo tengo cerca. Aun así, no puedo evitar mirarlo de reojo y, por eso, sé cuándo se marcha de la sala.

La señora Aura se queda cerca, cuidando de mí, como nunca nadie lo ha hecho.

Y tal vez nadie lo haga.

Capítulo 16

Adam

Entro a la habitación de puros, abrumado por mis deseos de apartar a Bella de todos esos hombres. No me gusta que la miren, que la toquen o la sonrían. Algo oscuro late en mí cuando los veo cerca de ella. Quizás, sí sea una bestia, al fin y al cabo.

—Vaya, vaya… Tu protegida casi acaba cayendo esta noche. —Lord Radcliffe se pone a mi lado. Se pasa más tiempo aquí, que en el salón de baile, pero siempre lo sabe todo.

—No lo hizo.

—No, pero es lo que tiene competir con mujeres que sí han sido educadas toda la vida para estar ante la nobleza. Como tú, que naciste destinado a ser príncipe. —Sonríe—. Pero aquí estás… Solo.

—Si no fuera porque eso solo alentaría los rumores, te partiría esa cara de cerdo que tienes —lo susurro, y mi primo se percata de que ha tensado mucho la cuerda.

—Mejor te dejo solo.

—Mejor.

Cojo algo para beber y me siento a jugar a las cartas.

La partida la tengo ganada, sin complicaciones. La gente no sabe ocultar sus emociones, aunque tampoco su miedo hacia mí.

No pensaba venir, pero sentí que, si quería ganar esta apuesta, tenía que hacer algo más que invitarla de malas formas a la ópera.

La brújula no se me borra de mi cabeza, porque ese lord, en poco tiempo, sabe más de Bella, que yo en casi un año.

No me he tomado la molestia de conocerla.

Si no quiero perder, tengo que esforzarme más.

Regreso al baile y veo a Bella con lord Patel. Por cómo se miran, siento una opresión en el pecho.

Al acabar, dan un paseo por la sala.

La señora Aura se me acerca.

—Si no quiere perderla, debería…

—No soy tonto.

—Pues lo parece. No sabe más que gruñir y perdonar vidas con la mirada.

—Me pregunto si os quedasteis conmigo para joderme la vida con vuestra sinceridad.

Se ríe, y posa la mano sobre mi brazo.

—Solo piense que es la única oportunidad, en muchos años, que ha tenido de ser algo más que la bestia que todos pintan. Solo hay que ver que, en vez de estar encerrado en su castillo, está aquí por ella.

—Solo lo hago por la apuesta.

—Ya. —Sonríe de una forma que no me gusta nada—. Por si le interesa, mañana es el cumpleaños de la joven. Podría hacer algo especial por ella.

—¿Acaso quiere que me ponga a cocinar un pastel?

—No estaría mal. —La fulmino con la mirada y se ríe—. Podrían hacerlo juntos. Yo haré que baje a la cocina pasadas las doce. Usted espérela allí cuando todos duerman.

Bella se gira y me busca entre la multitud. Es algo que me gusta, porque me hace sentir que hay esperanzas de no perderlo todo.

No dejo de observarla durante toda la velada. Por eso, sé que quien más llama su atención es lord Patel, algo que no me gusta nada.

También veo a mi primo varias veces mirarla, de una forma que me inquieta.

Capítulo 17

Adam

Al llegar a mi casa, voy a buscar un regalo para Bella, sabiendo que la idea de la señora Aura es estúpida. Hacer un pastel cuando no sé nada de cocinar… Es patético.

A pesar de eso, bajo por los pasadizos hasta la cocina, y salgo al jardín, para cortar una rosa, que dejo sobre el regalo que he elegido para ella.

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto dando vueltas por la cocina.

Estoy por irme, cuando escucho los pasos de Bella. Reconozco sus andares, sin necesidad de verla.

Cuando entra en la cocina y me ve, agranda los ojos sorprendida.

—¿Qué hace aquí?

—Son las doce. Es su cumpleaños.

Mira el reloj en la repisa de la cocina.

—Ah…, cierto, pero nunca lo celebro.

—¿Por qué?

—Porque me cansé de pasarlo sola… ¿Y está aquí porque es mi cumpleaños? Mira que me extraña. Ponga una excusa mejor.

—Iba a hacerle una tarta.

Se ríe.

—Esa es aún peor, porque dudo que sepa cocinar.

Me paso la mano por el pelo, nervioso.

—Fue idea de la señora Aura, para compensar mi mal carácter con usted.

—Eso ya me cuadra más.

Mira la despensa.

—Yo no sé hacerlo, pero seguro que usted sí. Podemos dejarlo hecho para mañana.

—No sé si… ¿Acaso no es muy tarde?

—No tengo sueño.

Asiente y vamos a por los ingredientes.

La veo sonreír, como si estuviera haciendo una trastada.

Una vez más, su dulzura remueve algo en mi interior, que llevaba años muerto. Es como si, con cada latido que emite mi corazón, a su lado, una parte de mi alma despertara de un largo

letargo.

Cuando me sonríe, me pregunto quién debe conquistar a quién.

—Lo tenemos todo listo. —Me tiende un delantal horrible.

—Ni muerto.

—Como quiera. —Se pone ella uno sobre la bata de dormir, y se arremanga. No hago nada de eso—. Debe arremangarse.

Gruño, hasta que se acerca y lo hace ella.

El tacto de sus dedos en mi piel, lo siento como mariposas.

Alza el rostro y nos miramos a los ojos, recordando el beso compartido. Un beso que no debió pasar, pero pasó.

Su sabor sigue anclado en mi boca. Me muero por besarla de nuevo.

—Vamos a empezar —dice, cortando el momento. Tal vez sea lo mejor.

Empieza a preparar las cosas, mientras me apoyo en el mueble de la cocina, para verla trabajar.

—Está haciendo un gran esfuerzo. No hay duda de que con su ayuda conseguiré una tarta deliciosa. —Se ríe feliz, y no sé bien por qué.

Muerdo mi boca para no sonreír con ella.

Se gira y me tiende una cuchara de crema.

Ella mete el dedo en la mezcla.

Dejo caer la cuchara y cojo su mano, para lamer el dulce en sus dedos, sin dejar de mirarla.

Se sonroja y aguanta un gemido de placer.

—No está mal. Se nota que soy un gran cocinero.

—Qué morro tiene, duque —indica, y sigue preparando todo.

Ayudo a encender el horno y metemos la mezcla.

—Ahora solo toca esperar. —En su mejilla queda un poco de crema.

Alzo la mano para limpiarla y me quedo un segundo de más en su boca.

Bella acaba lamiendo la crema en mis dedos.

Ahora soy el que pierde el norte.

Acerco mi boca a la suya. Quiero devorarla. Quiero enseñarle un sinfín de placeres.

Beso su boca, y se aparta.

—Alguien podría entrar y no sé cómo explicaríamos algo así.

—¿Acaso no era usted la que quería vivir aventuras? —la desafío, sabiendo que su lado alocado la hará buscar mi boca de nuevo.

Así es.

Se acerca y se alza, para sujetar mi cara y besar mi boca.

Nos besamos, evitando que alguien nos escuche.

Pongo mis manos en su trasero, disfrutando de sus redondeadas formas.

Lamo la curva de su barbilla, antes de perderme por su cuello. Mi boca llega hasta casi la cima de sus pechos.

Paso mis dedos sutilmente por ellos y noto cómo se agita.

—Esto no está bien —dice cuando lamo su boca y muerdo su labio.

—No, no lo está. —Llevo mi mano entre sus muslos y casi puedo sentir el calor de su sexo en mis dedos, cuando escuchamos unos pasos.

Nos apartamos y Bella va a ver cómo va la tarta.

Estoy ardiendo. Esta mujer me hace sentir más vivo de lo que he estado en años.

Un sirviente entra y al verme sale casi corriendo. Por suerte, en Bella ni ha reparado, pero nos ha recordado lo peligroso que es hacer algo en este lugar.

Saca el dulce y lo desmolda.

Luego, pone crema por dentro y de nuevo se lame los dedos, para quitar el dulce.

—A la mierda —suelto antes de besarla de nuevo.

—Alguien podría vernos y entonces tendría que casarse conmigo —bromea.

—Lo dice como si no fuera una opción. —Lamo el lóbulo de su oreja hasta que jadea.

—No sé si el matrimonio es la aventura que busco.

—Por suerte, para usted, no me tienta casarme —me aparto y la dejo agitada—, pero hay mucho que puedo mostrarla. —Devoro su cuerpo—. La próxima vez que estemos solos, tal vez no me aparte.

—Quizás, no me importe.

Noto cómo mi cuerpo da una sacudida.

Bella se centra en la tarta y recuerdo el regalo.

Se lo tiendo, cuando acaba de preparar el dulce.

—No es nada especial.

Desata los nudos de la tela con la que lo envolví.

Al ver el espejo de mano de mi madre, agranda los ojos.

—Es… precioso. —Me mira con lágrimas en los ojos y lo gira para que me refleje en él, mientras ella observa las rosas de plata—. Nunca nadie me ha regalado nada… por mi cumpleaños. Gracias.

—De… De nada. —De golpe, me siento aturdido, y cuando me miro al espejo, no me gusta lo que veo. Parezco seducido por ella, y esto solo es una apuesta—. Feliz cumpleaños. No se acueste tarde.

Ando hasta el despacho y me sirvo un vaso bien lleno de wiski.

«Solo es un juego. Solo la beso porque tengo un plan… Solo tiemblo porque… porque necesito sexo con urgencia. Sí, solo eso».

Con esa idea me marcho a un burdel, tras ponerme la máscara que, con Bella, siempre dejo a un lado, cuando estamos solos.

Entro y varias mujeres me miran con miedo; otras ignoran su miedo y se me acercan.

Quiero perderme en ellas, y olvidar los besos de Bella.

Pago una gran cantidad por dos de ellas y vamos a un cuarto.

Se quitan la ropa ante mí y se tocan para que las mire, y me una a la fiesta.

No lo hago, porque no siento nada.

Cuando tratan de tocarme, me alejo.

La risa de Bella se cuela en mi mente. Su sabor sigue preso de mis labios…

«Joder, no quiero esto».

Salgo del local aturdido y asqueado por desear tanto a una mujer. Hace que mi corazón duela de nuevo. No quiero sentir. No me puedo permitir el lujo de sentir de nuevo.

«Solo es una apuesta», me recuerdo, para no olvidar cómo se respira.

Capítulo 18

Anabella

El duque se ha animado a presentarse al baile… tarde. Como ayer.

No se ha acercado, y tampoco me ha mirado durante toda la velada.

Está perdido entre las sombras con gesto enfadado, algo que solo alentará aún más los rumores.

Parece mentira que sea el mismo hombre que me dio mi primer regalo de cumpleaños y que disfrutó conmigo de la tarta. Una tarta que he compartido con Aura y su hijo.

Estaba muy buena. El sabor me recordaba a la boca de Adam sobre la mía, a sus manos, acariciando mi cuerpo y haciendo latir zonas que no sabía que fueran tan sensibles.

Quiero saber más, quiero mucho más…, pero él parece no desear lo mismo.

Es triste como va a acabar mi cumpleaños.

Adam

Nos vamos, tras acabar los bailes.

Bella no me mira durante todo el trayecto de vuelta a la casa. Sé que está enfadada por mi indiferencia, tras lo compartido, pero yo también lo estoy, por desearla.

Así nos jodemos los dos.

Al llegar, me da las buenas noches y se marcha con Aura hasta su cuarto.

Podría dejarlo aquí, pero, tras hacerse el silencio en la casa, voy hacia los pasadizos y entro en el dormitorio de Bella.

Se gira al ver la pared moverse. Está observando la ventana con la bata puesta.

—No debería estar aquí —me dice.

—Quiero enseñarle algo.

—¿A estas horas?

—Sí, es cuando todo el mundo duerme. No hay mejor hora. Así no acabará sola su cumpleaños.

—Como si le importara. No ha tenido ni un segundo de su

tiempo para disfrutar de la tarta conmigo.

—Lo que ha sobrado, nos espera en el lugar que quiero mostrarla.

—No parece feliz de estar aquí…

—Me cuesta recordar cómo era ser más humano que bestia —admito y asiente—. Y me he quitado la máscara.

—Ojalá no solo lo hiciera cuando estamos solos, pero parece que le gusta ser el centro de atención.

—Lo odio.

—No lo parece.

—Tal vez porque hace años me encantaba, pero ahora… Solo quiero esconderme en mi castillo.

—Qué vida más aburrida. —Me mira con una sonrisa, pero veo la verdad en sus ojos.

Quizás, Bella nunca sería feliz encerrada en mis dominios.

Ando hasta el pasadizo y me sigue.

—No sé si podré contenerme la próxima vez que la bese —le indico sin mirarla.

—Nunca me dio miedo una aventura. ¿Vamos?

Busco su mano, para que no se pierda entre esta oscuridad.

Entrelaza sus dedos con los míos mientras andamos.

Recorría estos lugares con mis padres de niño, por lo que me los sé de memoria. Algunas de nuestras risas se quedaron ancladas en las paredes y duele estar por aquí sin que el dolor de su pérdida no me asfixie.

Llegamos hasta arriba del todo y abro la puerta.

Entro y busco los candelabros, para facilitarnos la visión.

Bella se mueve por este lugar.

Cuando enciendo todas las velas, admira la cristalera del techo y los objetos que hay por este sitio. Son todos de mis viajes con mis padres.

Mi padre no quería que estas cosas pudieran ser robadas o tocadas por otras personas que no entendieran por qué una cáscara de coco era especial para nosotros.

Nos perdimos por el bosque y sobrevivimos como pudimos, la cáscara de un coco pasó a ser una buena cuchara para comer lo que llevábamos en las bolsas.

En verdad, nunca estuvimos perdidos. Los sirvientes de mi padre sabían dónde estábamos en todo momento, pero este quería que viviera una aventura.

—El mundo es mucho más de lo que ves, Adam. Si te dejas eclipsar solo por las riquezas, nunca entenderás el valor que una simple cáscara de coco pudo tener para ti en un momento de tu vida. —Acaricia

mi pelo y se va tras mi madre.

Bella coge varios objetos y la cáscara de coco. Cuando me mira, hay curiosidad en su rostro.

—Este lugar está lleno de historia, ¿verdad?

—Sí, pero no puedo hablar de ella.

Asiente, como si entendiera que es por el dolor de los recuerdos, y no porque no quiera compartirlas con ella.

Va hasta el escritorio y ve los apuntes de mi padre. Este era un príncipe, pero jugaba muchas veces a olvidar que nació con sangre real.

—No tienes que casarte con la princesa, si no quieres.

—Es muy bonita, y es mi amiga —le digo a mi padre.

Estamos tirados entre los cojines que hay justo bajo la cristalera.

—El abuelo no debió prometerte con ella.

—Quiero ser príncipe, como tú. —Sonríe y me revuelve el pelo.

—Yo no soy solo un príncipe, hijo. Yo soy mucho más que eso. Tal vez, un día lo entiendas. Somos muchas más cosas que nuestras riquezas o títulos.

Hoy en día, no lo entiendo.

Lo que somos, poco importa cuando no tienes dinero y una buena posición en la sociedad. Una sociedad podrida, y, tal vez, por eso, mi padre de vez en cuando jugaba a no ser más que un hombre sin título.

Bella coge varios libros y los hojea tras tomar un poco de tarta de un plato, y degustarla. Se la ve feliz, rodeada de tesoros sin valor económico.

Sabía que le gustaría, y, por eso, la traje. Para que este lugar me acercara a ella sin necesidad de hacer nada.

Ahora, mientras la miro apoyarse en el escritorio para leer, me pregunto si lo hice por ganar la apuesta o porque deseaba estar con ella en este lugar, por lo que significa para mí.

Ando hasta ella y me apoyo en la mesa, a su lado.

Se gira para mirarme mientras lee.

Leo con ella los apuntes de mi padre. Cojo un poco de tarta del plato y la disfruto. Está muy buena, la verdad.

Me señala unos dibujos, que son de mi madre.

—Gracias por mostrarme este lado de tu vida.

—Aunque no te lo creas, hubo un tiempo en el que viajé lejos de mi castillo.

Se ríe por cómo lo digo.

—Eso parece. Parecían buenas personas. —Deja el libro en la mesa y se gira para mirarme—. ¿Te pareces a ellos?

—No, mi padre era un hombre sonriente y alegre. No sé si te has dado cuenta, pero me comparan con una bestia.

—Se te da muy bien alentar los rumores. Hoy te he visto mirar a más de uno de forma asesina.

—Eso les pasa por mirarme como si fuera una atracción de circo.

—Con esa máscara tan fea, cualquiera no te miraría así.

Tiro de ella y cae sobre mis brazos. Esto no es apropiado, no es decoroso…, pero, cuando cae sobre estos y me mira, sé que estoy perdido. Solo pienso en volver a besarla mientras ruego por un segundo ser tan admirable para ella, como lo fue mi padre.

Anoche se quedó algo pendiente entre los dos.

—Lo mismo no te la quieres quitar porque así no te asaltan las madres casaderas.

Subo mis manos por su espalda. Tiembla bajo mis brazos.

—Tal vez sea por eso. —Llevo mi boca a su cuello y aspiro su perfume a rosas.

—Esto no está bien.

—Pudiste salir corriendo… Sabías lo que iba a pasar.

—Lo sabía, pero eso no hace que esté bien.

Lamo y chupo su cuello. No se aleja, dejando claro que solo constata un hecho, y que no le puede importar menos que esto no sea decoroso.

—Lord…

—Adam. Me llamo Adam. Creo que es hora de tutearnos en la intimidad. —Beso su cuello y subo mis atenciones hasta su oreja.

—Adam, esto no es decoroso.

Saboreo mi nombre en sus labios. Hace muchos años que no permito que nadie me llame por mi nombre de pila.

—No lo es. —Acaricio sus labios con mis dedos—. Dime que pare, entonces.

Nos perdemos en los ojos del otro mientras los segundos se hacen eternos. Se me da muy bien hablar, pero besar se me da de maravilla. Tal vez, Bella no se enamore de mí, pero el deseo puede nublar su mente hasta hacerla creer que no puede vivir sin mí.

Yo, hace años, perdí la cabeza por el sexo, y tal vez pueda hacérsela perder a ella, y que así me elija.

Ha llegado el momento de corromper a la rosa más pura para no perder.

—No lo haré.

Sonrío, preguntándome si Bella sabe dónde se está metiendo.

Capítulo 19

Anabella

Una voz en mi cabeza me grita que me marche corriendo, pero otra siente curiosidad por lo que veo en los ojos de Adam. Quiero seguir donde lo dejamos anoche; quiero más de lo que sentí ayer.

Adam… Me encanta su nombre, y sentirlo en mis labios es una maravilla.

Acaricia mi cuello con sus dedos y noto cientos de escalofríos por todo el cuerpo. No quiero que se detenga, aunque debería rogarle que parara.

—No pienso huir. Siempre quise vivir cientos de aventuras.

—Mis padres murieron por sus ansias de conocer el mundo. —Acaricia mi boca—. A veces, lo más seguro es no hacer nada…

—La soledad te mata lentamente, Adam. Tus padres murieron haciendo lo que más deseaban.

—Y por culpa de eso, me dejaron solo. —Acerca su boca a la mía y deja un beso en la comisura—. No quiero hablar. Solo deseo mostrarte que a veces estar encerrado no es tan malo…

Besa mi boca y su sabor me embriaga.

Me olvido de todas las razones por las que esto no está bien.

Lo hago porque, cuando me toca, es como si volara, y como si a su lado viviera la mejor aventura de todas.

Coge mi cara con sus manos y profundiza el beso, mientras me atrevo a poner las manos sobre su torso. Está muy caliente. Tal vez, tanto como yo, que me siento arder mientras me toca.

Esto no está bien para la lady que soy. Lo sé, pero tampoco está bien la vida que he llevado.

Siempre supe que mi alma no era como la del resto. Mi alma clama aventuras.

Nos besamos, devorando la boca del otro, y andamos a tientas hasta los cojines del suelo. Nos tumbamos con las piernas y manos enredadas por todas partes. No me canso de tocar su cuerpo y, cuando toca el mío, el calor aumenta.

Quiero sus manos por todo mi cuerpo. Sobre todo, en las zonas que siento más sensibles y receptivas.

Noto cómo el camisón se me sube, mientras que la bata se ha abierto de par en par.

Adam se separa y observa mi cuerpo, iluminado por la tenue

luz de las velas. Se le ha soltado el pelo y tiene la mirada más oscura. Sonríe cuando me mira, al tiempo que su mano sube por mi costado hasta las puntas de los pechos y pasa sus nudillos por ellas.

—Debería parar.

—Tal vez… —Alza una ceja.

Aparta la tela de mi camisón y veo mis pezones rosados fruncidos saludándole.

Trago con dificultad mientras espero que haga algo más que mirar.

Por fin, se decide a tocarme y doy un bote por la impresión de sentir sus manos sobre mis pechos. Lo hace con lentitud, pero ha despertado un millar de calambres que van a morir a mi sexo.

Toca mis pezones con sus dedos, al tiempo que agacha la cabeza y besa mi cuello, para morderlo levemente a continuación. Lo chupa hasta la barbilla, antes de atrapar mi boca de nuevo.

Enredo mis manos en su pelo y tiro de este, haciendo que sus mechones rubios nos cubran como un halo.

Tiro de su pelo y me remuevo, mientras su boca me devora y sus manos acarician primero un seno, y luego el otro.

De mi boca se escapa un gemido, mientras mi cuerpo arde. Esto le hace ser consciente de lo que estamos haciendo, y se detiene.

—No puedo seguir… No hoy. —Lame mi boca—. Poco a poco.

Sonríe y, por un segundo, siento que oculta algo.

Arregla mi ropa y se levanta para tenderme una mano, que acepto.

—Un canalla no se hubiera detenido.

—Un caballero nunca la hubiera besado.

Apaga las velas y va hasta el pasadizo, con nuestras manos unidas, mientras mi cuerpo se enfría y asimilo lo que he dejado que me hiciera.

Vamos por los pasadizos hasta mi cuarto.

Abre la puerta y se queda en el pasadizo.

—No te olvides de la ópera.

—No lo haré. Nunca he ido, y siento curiosidad.

—Soy consciente de lo curiosa que es. —Me guiña un ojo, que me hace sonrojar, y se marcha, dejando tras de él una estela de placeres prohibidos, que no debería desear descubrir.

Tal vez mi error fue entrar en la guarida de la bestia porque ahora no sé cómo escapar de sus dominios sin quemarme.

Adam

Entro en mi dormitorio. Me tiemblan las manos por el deseo

insatisfecho.

Bella es preciosa, es confiada y aventurera. Confía en mí, y yo… Yo solo quiero no perder para hacer daño a mi primo. Sé que si pierde, se tendrá que alejar de mí, y así dejará de joderme la vida, recordándome que es quien heredará todo lo que es mío. Así sufrirá.

Pero, a pesar de mis fines, mientras la miraba, me preguntaba qué hacía.

¿Llegaré hasta el final solo por un fin cruel?

Todo sería más fácil si de verdad fuera un ser frío y sin corazón. El dolor de mi pecho me hace pensar que no está tan muerto como creí siempre.

Lo que está claro es que ahora sé la forma de tenerla retenida a mi lado: con el sexo.

Capítulo 20

Anabella

Observo mi taza, en casa de la señorita Larah.

Mi amiga está hablando del baile al que iremos dentro de dos noches. Se rumorea que los lores que lo organizan están tirando la casa por la ventana. Va a ser un lujo para la vista, eso sin duda, pero mi mente está en otro sitio: en una boca que me atormenta, y en unas manos que queman mi piel allá por donde pasan.

Lo que sucedió fue mágico, increíble… Fue como un viaje de emociones sin moverme del sitio.

Algo tan maravilloso no puede ser tan malo.

Sé que nadie vería con buenos ojos que mi lado aventurero me haga desear más, pero nunca fui como el resto. Lo sé, desde que era una niña solitaria que prefería soñar despierta que vivir la vida que me había tocado con un padre borracho y propenso a jugar hasta perder la noción del tiempo.

Tampoco soy una joven debutante, y los años nos hacen desear cosas diferentes…

Soñaba con vivir cientos de aventuras y, al lado del duque, siento que vivo la mayor aventura de mi vida. ¿Cómo puedo no seguir mis deseos de explorar esta nueva faceta mía solo porque, de saberse, sería mi ruina?

Mi vida está lejos de aquí, de Londres, de esta ciudad que tan gris ha sido para mí.

Antes de decir adiós a todo esto, quiero sentirme viva donde me sentí morir tantas veces. No puede ser malo vivir… Para mí, no, pero, para esta sociedad, ceder a mis instintos más bajos, es una lacra.

—Hoy estás distraída. ¿Es por la ópera de esta noche?

Miro a amiga dejando mis pensamientos atrás.

—Sí, la verdad. Nunca he ido a la ópera y siento mucha curiosidad.

—Y estarás en un palco de honor… Con el duque. Ya no me da tanto miedo como al principio. —Sonríe nerviosa.

—A mí nunca me lo dio.

—Tal vez porque lo viste a él, antes que nadie. —Se me acerca —. ¿Y no te sientes atraída por él? —Mis mejillas se sonrojan involuntariamente y Larah se ríe—. Vale, no necesito saber más. Tal vez, pueda ser una opción.

—No busca esposa, y yo no sé si podría renunciar a mi sueño de viajar por él.

—Entiendo, pero si lo amaras… ¿Acaso estar a su lado no sería más emocionante? —Mi amiga es una romántica.

—No creo en el amor —digo fría.

—¿Por qué?

Miro me regazo, porque no sé cómo contestar a esa pregunta. Desde niña he sentido que era más fácil viajar que amar. O que me amen. Por eso, me obligué a no creer en los imposibles; y eso que soy una firme defensora de los sueños, pero no de los inverosímiles.

—La vida me ha regalado más odio que amor. Creo más en el odio que en el amor.

—Es triste. —Coge mi mano y la acaricia—. Hasta la rosa más bella necesita los mimos del sol, del agua y de la tierra para sobrevivir.

—Eres una romántica, y yo no soy una rosa.

Se ríe, y pienso en Adam. En cómo me mira cuando estoy cerca de sus rosas rojas.

—El amor no avisa cuando llega.

—Pues el mío que se quede lejos.

No dice nada. Mejor, porque no sé cómo explicar la razón por la que el amor me da tanto miedo. Más incluso que una fiera bestia en medio de la tormenta. Tal vez, porque siempre me ha tocado encontrar paz entre monstruos y nadie nunca me ha enseñado cómo sería ser querida.

Bajo las escaleras y Adam me espera al pie de estas. Lleva la

máscara y la odio.

Odio que se oculte de un mundo que merece entender que no todos somos perfectos; que la belleza reside en una mirada, y que los peores monstruos no son los que portan cicatrices, sino los que lastiman el alma más pura.

—No me mires así —me dice cuando llego a su lado. Tiene la mandíbula tensa—. La necesito.

—No, pero has decidido no avanzar. No ser libre de tus miedos.

—No lo entiendes…

—¿No lo entiendo? ¿De verdad crees que no entiendo lo que es el dolor? ¡Conoces a mi padre! ¡Lo has visto borracho! —Cojo su mano y la llevo hasta mi nuca, donde palpa una fea cicatriz, que no recuerdo cómo me hizo, pero sé que fue por culpa de mi padre. Cuando le pregunté, en el castillo de Adam, se rio, como siempre hacía cuando me lastimaba—. Tú sufriste solo una herida, Adam… Yo llevo toda una vida sufriendo agresiones de un hombre borracho, pero aquí estoy ante ti. Sin máscara y sin vergüenza por no ser perfecta, porque quien tiene que avergonzarse de todo es mi padre, y no yo.

—Lo pienso matar por esto. —Su furia llega a sus ojos azules y temo de verdad que lo haga posible.

—Si lo haces, te convertirá en un monstruo y te rebajará a su nivel. No le demos ese triunfo a un ser sin corazón.

—Como se acerque a ti…

—Adam… —pongo mi mano sobre la de él—, estoy bien. —Sonrío, pero no se calma. Siento que ahora mismo quiere quemar Londres en su busca—. Bailemos —le digo, tirando de sus manos.

—No…

—Vamos. Escucha mi canción. —Me muevo, hasta que me sigue, perdido en mis ojos.

Sus ojos azules rebosan rabia, pero, poco a poco, se va calmando mientras nuestros cuerpos giran en la entrada, bailando una canción que solo nosotros escuchamos.

No estamos solos. Los sirvientes nos miran curiosos, mientras giramos por el lugar; mientras lo sonrío, para que vea que mi fuerza siempre fue la de no dejar que mi padre me rompiera. Duele más una sonrisa ante alguien que quiere destruirte, que una lágrima.

Giro entre sus brazos y caigo sobre su pecho.

Mi corazón late como un loco y mis ojos van a su boca, recordando los besos que compartimos. Esos besos que me hicieron arder y volar.

Quiero su boca de nuevo sobre la mía; quiero sus manos por todo mi cuerpo…

La respiración se me agita y Adam se detiene.

—Ya es suficiente. —Se marcha serio hacia el carruaje y lo sigo.

Los sirvientes ponen la capa sobre mis hombros y me acompañan hasta el carruaje.

Cuando entro, Adam ya está dentro, mirando con gesto tosco hacia fuera.

Miro mis manos, sabiendo que necesita espacio; que necesita estar lejos de mí, con sus pensamientos.

Al llegar al baile, baja y me espera con la mano alzada.

—Odio esta máscara —le indico cuando salgo y me pongo a su altura en la escalinata del carruaje.

—Deberías temer más al monstruo.

—No veo al monstruo. Solo al cobarde. —Tensa la mandíbula.

Bajo y toma mi mano para entrar dentro.

La gente nos mira curiosa, como siempre. Algunos murmuran si somos algo más que familia cercana, pero hasta que no se demuestre lo contrario, nadie se atreve a dar el primer paso de juzgarnos.

Vamos hasta el palco de Adam y me sujeta la puerta al entrar. Me quita la capa y, mientras lo hace, acaricia mis hombros desnudos. Lleva la mano a mi cabeza, donde está la cicatriz.

—Déjalo.

—¿Qué años tenías?

—Fue en tu castillo, tras curarte, pero no recuerdo bien cómo. Solo, que desperté en el carruaje y mi padre se reía por mi desgracia. Tenía la ropa manchada de sangre. Se acercó a mí y me dijo que qué preciosa cicatriz me iba a quedar.

—¿Y olvidaste cómo te lo hizo?

—Sí. Los golpes en la cabeza son peligrosos. —Asiente—. Sé que fue él, porque no era la primera vez que se ponía violento. Por eso, sé lo que es vivir con taras, y sé lo que es vivir con miedo. También sé, que no eres como él.

Adam me mira con intensidad. La rabia arde en sus ojos azules y temo lo que pueda hacerle a mi padre si lo encuentra. Por eso, pongo mi mano sobre la de él, y la acaricio.

Se aleja agitado y deja mi capa y su chaqueta colgadas en un perchero.

Aparta mi silla y me siento.

La gente nos mira desde diferentes palcos, pero yo solo tengo ojos para el escenario.

Mi padre tenía un palco, pero lo perdió en el juego. Como casi todo.

Tomo aire, nerviosa, por la intensa mirada de Adam, que posa en mi cuello, y en el valle de mis pechos. La siento caliente, ardiente y

abrasadora.

—No deberías mirarme así…

—Ahora mismo es lo único que evita que salga de este lugar y mate al hombre que llamas padre.

Busco su mano y la aprieto de nuevo. Está muy tenso.

—Solo es un hombre…

—Solo es un hombre muerto. No pienso olvidar esto. —Apagan las luces y llevo su mano bajo mi vestido. Aprieta los dedos en torno a mis muslos—. No debió tocarte… —Sube la mano y noto cómo mi sexo da una sacudida.

—No es en él en quien quiero pensar ahora.

—Estamos jugando con fuego…, pero que me jodan si me importa un ápice quemarme.

—A mí tampoco —le digo, notando sus dedos subir por el interior de mis muslos. Los aprieto, como si quisiera así retener mi deseo.

Nos miramos a los ojos mientras la ópera empieza.

—Mira a la ópera, Bella… Que la gente no note nada raro.

Le hago caso y me concentro en la música, mientras su mano no deja de subir bajo mi falda. Mi corazón late tan fuerte que siento que va a estallar en mi pecho.

Llega hasta la unión de mis muslos y abre mis piernas para adentrar su mano justo donde más ardo.

Sus dedos se mueven entre mis pliegues y muerdo mi boca levemente, para disimular un gemido, que casi se escapa de mis labios.

—Tan mojada como el rocío del amanecer en mis rosas…

Mete sus dedos dentro de mí, mientras la gente observa la ópera, ajenos a lo que sucede en nuestro palco.

—Quiero lamer cada parte de tu cuerpo, Bella. —Adentra más hondo sus dedos—. Quiero descubrirte tantos placeres. Haces que me olvide de todas las razones por las que esto no está bien.

Cuando dice eso, siento que tal vez debería rogarle que se detuviera, pero no lo hago. Abro más las piernas, como una clara invitación a que sus dedos no dejen de atormentarme, y lleguen todo lo hondo que puedan.

—No sabes cómo me cuesta mantenerme impasible, notando cómo tu sexo me oprime los dedos… —Contraigo esa parte de mi cuerpo y maldice. Lo hago de nuevo, y noto cómo, al hacerlo, lo siento más hondo—. Para…

Le hago caso.

Usa su pulgar para hacer un círculo sobre mi clítoris.

Muerdo mi boca más fuerte, mientras me agito, y no es por lo que pasa en el escenario.

Lo miro de reojo, deseando su boca sobre la mía. Su mirada es fiera, oscura y llena de deseo no correspondido.

—Me encanta sentir cómo mojas mis dedos… Esta gente no sabe que te mueres por correrte. Esta gente ignora que tu boca ya está roja por aguantar los gemidos de placer.

Mueve los dedos de dentro hacia fuera, hasta que casi me lleva al orgasmo.

—No quiero darte lo que deseas, aún. —Aparta la mano y se centra en la obra.

—¿En serio, Adam?

—En serio, Bella. El placer es mayor, cuantas más ganas tengas de conseguirlo.

—Ahora mismo te odio un poco.

Sonríe de medio lado.

—Atiende a la ópera, que te la estás perdiendo.

—No sé quién tiene la culpa.

No dice nada. Solo mira el escenario, mientras mi cuerpo arde. Cada movimiento me hace arder. Siento los pechos sensibles y, cuando respiro, se aprietan contra mi corpiño y tiemblo.

Aprieto los muslos, para ver si así el placer aumenta, y pone su mano en mi rodilla.

—Solo yo puedo darte lo que buscas.

No le digo que acepto. Solo miro el escenario, conteniendo el deseo que corre como lava líquida por mis venas.

Sentirlo a mi lado, impasible, mientras me muero de deseo, aumenta la tensión en mi cuerpo. El no saber cuándo me dará el alivio que busco, solo hace que aumente la tensión de mi cuerpo.

Al acabar la primera parte, nos levantamos para ir hasta donde han puesto unos refrigerios, para comer algo.

Las miradas de la gente no me calientan tanto como la mano de Adam puesta sutilmente en mi espalda.

—Lady Anabella… —Lord Patel sale a nuestro encuentro. Noto la tensión de Adam en mi espalda, cuando este los saluda—, ¿le apetece dar una vuelta por la sala?

Asiento y dejo a Adam solo.

No me giro para mirarlo, pero sé que, por el bien de los dos, es mejor no dar pie a las habladurías, y sería descortés rechazar el paseo con lord Patel.

—Le anuncio que podremos ir al museo en dos días. —La otra vez no pudimos ir y lo canceló—. Quiero enseñarle algo. —Sonríe emocionado por compartirlo conmigo.

—Me encantará.

Giro la cabeza un segundo para observar a Adam y lo veo tenso entre las sombras.

Quiero llegar a él, y decirle que ahora mismo solo soy suya, hasta que el viento me haga alejarme de sus brazos…

Pronto, me doy cuenta de lo estúpida que soy, porque solo somos dos necios, jugando hasta quemarse y que se convertirán en cenizas, mientras el fuego los arrasa. Poco sabemos de lo que quedará de nosotros después.

Tal vez, la nada…

Tal vez, solo un recuerdo de lo que un día fuimos, antes de que nuestros caminos tuvieran la mala suerte de cruzarse.

Adam

Tendría que ser yo el que la conquistara y no el conquistado.

Joder, esta mujer va a acabar conmigo. Tiene esa mezcla de inocencia, mezclada con su lado aventurero y salvaje, que me vuelve loco. Me encanta perderme en ella, hacerla arder hasta que suplique que prosiga.

No sé quién de los dos acabará seducido en este juego tan peligroso.

Debería detenerlo, perder el castillo…, pero me niego a perder.

Quiero a Bella a mis pies. La quiero para mí, aunque después, cuando la conquiste, sea solo uno de los cientos de tesoros que se pudren en mi castillo.

Tal vez, debería no ser tan egoísta, pero no puedo ni tan siquiera aceptar esta derrota.

Ella será mía, y luego…, quizás sea la mujer que más me odie de este mundo.

Capítulo 21

Adam

Observo a Bella pasear por la sala con lord Patel y se me llevan los demonios por cómo la mira, y cómo ella lo observa a él. Está claro que entre los dos hay algo más que amistad.

Al acabar el descanso, la trae hasta mí, y siento deseos de arrebatarle de un puñetazo a lord Patel esa sonrisa estúpida que luce en el rostro.

No hago nada. Solo ando hasta mi palco, sabiendo que ella me seguirá.

—Está claro que amigos no vas a hacer —dice al entrar, y se sienta en su sitio con elegancia.

—Soy un duque. Si quiero amigos, solo tengo que chasquear los dedos.

—Es triste que te conformes con una panda de amigos falsos. —Mira hacia el escenario.

—Debería darte igual lo que pase con mi vida. Al fin y al cabo, te irás cuando termine la temporada, ¿no?

—Por supuesto. Pero, al menos, yo estoy intentando disfrutar de cada instante.

Nos miramos retadores a los ojos y quiero besar su boca hasta reclamarla como mía. No lo hago, porque hay demasiados ojos puestos en nosotros.

Antes no debí tocarla, pero era eso o largarme de este lugar para buscar a su padre y matarlo.

Odio a mi primo desde hace años. Sé que un desarmado, pero nunca me importó hasta ahora.

No sé qué haré cuando lo vea, pero dudo que pueda mirarlo sin hacer nada.

Me centro en Bella porque, de no hacerlo, temo perderme del todo.

Las luces se apagan y quiero demostrarle a esta descarada cómo desea mis atenciones, pero no lo hago. Aquí, no. Tengo otros planes, pero ella no lo sabe, y, cada vez que mi mano se le acerca, tiembla de deseo insatisfecho.

Me cuesta mucho no meter mi mano bajo sus faldas y perderme entre sus dulces pliegues, mientras su néctar me cubre los dedos por la pasión.

Esta mujer me nubla las entendederas. ¡Joder!

Bella se gira y sonrío.

—Deberías prestar atención a la ópera.

—Eso estoy haciendo —responde, pero no deja de mirarme.

Por un segundo, estoy tentando de besarla; de marcarla, a los ojos de todos. No lo hago, porque eso no me haría ganar la apuesta. Por eso, solo aprieto los puños y me marcho, dejándola sola, porque, si no, tal vez me olvide de las normas de etiqueta y la bese, teniendo que convertirla en mi esposa, sin saber si en verdad quiero una que me complique mi vida.

Bella entra en el carruaje tras la finalización de la ópera. Al

verme, su gesto de enfado aumenta.

—Si vas a dejarme, mejor que venga la señora Aura conmigo, porque así no tendré que lidiar sola con las críticas y las malas caras.

Siento la culpa crecer en mi pecho, pero aniquilo ese sentimiento cuando el carruaje se pone en marcha y tiro de ella hasta sentarla en mi regazo.

—¡¿Se puede saber qué haces?!

—Tenemos algo pendiente.

—¿Das por hecho que quiero seguir donde lo dejamos?

Meto mi mano bajo su vestido y disfruto de la cremosidad de sus muslos. Tiembla bajo mi contacto y tira de mi máscara.

Cae entre nosotros y la agarra para dejarla en el asiento de enfrente, antes de enredar sus manos en mi pelo. Subo entre sus muslos y llego hasta su sexo. Da un respingo cuando la toco sutilmente.

—Tu cuerpo habla por ti.

—Mi cuerpo no entiende de emociones.

—A veces solo hay que dejarse llevar.

—Y lo aconseja alguien que lleva años encerrado.

Su descaro hace que adentre mis dedos en su vagina sin preliminares previos.

Da un respingo y gime de placer al notar mi mano adentrarse hasta el fondo.

Está muy estrecha. Su cuerpo late y siento cómo su placer moja mi palma.

La muevo, de forma que el interior de esta se restriegue por su clítoris, y Bella gime con fuerza.

Miro su boca un segundo, antes de devorarla.

Tira de mi pelo, mientras mi mano entra y sale de su cuerpo, al tiempo que mi lengua devora cada parte de su boca.

Su sabor me nubla la mente. No hay nada a mi alrededor salvo ella, y este deseo que nos consume a los dos.

Abro más sus piernas, disfrutando de este placer de sentirla confiada sobre mí. La quiero desnuda en mi cama. La deseo tanto que duele, y, a veces, no sé si es porque hace años que no tengo sexo con nadie o porque es ella.

Tiro de su escote, liberando sus senos. Bajo un reguero de besos por su cuello y muerdo su tierna piel.

Al llegar a la cima de sus pechos, disfruto de esa cremosidad, antes de lamer con la punta de mi lengua su duro pezón.

Echa hacia atrás su cuerpo, como si se ofreciera a mí.

La sola idea de que lo haga me vuelve loco.

Con la mano libre, cojo una de sus redondeces y la llevo a mi boca. La devoro, como si fuera un hambriento, notando cómo su sexo

se contrae y late en torno a mis dedos.

Muevo con fuerza la mano, usando mi pulgar para hacer círculos sobre su clítoris. La llevo al límite, y me detengo.

—Adam…

—Aún no, pequeña —le digo, lamiendo sus duros pezones, sin mover la mano de entre sus piernas.

—No entiendo a qué viene tanta tortura.

—A que me vuelves loco —le confieso, antes de introducir mis dedos hasta el fondo, de nuevo, y gime con fuerza.

Mi polla presiona dentro de mi pantalón. Quiere ser liberada, adentrarse en ella. Joder…, la deseo abierta. Para mí. En mi cama. Pero, si cruzo esa línea, no sé si seré capaz de no cumplir con mi deber.

Devoro sus pechos sin mover mi mano, hasta que siento que se podría correr solo con esto.

Busco su boca y la beso, al tiempo que el carruaje se detiene.

Me mira, cuando arreglo sus ropas.

—Me odias.

Cojo la máscara y me la pongo con una sonrisa, por sus palabras.

Salgo del carruaje y le tiendo una mano, como si dentro no hubiera pasado nada; como si Bella no estuviera ardiendo por mí.

Baja del vehículo y sus mejillas están sonrojadas, su mirada es fiera. Ahora mismo me sacaría los ojos si la dejara.

—Buenas noches, querida —le digo, antes de irme, como si esta noche acabara aquí.

Entro a su cuarto por los pasadizos, vestido solo con un

pantalón negro y una camisa del mismo color. Cuando escucha la pared moverse, se gira y me mira desde la ventana, donde observaba la luna bañar las calles de Londres con su luz plateada.

Lleva solo el camisón de dormir, y puedo adivinar sus curvas bajo la ropa.

Ando hasta ella, sabiendo que solo una gran fuerza de voluntad evitaría que le arrancara la ropa y me adentrara con fuerza entre sus piernas, reclamándola como mía.

Solo el miedo de tener una esposa, a la que destruir la vida, es lo que sé que evitará que siga adelante.

Llego hasta ella y cojo un mechón de su pelo entre mis dedos.

Dejo que se quede ahí, mientras disfruto de su respiración acelerada y sus labios entreabiertos, suplicando un beso.

Llevo mi mano hasta su barbilla y acerco mi boca a la de ella, para besarla como si no existiera un mañana.

Nos besamos con urgencia. Su cuerpo tiembla con cada roce inocente del mío. Está ardiendo por mí.

Tiro de su camisón y dejo sus pechos al aire, para que la luna los ilumine.

—Alguien podría vernos —dice nerviosa, mirando hacia fuera.

—Lo dudo, pero, si miran, que vean cómo me deseas. —Toco sus pechos con la punta de mis dedos y tiro de ellos—. Me pregunto si sigues tan mojada como antes.

Llevo mi mano hasta su trasero y lo aprieto, disfrutando de sus glúteos.

Beso su boca de nuevo, antes de bajar por su cuello hasta sus pechos. Devoro uno, y posteriormente el otro, disfrutando de sus gemidos, cuando tiro de estos con mis dientes.

La cojo en volandas por su trasero y la siento en el escritorio. Abro sus piernas, para ponerme en medio, y disfruto de la imagen de ella, abierta para mí, con la ropa medio caída y el pelo suelto.

Es tan preciosa que duele mirarla.

Quiero arrodillarme y perder mi lengua entre sus piernas, pero esta noche no. Pienso tomarme mi tiempo para degustarla con lentitud.

Llevo mi mano a sus piernas y las subo hasta su sexo. Su precioso y apretado coño me recibe cuando adentro los dedos.

Los saco y lamo uno de estos, sin que Bella deje de mirar mi descaro.

Su respiración se agita.

Sabe a gloria.

Hago lo mismo, y llevo mi dedo a su boca. Duda, pero al final chupa mis dedos, degustando su esencia.

«Joder…, esto es demasiado. Ardo por esta mujer».

Llevo mi boca a sus turgentes pechos y los disfruto con mi lengua, y mi boca, mientras mis dedos se meten hasta el fondo. Los saco, haciéndole el amor con lentitud, mientras tira de mi pelo y se remueve sobre el escritorio.

Muevo mis dedos en su interior y noto cómo tiembla, al borde del orgasmo.

Los saco y esparzo su humedad por los pliegues de su sexo hasta su clítoris. Hago círculos en él, hasta que, una vez más, casi se corre con mis dedos.

—Por favor… —me suplica, tirando de mi pelo.

La beso y adentro mis dedos en su vagina con fuerza.

Le hago el amor con ellos, sin tregua y con fuerza. Cada vez más rápido.

Beso su boca, para tragarme todos sus gemidos.

—¿Te quieres correr?

—Sí… —me suplica, mientras aumento las embestidas.

Que no se corra, hasta que le dé permiso, me hace sentir poderoso.

—Córrete para mí. Moja mis dedos con tu placer, mi dulce Bella.

Muevo los dedos con más fuerza, hasta que su cuerpo se libera y se corre con intensidad, en torno a mis dedos. Noto cómo su vagina se contrae y palpita.

Apoyo mi frente sobre la de ella, para no quitarme los pantalones y meter mi polla hasta el fondo. Está tan mojada, que seguro que entraría de una sola estocada.

«Para… No quieres esto. Solo es una apuesta».

Abro los ojos y me pierdo en los matices de su mirada.

La miro más de lo que debería, para alguien que no quiere volver a amar; para alguien que enterró, con cada lágrima hacia sus padres, el deseo de amar de nuevo con toda su alma.

La observo, perdido en ella, porque soy incapaz de hacer nada que no sea contemplarla.

Tomo aire cuando me doy cuenta de que los latidos de mi corazón suenan de forma diferente.

Me alejo de ella y me giro para darle espacio para recomponerse.

Esto es solo un juego de poder, para ganar a mi primo y darle donde más le duele, al no conseguir vencerme. Solo es un juego…

—Buenas noches, Adam —me dice Bella, a mi lado. La miro de reojo—. No tienes que explicarte, ni excusarte por nada. Solo es una aventura.

Su barbilla se alza segura, con una fuerza que contrasta con la dulzura de su cuerpo y su mirada. Tiembla, pero me mira con una

fuerza que siento que podría detener ella sola a un ejército.

—Buenas noches, Bella.

Me está dando una salida, una forma de irme sin tener que decir nada, pero cometo el error de mirar su aterciopelada mejilla y me permito, por un segundo, el placer de alzar la mano y acariciarla.

Aparto la mano y me marcho a los pasadizos.

Solo es un juego. Solo es una apuesta. Solo es… la mujer más bella que he tenido la suerte de tener entre mis brazos y siento que nada será igual tras ella.

El conquistador está siendo conquistado en su propio terreno.

Capítulo 22

Anabella

Lord Patel me recoge para ir al museo.

La señora Aura se viene con nosotros, aunque anda unos metros por detrás, para darnos espacio para hablar.

Llegamos al museo y pasamos. Nos lleva hasta una zona reservada para los trabajadores. Caminamos entre cajas de madera, hasta llegar a una, al fondo de la sala, que abre.

Lord Patel me mira a la espera de que diga algo.

Inclino mi cuerpo hacia delante y me pierdo en lo que hay dentro. Es asombroso, pero no entiendo bien lo que estoy viendo.

—Son reliquias egipcias. —Lo miro asombrada—. Las conseguimos en uno de mis últimos viajes. Las habían robado y las recuperamos. Fue muy emocionante. —Sonríe y nos cuenta la aventura. Es como escuchar una historia de las que leo en las novelas.

Saca una y la pone entre mis dedos. Parece una cruz.

—Los egipcios creían en la vida tras la muerte. Esta cruz simboliza la vida eterna de los dioses. Esto de arriba tiene forma de lazo, ¿ves?

Lo señala con su dedo y la coge para dejarla en la caja.

Seguimos paseando entre las cajas y me enseña algunas monedas españolas, de un barco hundido.

Estar aquí acelera los latidos de mi corazón y quiero ser parte de esto. De miles de historias que contar un día a mis hijos.

Al pensarlo, siento pesar, porque no quiero casarme. Solo quiero ser libre.

¿Se puede ser libre y ser además esposa? No, en estos tiempos que corren.

Al salir, estoy emocionada y la vez agitada.

Todo lo que cuenta lord Patel es asombroso, pero en sus expediciones pocas mujeres solteras había, o ninguna.

—Dígame qué he dicho, que entristeció su mirada.

—Nada, es solo…

—Hable —me anima de forma amable.

—¿Cree que una mujer soltera podría viajar y conseguir cientos de aventuras como esas? —Lo piensa unos segundos—. Olvide lo que he dicho…

—No, no lo olvido, pero, tristemente, es complicado que eso

pase sin la protección de un apellido. Casi todas las mujeres que viajan solas son viudas o mujeres de alguien. Hay pocas solteras.

—Entiendo, pero tal vez…

—Sin protección de un apellido, está vendida lady Anabella. Es así de cierto, y de triste.

Asiento, porque siempre lo he sabido. Viajar sola es un sueño que por ser mujer es inalcanzable.

Regresamos a casa y voy hasta la biblioteca a leer.

Subo a la zona secreta de los padres de Adam y me pierdo en los libros. En estos hay cientos de aventuras que me esperan, sin importarles quién soy. Solo son libros, donde todos tenemos cabida en sus mundos. Los libros no entienden de fronteras, sino de almas que quieren ser libres mientras leen, y poner en pausa una vida que no deja de girar.

Siento a Adam, antes de verlo subir al lugar secreto de la

biblioteca.

Alzo la mirada cuando llega a los últimos escalones. No lleva la máscara, como suele hacer en mi presencia. Su mirada es fiera y parece cansado. Es como si llevara horas dándole vueltas a algo que lo atormenta.

Noto cómo se me aceleran los latidos de mi corazón y cómo mi cuerpo vibra por el ansia de ser acariciada por él.

Se sienta frente a mí, en unos cojines, mientras me balanceo en el banco.

—¿Sabes que llevas aquí varias horas sin comer?

Miro el libro y luego a él.

—No, no lo sabía.

—He pedido que preparen algo de comer en la sala de los baños.

—¿La sala de los baños?

—Mi madre leía mucho sobre el imperio romano y mandó construir una piscina que se pudiera calentar por debajo, gracias a unas tuberías de cerámica. Creo que será un buen lugar para tranquilizarte, sea lo que sea que te pase. Está al lado del invernadero.

«Ahora ya sé lo que hay en ese lugar misterioso», pienso.

—¿Y todo eso porque no he cenado?

—Puede ser.

Nos miramos en silencio. Soy consciente de cómo sus ojos azules devoran mi boca y luego bajan por mi cuello, hasta mis senos. Estos se endurecen recordando sus atenciones.

Mi respiración se agita mientras ansío perderme en él una vez más.

—¿Qué te preocupa?

—¿Por qué me tiene que preocupar algo? Leer me relaja.

—Por si no te has dado cuenta, no tengo mucha paciencia.

—Cualquiera lo diría, porque llevas años encerrado en un castillo.

Su mirada se oscurece.

—Bella, habla.

—Te gusta mucho dar órdenes.

—No te imaginas cuánto —cuando lo dice, siento que también hace referencia al ámbito sexual, y mi vagina da una sacudida.

—Me pregunto si cuando decida irme lejos y viajar, podré hacerlo sola. En mi condición de soltera, sin un apellido que me proteja.

Se queda callado.

—¿Tan importante es para ti viajar?

—Cuando era pequeña y…

—No te calles ahora. —Se ha levantado y está de pie, cerca

del columpio.

—Cuando mi padre me golpeaba o lastimaba, imaginaba que un día estaría tan lejos de él que nunca más podría amargar mi existencia. Cerraba los ojos y esperaba que todo pasara, mientras mi mente inventaba cientos de aventuras en las que yo sería la protagonista. Es bonito un mundo donde él no puede emponzoñarlo todo con su forma de ser.

—Te juro que cerca de mí, nunca más te hará daño.

—Es tu primo.

—Se rumorea que no sería al primero de mi familia que tiraría por un balcón. —Noto dolor en sus palabras.

—¿Lo hiciste?

Como todos, he escuchado los rumores.

La noche que fue herido y le curé, uno de sus primos se tiró por el balcón. La gente dijo que había sido Adam, enfurecido por su herida.

—No recuerdo mucho de esa noche. Bebí para sobrellevar el dolor. —Tensa la mandíbula.

—Dudo que lo hicieras…

—He salido a buscar a tu padre. No lo he encontrado, pero, cuando aparezca, no sé si seré capaz de no matarlo por lo que te ha hecho. ¿En qué me convierte eso?

Los latidos de mi corazón se disparan. ¿Puede ser un monstruo alguien que acaba con otro o eso lo convierte en un héroe?

—No lo mates.

—¿Por qué?

—Porque eres mejor que él —le digo, y alza la mano para tocar mi mejilla.

—No sé cómo alguien que ha vivido un infierno es capaz de ver algo bueno en mí.

—Tal vez, porque sé mejor que nadie reconocer la maldad en la gente.

Aparta la mirada y baja las escaleras.

—Conmigo te equivocas, Bella. Cuando lo descubras, no digas que no te lo advertí. —Me recorre un escalofrío por sus palabras y espero no estar equivocada—. Vamos a cenar.

Lo sigo nerviosa, preguntándome si tiene razón: si estoy confiando en él, a pesar de que siempre he sentido que estar a su lado me iba a destruir. A veces me pregunto si soy como Ícaro, quien ignoró las advertencias y voló hasta que la cera de las alas se le derritió, por el abrasador sol. Quizás, me esté quemando y no sea consciente del peligro que corro, hasta que sea demasiado tarde.

Por un segundo, dudo si seguir a Adam o no.

Capítulo 23

Adam

Espero a Bella.

Quiero que venga, pero, a su vez, espero que la razón la aleje de mí.

Entro en la sala de los baños, escuchando sus dulces pasos. Sabe que soy peligroso, pero es valiente como nadie. Por eso, acaba en este lugar, que he mandado adecentar por ella. Sabía que le gustaría, y, por primera vez, no lo hice solo para conquistarla. Quería traerla a este sitio que mi padre mandó construir para mi madre.

Bella admira las rosas, las enredaderas del techo, pintado con detalles florales, y el agua cristalina con pétalos de rosas rojas. Sale vapor de esta, señal de que está caliente.

—Es precioso.

—Mi padre usó parte del invernadero para crear este paraíso para mi madre. Entre rosas y estrellas. —Miro hacia la cristalera donde se pueden observar las estrellas.

Hay columnas por todos lados y mármol rosado. Este espacio parece sacado de uno de los cuentos de mi madre. También hay varios detalles de la época romana, como las estatuas.

—Nunca creí que un lugar así pudiera existir aquí.

Sé que se refiere a Londres, porque la gente de por aquí parece repeler los baños. No como yo o ella. Me consta que Bella se baña a menudo. Por eso, sabía que este lugar le gustaría.

—Come algo antes de bañarte.

—No tengo ropa adecuada para el baño. —Se sonroja y voy hasta ella para acariciar su mejilla.

—Puedes quedarte en camisa interior. —Muerde su boca—. Dudo que pueda ver algo que no haya disfrutado ya con la vista.

—Eres un descarado.

—Y, a pesar de eso, aquí estás. Pudiste huir, pero no lo has hecho.

—Creo que solo lo haré cuando las alas se me fundan con el sol.

—Ícaro —digo, y asiente con una dulce sonrisa porque lo haya reconocido. A mi madre le gustaba leerme de niño.

Vamos hasta la mesa que han preparado. Es redonda y pequeña. Mis padres cenaban aquí muchas veces, olvidando las

normas. Yo vine poco, ya que era pequeño y mi madre me decía que, cuando fuera más mayor, podría disfrutar con ellos de este sitio.

No llegó ese día. Por eso, estar aquí oprime mi pecho por los recuerdos.

Lo bueno es que el dolor me recuerda la razón por la que no quiero nada más con nadie. No quiero lazos que, cuando se rompan, me maten por dentro.

Aparto su silla y le sirvo la cena. Come algo mirando las aguas.

—¿Los sirvientes saben que estamos aquí solos?

—Para ellos es como si fuéramos familia…

—Pero no lo somos. —Clava sus ojos en mí.

—No, no lo somos.

—La gente cree que te trato como una prima más. Tengo muchos. No le des importancia. Si no han hablado hasta ahora, dudo que lo hagan, y, para tu tranquilidad, solo saben lo de esta noche mis sirvientes de más confianza. Tienen órdenes de no molestarnos.

Asiente más tranquila.

Bella no quiere casarse. No quiere olvidar sus metas, sus sueños o su forma de huir de un padre horrible. Mi primo ha hecho de su vida un infierno.

He ido a buscarlo, pero ha salido de viaje. Es como si sintiera que pensaba darle una paliza, por cada golpe que ha recibido Bella de su parte. Cuando regrese, pienso ir a buscarlo. No tengo claro si lo dejaré con vida o no, pero sí que le haré pagar cada afrenta que le ha dado a la hija que adoptó al casarse con la madre de esta.

Acabamos la cena y Bella mira el agua.

—Lo estás deseando.

—La verdad es que sí —responde.

Se levanta y, sin dejar de mirarme, se va quitando la blusa. Le tiemblan los dedos, pero no deja de hacerlo. Me conmueve su valentía y esa fuerza que saca en cada momento.

Deja la prenda caer al suelo y desabrocha los botones de su falda, hasta que me observa solo con la camisa interior. Voy hasta ella y enredo mis manos en su pelo, haciendo que las horquillas caigan al suelo, y su castaño cabello libre.

Quiero perderme en su boca hasta que gima mi nombre, pero no lo hago porque antes deseo que disfrute del baño. Pero luego… Luego pienso hacerla gritar de placer.

Ya no sé si lo hago por la apuesta o porque soy incapaz de mantener las manos alejadas de esta mujer. Bella, para mí, siempre fue esa rosa que destacaba entre cientos porque, al final, siempre se codicia la más hermosa para uno mismo. La más bella entre las bellas. Por eso, me encanta llamarla Bella.

Anabella

Entro en el baño, sintiendo su espesa mirada sobre mi espalda. No me ha tocado, pero es como si lo hiciera cada vez que sus ojos se posan en mis curvas.

El agua está caliente y huele a rosas.

Sumerjo mi cuerpo entero. No es muy profundo, por lo que te puedes sentar en varias zonas y dejar que el agua te relaje.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, disfrutando de esta mágica sensación.

Abro los ojos cuando escucho el ruido del agua, que me avisa de que Adam se adentra en la piscina.

Lo veo venir hacia mí sin camiseta. Solo lleva los pantalones negros.

Se me seca la boca ante esa imagen. Su cuerpo es fibroso y puedo ver cómo se le marca cada músculo de su torso.

Su mirada es hambrienta, como si fuera a comerme entera.

No me aterro, porque ansío que lo haga; que sus manos se posen por mi cuerpo y su boca me lleve de nuevo al paraíso.

Se sienta a mi lado y me coge en volandas, para que mi trasero acabe sobre él.

Coloco mis piernas a cada lado de él y me acerco a su cuerpo, apoyando mis manos en su torso. Noto su dureza acariciar mi sexo.

Muerdo mi boca y Adam lleva la boca a mi cuello.

—Vas a matarme si haces eso. —Lo repito y me froto contra él. Sujeta mi trasero con ambas manos y me frena—. Las reglas las pongo yo.

Aprieta mis glúteos con sus fuertes manos y siento cómo araña mi piel.

Su rudeza me hace arder. Sobre todo, cuando me muerde el cuello y la clavícula, antes de lamer la zona lastimada.

Llega hasta el valle de mis senos y chupa la punta de mis pechos sobre la camisa.

—Esto me sobra. —Tira de la prenda, hasta sacármela por la cabeza, y me quedo desnuda ante él. Por suerte, la luz es muy tenue —. Así mejor. Eres toda mía.

No le confirmo lo evidente. Siento que nunca podría ser de nadie más que de él. Sube su mano por mi costado, hasta dejarla bajo mis pesadas tetas. Después me alza y su boca va hasta mis duros pezones. Los muerde con sus blancos dientes y succiona la zona lastimada, hasta que gimo con fuerza.

Tiro de su pelo y me remuevo, sintiendo cómo mi sexo acaricia su dura polla, entre mis piernas. Gruñe, pero lo hago de

nuevo, porque la fricción excita mi sensible zona.

Se da un festín con mis pechos, mientras el agua se sale de la piscina, por el movimiento.

Mis manos vagan por su cuerpo y araño su piel, cuando tira de mis pezones con su boca. Me encanta esta sensación; es como si estuviéramos solos en nuestra propia burbuja.

—Necesito probarte… Necesito lamer tu dulce coño, para ver si sabe tan dulce como creo.

Solo con oírlo, casi me corro. Sus sucias palabras me hacen temblar y quiero más. Es placentero que no me trate como si me fuera a romper, o como si, por ser mujer, tuviera que agarrarme con delicadeza. No nací entre algodones. Me gusta que se deje llevar y que me mire como a una igual, ante sus oscuros deseos.

Tira de mí, hasta sacarme de la piscina.

Hace que me siente en el borde de esta y se acerca, abriendo mis piernas.

Apoyo las manos en el suelo y miro cómo se pasa una de mis piernas por los hombros. Su mirada es tan oscura, por el deseo, que casi no veo el azul de esta.

—Voy a lograr que seas mía aun en la distancia. De tal modo, que no puedas ser capaz de desear a nadie más que a mí. —Pasa sus dedos por mi sexo de forma posesiva.

Me retuerzo por su mirada y por el camino que toman sus dedos hasta mi interior. Los saca y, sin previo aviso, su lengua se posa en mi vagina y me lame hasta mi clítoris.

Joder, no creo que pueda aguantar mucho.

Lo miro entre mis piernas, acariciando mi sexo con la punta de su lengua. Luego, muerde levemente mi sensible zona, antes de chuparla, hasta que casi me corro.

—Ofrécete a mí. —Coge mi mano y la lleva a mi sexo. Sujeto mis pliegues entre mis dedos—. Preciosa.

Lame mi sexo de arriba abajo, mientras su mano tira de mis pezones y los tortura. Después, lame la punta de mis dedos y adentra su lengua en mi vagina, todo lo que puede. La mete y la saca como si me follara.

Las paredes de mi sexo se contraen, mientras su lengua no me da tregua.

Cuando estoy cerca, se aleja y gira mi cuerpo. Mis pezones chocan con el frío suelo y el contraste es maravilloso.

Pasa sus dedos por mis glúteos y me abre el trasero. Noto su lengua en él y cómo me lame hasta el clítoris.

—Tienes un culo precioso… Me vuelve loco. —Me da un pequeño azote—. Me encanta tenerte tan sumisa bajo mis brazos. Tan perdida en mí. Puedo hacer contigo lo que quiera. ¿Verdad, Bella?

—Puedes —respondo, sin dudar un solo instante.

—Buena chica —dice, antes de meter un par de dedos en mi interior. Lleva su lengua a mi trasero y me tortura, mientras sus dedos entran y salen de mi cuerpo—. Sería tan fácil meterte la polla hasta al fondo. —Ahonda más sus dedos—. Estás tan mojada…

—Adam… —le suplico, porque ahora mismo lo necesito dentro.

—Hoy no, pero pronto.

Saca sus dedos y me abre los glúteos, antes de adentrar su cabeza en mi sexo y follarme con su lengua, hasta que casi me corro. Me lleva al límite. Se detiene una y otra vez, hasta que no puedo más.

Me gira y lleva mi mano a mi clítoris.

—Quiero comerte mientras te tocas… Quiero que te corras mientras te follo con mi lengua.

Pasa una de mis piernas por sus hombros y muevo mis dedos sobre mi clítoris en forma de círculos, como él ha hecho antes. Estoy tan mojada, que mis dedos se resbalan sobre mi sexo con facilidad.

Mete su lengua de nuevo. Me proporciona lametazos de placer, que no hacen más que precipitar mi ansiado orgasmo.

Nos movemos juntos, como si estuviéramos sincronizados.

—Adam… —Busco su permiso para dejarme ir.

Muerde mis dedos y mi piel sensible, antes de dármelo.

—Córrete sobre mi boca. —Aumenta la fricción de su lengua y yo la de mis dedos, hasta que me corro con intensidad, haciendo que se beba hasta mi último resquicio de placer.

Se levanta y lo veo limpiarse con el dorso de la mano antes de besarme.

—Eres mi ninfa hecha realidad. —Me besa y luego apoya su frente sobre la mía—. Un día serás mía y no habrá escapatoria. Si no quieres estar ligada a mí, es mejor que corras. No te lo volveré a advertir.

Casi siento como si quisiera que me alejara de él, pero no digo nada, porque tengo planes: una vida lejos de él… ¿Verdad?

Esto solo es sexo. Una aventura antes de la más grande. Nada más.

Me visto mientras él se queda en la piscina y me marcho, sin querer mirar atrás, confundida con lo que siento a su lado.

Me remuevo en sueños, tengo una pesadilla de nuevo.

Las rosas blancas se tiñen de sangre… La sangre de Adam… o no…

Despierto agitada. ¿Qué más pasó esa noche que hirieron a Adam? No lo recuerdo, y siento que mi mente ha olvidado algo importante.

Me llevo la mano a la herida de mi nuca y me pregunto dónde me hirió mi padre y cómo. Sé cómo me hizo cada herida, pero esta no, y, a veces, me aterra haberlo olvidado.

Capítulo 24

Anabella

Salgo a dar un paseo con Larah, su madre y la señora Aura.

No miro hacia el despacho de Adam, aunque ganas no me faltan. Lo de anoche no me dejó dormir. No paro de dar vueltas a sus palabras y a la certeza de que, si decido dejarme llevar, no habrá vuelta atrás y, tal vez, le elija a él, en vez de mis aventuras. Lo peor es que, desde que lo conozco, me imagino viviendo cada una de ellas a su lado. Me cuesta mucho ver un futuro donde no esté a mi lado. Es abrumador lo que siento por él, y, por eso, necesito distancia para pensar bien las cosas. Aunque lo que más deseo es perderme de nuevo en sus ojos azules y que me siga mostrando los placeres de los amantes.

—Esta tienda que han abierto de pastas y té, es la más famosa en Londres ahora.

Entramos en la tienda y está decorada con mucho mimo, con colores verdes y rosa pastel. Tiene una vitrina con dulces y galletas. Puedes pasar solo a comprar o comerte algo aquí.

Nosotras vamos a tomar el té juntas.

Nos lo sirven con pastas, mientras el resto de las mujeres no dejan de mirarnos y chismorrear.

En verdad, me da igual lo que piensen de mí.

Me llega el rumor de una de ellas.

—Se dice que su padre se ha ido de Londres porque debía mucho dinero por el juego. Esa joven tiene suerte de que el duque sintiera lástima por ella y la acogiera. Por muy bestia que sea, no deja de ser un lord muy rico.

—No les hagas caso —me dice Larah con una dulce sonrisa.

—No lo hago, pero seguro que lo de mi padre sea cierto. —Me mira con pesar y acaricia mi mano.

Siempre supe que a mi padre lo acabaría matando el juego, por toda la gente a la que ha pedido prestado. Al final, todo eso se va a volver en su contra. No sería el primer lord que acaba muerto por deudas de juego.

Lo triste es que yo he ansiado este final para él muchas veces. Es como si, al morir, ya pudiera ser libre o dejar de ansiar irme lejos, para que no me atrape de nuevo.

«—Te juro que cerca de mí nunca más te hará daño».

Adam me lo dijo con voz dura, pero lo creo. Con él me siento segura. Es como si nunca me fuera a hacer daño. Tengo miedo de estar entregándome a la certeza de que nunca me hará sufrir y esto haga que el dolor sea mayor si ocurre.

—Tu padre es un ser horrible, y el mío un vago. —Su padre se pasa el día durmiendo y comiendo—. Tal vez, eso sea mejor. —Acaricia mis brazos, donde tengo las marcas.

Hay más por el cuerpo, pero donde más se ensañó fue en esa zona. Son finas, y no se ven bien si no te fijas.

Se lo conté a Larah, cuando en uno de nuestros paseos a la luz del día, la camisa se me subió y las vio. En los bailes llevo guantes hasta el codo y, por suerte, nadie más las ha visto. No le quise ocultar la verdad. Mi padre es quien debe sentir vergüenza por ser tan despreciable, y no yo.

Hace tiempo que dejé de ver mis heridas, pero la gente, cuando te mira sin consideración, te recuerda que eres presa de las cicatrices. Por eso, entiendo a Adam, pero sé que no se puede huir para siempre del qué dirán. La sociedad, al final, tiende a ignorar las taras, si les das tiempo a que eso no sea lo que más destaque de ti.

Cojo unas pastas para llevar y las guarda Aura en la cesta que lleva.

Larah nos invita a tomar el té en unos días y aceptamos. Es mejor así, para no estar cerca de Adam. Necesito pensar en todo sin tenerlo cerca.

—Estas pastas están deliciosa —me dice lord Patel, Ron, que

hace tiempo dejamos las formalidades, y me tiende otro libro.

Estamos tirados en el suelo de su despacho, tomando té y leyendo. Aura está fuera cosiendo.

Podría acostumbrarme a una vida así, pero, cuando Ron me mira, no arde el fuego en mí. Solo existe la calidez de tener un buen amigo al que avisar cuando lo necesito.

—Son de la tienda nueva del té. Se ha puesto de moda en Londres.

—No me extraña, porque la mantequilla de las galletas se deshace en la boca. —Cojo una y la disfruto—. Este libro que te he comprado… —Abro la boca para protestar—. Eres mi amiga y a las amigas se las cuida. Como decía, este libro que te he comprado te explica muchas cosas sobre viajes.

—Se ve muy interesante —digo tras hojearlo.

—¿Has sabido algo más de tu padre? —pregunta curioso.

—No, pero se rumorea que ha huido por culpa de sus deudas de juego.

—Ojalá lo maten y un problema menos.

—Sin un esposo, no sé qué sería de mí, si eso pasara.

—Yo nunca te dejaré sola, Anabella. Somos amigos.

—Lo sé. —Aparto la mirada y la centro en el libro.

—Todo se irá viendo. De momento, puedes leer ese libro mientras yo trabajo en una investigación.

—Me parece bien.

Nos quedamos un rato aquí, antes de regresar a casa.

Ceno sola, en la salita que está al lado de mi cuarto. Aunque no estoy cerca de Adam, su presencia se siente en la casa. Sobre todo, cuando todo el mundo se va a dormir y espero a que venga.

Sé que no lo hará, y que me dará mi espacio para que elija, pero me gustaría que viniera y que así la decisión no fuera mía.

No es lo mejor.

Tengo que pensar muy bien mi siguiente paso.

Con Adam es un todo o nada, y no sé si estoy preparada para amarlo con toda mi alma. Si es que, el dejar de amar a una persona, es algo que se pueda elegir.

Doy vueltas en la cama incapaz de dormir. Mi cuerpo ansía su contacto y cada roce de la sábana me recuerda por quién estoy así.

Capítulo 25

Adam

Anabella me está evitando y, si soy sincero, yo a ella. A los últimos bailes, ha ido con la señora Aura, y ahora la tengo delante de la mesa mirándome enfadada.

—Esta noche hay un baile y, si no quiere perder el castillo de sus padres, le aconsejo que vaya.

—¿Algo más?

—¡Que deje de ser tan egoísta! —La miro a los ojos y compruebo que está muy enfadada—. Esa joven no lo ha tenido fácil en la vida…

—Y quiere que yo la engañe para que me ame por una apuesta.

—No sea energúmeno. Entre los dos hay algo, más allá de apuestas o castillos. Hay algo único que solo pasa una vez en la vida y lo va a perder para siempre porque, para usted, la vida acabó la noche que lo hirieron.

—Pasaron muchas cosas esa noche…

—Lo sé. Estaba allí. Pero, por una vez, solo por una vez, permítase vivir. Ella lo hace feliz.

No digo nada, pero la observo realmente enfadado, porque ose venirme con estas.

Se marcha y da un portazo, dejando claro que no me tiene miedo y que seguirá diciendo lo que piensa; como su marido y Landon, que no paran de aconsejarme qué hacer para conquistar a Bella.

Es fácil decir a alguien que viva la vida, pero muchos se olvidan de que nadie ha inventado la cura para los muertos.

Yo no quiero volver a la vida. No quiero volver a amar. No quiero permitirme el lujo de soñar con una vida de cuento; con una vida donde el amor lo sea todo para mí. No quiero volver a pasar por el dolor de una pérdida.

Vi a mi madre morir con una sonrisa en los labios, cuando corrí hacia el carruaje. Le pedí que no me dejara nunca, y ella me prometió que nunca lo haría; que siempre estaría a mi lado siempre.

Pero se fue, y el dolor me rompió el alma.

Me dejé llevar por una vida de derroches y sexo sin control, cuando tuve edad suficiente. Hasta esa noche… Fue cuando entendí

que era mejor parecer un muerto de verdad. Lo único que me mantenía en este mundo era mi prometida. Mi amiga de la infancia. Una mujer que, con sus cartas y cariño, me hacía creer que, tal vez, podría ser feliz. Al fin y al cabo, estábamos prometidos y no podíamos escapar el uno del otro. Me había resignado a que fuera mi esposa un día, hasta que me dejó, y me terminó de matar.

—No puedo casarme contigo… Tengo que casarme con otro… Lo siento, Adam. —Acarició mi mejilla y casi vomitó del asco que le dio.

Salió corriendo y no la volví a ver.

Al día siguiente, mandé hacer una máscara. No quería que nadie más me mirara con asco. Hasta Bella, salvo mis sirvientes, Landon, Elias y Aura, nadie más había visto mi cara.

Bella me miró como si mis heridas no importaran.

—¡Está herido! ¡Un médico!

Salgo de mis pensamientos y voy hasta la puerta para ver qué pasa.

Veo a uno de mis sirvientes sujetando la mano de otro.

Bella corre hasta nosotros y evalúa la herida, como ya lo hizo conmigo hace años.

Pide agua caliente y sábanas.

Se gira para mirarme. Nuestros ojos se encuentran entre el caos que reina en mi casa. No dice nada, pero veo pesar en sus bellos ojos.

Corren hasta el cuarto del sirviente.

Voy tras ellos, mientras ordeno que vayan rápido por el médico.

Bella analiza la zona lastimada, y la limpia. Sonríe al joven que se ha cortado.

—No es muy profundo. He curado cortes peores.

Mi mente recuerda la herida de su cuello. Había poca luz y no pude verlo bien, pero siento que, si la miro a conciencia, veré cientos de cicatrices. Es como si alguien le hubiera cortado…

Su padre.

Ella dijo que la lastimaba, pero pensé que solo hablaba de esa herida.

¿Se curaba sola? ¿Por eso me curó tan bien? ¡Solo tenía catorce años! ¿Desde cuándo lleva curándose sola? Ser consciente de esto, aumenta mis dedeos de matar a ese hombre.

He pedido que me avisen en cuanto regrese a Londres.

De momento, no hay rastro de él y una parte de mí espera que se mate, antes de que me convierta en un asesino al arrebatarle la vida, por lo que le hizo a Bella.

Bella pide aguja e hilo.

Aura se lo trae y lo quema en el fuego, levemente. Después, desinfecta la herida con el wiski que le ha pedido a Landon y cose la zona dañada.

—Sujetadlo, por favor —nos pide cuando se mueve por el miedo—. Todo irá bien. —Acaricia su mano con dulzura.

El sirviente asiente y, mientras lo sujetan, Bella lo cose con precisión.

Mientras la observo, la imagino sola, limpiando sus heridas, curándose ella misma. Por eso, mi herida no le impresionó. Tiene el cuerpo lleno de marcas de batalla. No las he visto, pero sé que están ahí, como el corte de la cabeza.

Al acabar, el hombre ha perdido el conocimiento.

Bella le venda la herida y cuando viene el médico, este solo puede felicitarla por su buen trabajo.

Me marcho de la casa buscando algo en concreto para ella, y también para calmarme. Dudo que ahora pueda hablar con ella sin mostrarme furioso.

Al regresar, me avisan de que Bella se ha marchado a una fiesta.

Dudo, pero al final decido que esta noche acudiré. No porque quiera vivir, sino porque necesito estar cerca de ella, una vez más.

Anabella

La otra tarde, Ron me dijo algo en lo que no puedo dejar de pensar:

—Yo necesito una esposa para que mi madre me deje en paz, y usted un esposo para poder viajar. Tal vez, no sería tan malo casarnos.

Me lo comentó ayer, mientras observábamos los cuadros de un museo.

Lo miré, y pensé que parecía hablar del tiempo. No había amor o pasión. Solo una propuesta atractiva sobre la mesa que me tienta… Después, me acordé de Adam. De sus besos, de su cuerpo pegado al mío. De esa mirada perdida en la noche, que me invita a descubrir todos sus secretos, y me reí.

—No bromee con eso.

—No es una broma. Se lo dije: soy su amigo y la protegeré —me repitió, pero, por suerte, no lo mencionó más.

Podría tenerlo todo, si le aceptara: ser libre para viajar con la protección de su apellido, y estar lejos de mi padre. Sería increíble…

Pero sin Adam.

He ido varias veces a su despacho. He alzado la mano delante

de la puerta cerrada y he pensado qué decirle. Si lo que me pide es que renuncie a mis sueños, quizás no sería tan malo hacerlos realidad con él. Podríamos viajar juntos, ver el mundo juntos… ¿Podemos?

Solo sé que, cuando me toca, me siento suya en cuerpo y alma, y no sé cómo vivir lejos de todo lo que me hace sentir.

Escucho murmullos y miro hacia la zona principal del salón de baile. A mi lado está lord Patel, que habla de su próximo destino. Sé que lo hace para que me anime a ir con él.

Adam está aquí.

Mi cuerpo lo siente antes de verlo.

Alzo la mirada y mis ojos se encuentran con los azules del duque. Lleva la máscara y me duele que se esconda. Es como si sintiera que alguien que vive la vida tras un antifaz jamás querría salir de su zona de confort, para vivir aventuras a mi lado.

Nos saluda y pide hablar conmigo.

Vamos hasta el balcón. Como somos primos, nadie ve nada raro en nuestro comportamiento.

Miro a Adam de reojo. Está muy guapo esta noche, pero la máscara no me deja contemplarlo bien, y la odio.

—¿Qué querías? —susurro, sintiendo cómo tiemblo, por tenerlo de nuevo cerca.

Me cuesta no mirarlo y no devorar su boca, ansiando perderme de nuevo en ella hasta gemir con sus besos…

—Solo saber si estás bien.

Lo miro sorprendida.

—Llevas días evitándome, y pensé que no te importaba.

—No te estoy evitando. —Lo miro fría—. Sí, un poco, pero también te estoy dando espacio.

—¿A mí o a ti?

Aprieta los puños y noto la tensión de su cuerpo. Yo quería espacio, pero esto es cosa más de él que de mí. Cada vez lo tengo más claro.

—Perdí a mis padres en un accidente de carruaje con diez años y me juré que no me permitiría el lujo de sentir nada por nadie en la vida. —Se gira para mirarme un segundo, antes de observar la noche—. No sé cómo lidiar con lo que existe entre los dos y, si doy un paso más, que serás mía para siempre. Nos guste o no, porque no pienso renunciar a ti después.

—Podemos viajar juntos —se lo digo con un hilo de voz—. Podrías ver el mundo conmigo…

—¿Eres consciente de lo mucho que me cuesta estar aquí, rodeado de tanta gente? ¿Cómo puedes imaginar que decida viajar? No, viajar está descartado. Mejor no des un paso más conmigo, si lo que deseas es seguir con tu sueño. Sola.

—Pensé que esa noche solo te hirieron, pero empiezo a comprender que creaste una cárcel alrededor de tu máscara. Hasta que no te liberes de ella, nada cambiará. Además, está claro que no quieres una esposa. Solo lo harías por obligación, pero tranquilo, porque no daré ese paso para condenarte aún más en tu prisión de cuero. Lord Patel me ofrece el mundo y tú… Tú solo una vida de encierro, mientras te arrepientes cada día de haberme hecho tu mujer. —Me mira enfurecido—. Es curioso cómo decides cumplir las normas según te interese. No eres más que un cínico que va de bestia, pero, en realidad, no es más que un corderito asustado.

Trata de cogerme cuando me marcho, pero lo evito.

Entro a la sala de baile agitada, nerviosa y sabiendo que Adam ha destrozado mi tierno corazón. No le importo. Solo me desea y, aunque cumpliría su obligación, esta sería sin tener nunca en cuenta mi felicidad. Además, odiaría estar ligado a mí. Ha dejado claro que no va a dejar que nadie más entre en su coraza.

Por un segundo, pensé renunciar a todo por él y construir nuevos sueños a su lado, pero nunca seríamos felices si están construidos sobre los cimientos de la obligación. Al final, seríamos una carga el uno para el otro.

Llego a lord Patel y paso mi mano por su brazo.

Sonríe y siento que, a su lado, quizás no tendré amor, pero tendré un amigo para toda la vida. Cuando has estado tan sola, un amigo parece un sueño cumplido, a pesar de la falta de amor.

Siento la mirada de Adam a mi espalda, pero lo ignoro toda la noche. Cuanto antes se separen nuestros caminos, mejor para todos. Ojalá no doliera tanto pensar en decirle adiós, porque, a pesar de todo, una parte de mí siempre le pertenecerá.

Adam

Mi primo se me acerca con una sonrisa en la cara.

—Vaya, vaya…, primo —me dice lord Radcliffe—. La estás perdiendo delante de tus ojos. —Ambos observamos a Bella, con lord Patel dando un paseo—. Eso te pasa por no sacar a relucir tu encanto. Debes de estar oxidado, porque antes solo necesitabas señalar a una mujer y la tenías rendida a tus pies.

—Ya no soy el de antes.

—Desde luego que no. Antes eras importante, y ahora solo eres un despojo de lo que fuiste. —Me mira de arriba abajo con asco.

Siento deseos de cerrarle la boca; de cogerlo del cuello y estamparlo contra la pared más cercana.

—Cuidado con tus palabras, que no me importará cerrarte la

boca para siempre delante de todos. —Mi primo se queda pálido—. Ella aún no ha elegido. Mi castillo sigue siendo mío. No cantes victoria tan rápido, porque pronto te perderé de vista para siempre.

—Para conseguirla, me temo que deberías ofrecerle más que una bestia fiera y horrible. Está claro que no sabes ser nada más. Estás muy cómodo siendo un temido monstruo.

—Aquí ahora mismo solo existe un monstruo y no soy yo. —Se ríe.

—Pero la gente no lo sabe porque, ante el resto, solo soy uno más. —Se aleja y siento deseos de matarlo.

Lo odio desde hace años, y más desde esa noche. Por lo que su hermana hizo y que él secundó. Además, contó historias horribles de mí.

Un día lo destruiré. Le cerraré la boca y acabaré con él.

Esta batalla no está perdida, aunque Bella piense lo contrario. No pienso dejarla irse con ese sin sangre, que le ofrecerá el mundo, pero nunca la mayor aventura de su vida.

Siento que esa solo la puede vivir conmigo, y ahora toca ver si quiero o no dar el siguiente paso…

Por la apuesta…

Por ella.

Capítulo 26

Anabella

Escucho la pared crujir, señal de que la puerta que está escondida se abre, y, cuando miro desde la cama, veo a Adam salir de entre las sombras. Va vestido todo de negro, sin máscara y con un libro en las manos, que deja en mi escritorio.

Salgo de la cama para enfrentarlo.

—Este libro es sobre medicina. Lo he comprado para ti, hace días, pero no he encontrado el momento de traértelo, o la fuerza —reconoce mientras me acerco.

Voy a decirle algo, cuando coge mi cara entre sus manos y me besa.

Su beso hace que me olvide de todo, mientras enredo mis manos en su pelo.

—Te odio —le indico cuando muerde mi boca.

—Lo sé, pero también sé que no seríamos felices sin el otro —confiesa mordiendo mi barbilla.

—Por obligación…

—O por el destino. —Me coge en volandas y besa de nuevo mi boca.

Caemos sobre mi cama, con sus piernas enredadas entre las mías, y su dureza entre mis piernas, presionando contra mi sexo.

Lo siento en todas partes.

Su cuerpo me cubre sin aplastarme, pero lo siento en cada centímetro de mi piel. Estoy ardiendo por este beso abrasador.

—Eres mía —afirma, lamiendo mi cuello—. No pienso dejarte ir con otro.

—Pues deberás darme algo a cambio. No pienso renunciar a todo, solo por esto. —Me restriego contra su sexo—. Necesito algo más.

—Me pides demasiado.

—Tú me pides que renuncie a mis sueños por ti. Creo que eres tú el insensible. —Gimo cuando chupa mis pezones sobre la tela del camisón—. Aún no te he aceptado…

—Los dos sabemos que nunca serías feliz si me dejas atrás.

—Te tienes en muy alta estima.

Besa de nuevo mi boca y mueve su pelvis de forma que su sexo golpea el mío, y eso aumenta mi placer. Parece un beso

desesperado. Es como si quisiera marcarme a fuego, como si necesitara sentir que sigo siendo suya. Es como si los celos le guiaran, por el miedo a perderme.

Por un momento, me siento deseada. Adam está aquí, y tal vez no esté todo perdido. Quizás, esas ganas que tiene por marcarme signifiquen mucho.

Nos movemos juntos por la cama, y mi camisón se sube por mis piernas. Siento sus dedos recorrer el interior de mis muslos hasta mi sexo.

Los deja cerca y gruño.

Sonríe y muerde mi boca.

—Todo o nada, Bella.

Centro mi mirada en sus ojos azules y me pierdo en ellos; en cada uno de sus matices. En todo lo que veo en él. Su luz y oscuridad. Sus secretos ocultos.

Lo quiero saber todo.

Quiero que su alma sea mi mapa mientras exploro cada uno de sus recovecos.

El corazón me late acelerado, y en el fondo siempre supe que lo elegiría a él por encima de todo.

—Todo de mí —le indico y Adam me besa, sellando lo nuestro con un beso.

Hay mucho que hablar, pero ya habrá tiempo.

Me ha pedido que sea su esposa. Será la mujer de este hombre tan increíble, que deseo más que a nada en el mundo.

Adam me mira agitado y con la respiración acelerada. Sube sus manos por mis muslos y los adentra en mi sexo hasta el fondo.

Gimo de placer cuando sus dedos me torturan y abren mi vagina, haciendo círculos, antes de salir y entrar con fuerza en mi interior.

Tira de mi camisón y devora mis pechos con gula, mientras sus manos me atormentan.

Su mirada se posa en una de las cicatrices de mis brazos y en la irregular de mi costado. Pasa los dedos por esta. No se ven bien, si no hay mucha luz.

—¿Fue tu padre? —Se separa y busca la luz, como si quisiera ver mejor cada zona lastimada de mi piel.

—Ya sabes que sí. —Adam acerca la vela a mi cuerpo y ve más marcas. Más deformaciones, que el otro día el agua cubría. Tapo mi cuerpo desnudo y aparta mis manos, mientras sigue el contorno de los finos cortes por mi brazo que apenas se ven, pero que yo los siento aún grabados a fuego—. No… No me gusta tu mirada.

—¿Y cómo te miro?

—Como si fuera imperfecta.

—¿De verdad crees que te miro así?

Asiento, buscando mi camisón fuera de la cama.

—Si no le dieras tanta importancia a las marcas, no te ocultarías tras una máscara. Qué tonta he sido, por pensar que pensarías diferente; que mi amor por ti lo compensaría todo…

Adam va a decir algo, pero se queda paralizado.

Cuando lo miro, está pálido. Siento su rechazo antes de que diga nada. Antes de que hable.

—Vete por favor… —Me callo, cuando me doy cuenta de que ya se está marchando.

Caigo al suelo en un mar de lágrimas, siendo consciente de que siempre lo supe.

Al final, he sido devorada por la bestia y ha arrasado conmigo. Su rechazo me mata, como nada lo ha hecho en la vida.

Adam

Salgo como una fiera de la casa, hasta el punto de que he olvidado la máscara, pero me da igual.

Tengo que encontrar a lord Morris y matarlo, por lo que hizo a Bella. Su cuerpo está lleno de pequeñas marcas, pequeñas, pero ahí están. También tiene en el brazo, en el costado y en la pierna un corte feo.

La otra noche, por la falta de oscuridad, y por lo mucho que la deseaba, me cegué y no vi más allá, pero hoy sí me he dado cuenta. Cuando Bella se ocultó, sentí rabia y dolor, y me vi reflejado. ¿Qué va a pensar de alguien que lleva años viviendo tras una máscara?

Aunque sé que lo que me tiene tan agitado no es todo esto, sino que Bella me ama.

Cuando me dijo que me amaba, me sentí morir.

No quiero que me ame. No quiero amarla. La deseo, la quiero a mi lado… pero no quiero amor. No quiero sufrir. Ahora mismo cambiaría el castillo, si con eso pudiera empezar de cero y no hacer nada. No conocerla y no sentir este dolo en el pecho. Su amor me está matando. Ni lo merezco, ni lo quiero, porque me lleva hasta mi madre. Hasta sus besos, sus abrazos… Sus te quiero.

No deseo eso.

No quiero perder todo esto de nuevo.

Me estoy ahogando y solo mi obsesión por querer matar al desgraciado de mi primo político, me calmará.

Por eso, entro en su casa en cuanto me abren la puerta.

—Lord Murray está de viaje, señor —me informan.

La casa parece abandonada y el mayordomo oculta una

maleta. Creo que se va a ir sin mirar atrás, y no me extraña.

—No lo creo. Es una rata sucia y asquerosa. Seguro que está escondido.

Empiezo a registrar cuarto tras cuarto, seguido del mayordomo.

No tiene sirvientes. Solo el hombre que va conmigo. Los muebles han desaparecido de casi todas las salas. No le queda mucho en esta casa. Todo lo ha vendido por el juego.

Sigo registrando hasta llegar a su dormitorio y no parece nada fuera de lugar o que indique que ha estado hace poco aquí.

—Cuando regrese, dígale que vaya a verme.

—Lo haré, *milord*… —siento que no estará aquí cuando regrese—, pero no me ha dicho su nombre.

Tarde, me doy cuenta de que sin la máscara poca gente me reconoce.

—Lord Darkbeast. Su primo. —Agranda los ojos y me marcho de este lugar.

No regreso a casa. No puedo. Necesito perderme y sé que solo en una cantina de mala muerte podré hacerlo. Quiero algo fuerte que me mate este dolor del pecho.

Capítulo 27

Anabella

Estoy tomando el té con mi amiga Larah y poniéndonos al día de todo.

Más bien, es ella la que habla alegre y yo trato de sonreír.

No he sabido nada de Adam desde ayer. Estoy destrozada. Con el corazón hecho jirones. Esperaba mucho más cuando me rindiera a él, y no que saliera huyendo por mis deformidades. Él mejor que nadie sabe lo que es vivir con marcas imperfectas.

«Pero las cubre…», me dice una voz en mi cabeza.

Lo peor es que no era consciente de que me había enamorado de él hasta que se me escapó de mi boca y supe que era cierto. Que, aunque no quería, he acabado enamorada de este ser sin corazón.

—Anabella, estás muy distraída. —Larah coge mis manos con cariño—. ¿Todo bien?

Su pregunta me rompe y no puedo seguir fingiendo más. Lloro, intentando contener las lágrimas sin éxito.

Se levanta y me abraza. Su gesto me calma y me reconforta. He pasado mucho tiempo sola, sin que nadie me diera una sola muestra de cariño. Por eso, valoro tanto la de mi amiga.

—¿Es por el duque? —La miro—. A mí no me engañas. Sé que sientes algo por ese hombre.

Miro la puerta nerviosa por si alguien escucha.

—Vamos a dar un paseo por los jardines.

Acepta y salimos al balcón, para bajar las escaleras que dan a los jardines de la casa ducal, a continuación.

Caminamos y Larah no me suelta del brazo, hasta que estamos alejadas de la casa.

—Aquí puedes hablar. Dudo que alguien escuche. ¿Qué sientes por el duque? Te he visto mirarlo, y es muy diferente a como miras a lord Patel.

—No debería sentir nada…, pero lo siento todo por él. No creo que esto acabe bien.

—¿Por qué?

—Porque no soy perfecta… Estoy llena de imperfecciones. —Mis ojos se llenan de lágrimas, y toco las cicatrices de mis brazos, de las que hoy soy más consciente que nunca.

—Eres consciente de que tu duque va con una máscara horrible por toda la ciudad, ¿no? —Sonrío por cómo lo dice—. Si a él

le importan tus marcas, es que es un hipócrita que no mereces amar. Aunque duela, deberás pasar página. Te mereces a alguien que lo dé todo por ti. Y, si no, para conformarte ya tienes a lord Patel, que te ha prometido viajes y una vida de aventuras. Más vale estar al lado de un amigo que quieres, a estar cerca de quien amas, viendo cómo te desprecia cada día.

Por triste que sean sus palabras, es cierto: estar cerca de quien se ama, sin recibir nada a cambio, es muy duro.

Damos un paseo hasta que se tiene que ir a comer y, después, prepararse para el baile de esta noche.

Entro en la casa y dudo un momento, antes de decidir ir al despacho de Adam para enfrentarlo.

Estoy a punto de entrar, cuando veo por el resquicio de la puerta que Adam está abrazado a una mujer rubia, sin la máscara.

El corazón me explota en el pecho y soy incapaz de moverme. Me quedo clavada en el sitio aceptando esta traición.

Es algo que me pasa cuando me bloqueo o estoy aterrada, como cuando mi padre me cortaba los brazos o me tiraba de malas formas las botellas, algunas rotas, y, por eso, tengo algunos cortes más profundos.

—Lo siento mucho, Adam. —Ella le coge la cara entre las manos y noto cómo mi alma se resquebraja—. Nunca te miré con asco. —Acaricia su mejilla lastimada—. Estaba embarazada y sentí náuseas. Tú estabas muy perdido y mi padre me obligó a casarme con otro, para que no tuviera un hijo bastardo. Al final, lo perdí poco después de la boda. Odiaba estar casada con otro que no fueras tú, pero mi marido tenía muchas influencias y me llevó a España, desde donde me fue imposible regresar, antes de su muerte. Murió hace un año y ya he guardado suficiente luto por ese impresentable. He vuelto, Adam, y quiero… Quiero recuperarte.

Adam me habló de ella, y de lo mucho que le importaba. Por eso, esta escena aún duele más.

Consigo la fuerza para alejarme y entro a mi dormitorio.

Me tiro sobre la cama, ignorando las horas pasar.

No sé cómo respirar. El dolor me oprime el pecho y no me deja hacerlo.

Ni uno solo de los cortes de mi padre con su navaja me dolieron tanto como esto.

Adam

Miro a la princesa Margerit, tras mi escritorio.

Estaba delante de él cuando entró y me abrazó. No pude hacer

nada, porque estaba asimilando que había regresado. Luego, me aparté y busqué distancias.

Ella ha vuelto, pero nada es lo mismo.

Cuando la miro, no veo a mi amiga. Solo es una mujer que no conozco y que tal vez nunca conocí del todo.

Nos veíamos poco, y solo por cartas sabíamos algo más del otro.

Sabía que me era infiel. Lo hablamos y concordamos que después de la boda seríamos fieles al otro, hasta la llegada de un heredero. Después, volveríamos a nuestra vida. Éramos más amigos que amantes.

O eso creía yo.

Asimilo su relato.

No llevo la máscara porque ayer salí de fiesta y me vio medio Londres sin ella. Dudo que ya tenga caso cubrirse, cuando he decidido presentarme en un club de caballeros sin ella.

Margerit me mira a la espera de que diga algo.

—¿Quieres recuperarme?

—Como amigo, al menos. Aunque, si nos casáramos, tendría la seguridad de estar casada con un amigo, y no me obligarían a casarme de nuevo por ser una princesa… De momento, quiero recuperar al amigo.

—No voy a casarme contigo, Margerit, y, sobre lo del amigo… Démonos tiempo. —Asiente sonriente—. Aun así, por la amistad que tuvimos, no dejaré que te vuelvan a casar contra tu voluntad. Si llega a pasar, buscaremos juntos una solución.

Sonríe feliz y me da un abrazo.

—En una semana daré una fiesta de máscaras en mi casa. Estás invitado, y tu pupila, que me han puesto al día de todo. —Sonríe con cariño—. Estoy tan feliz de haber vuelto, Adam. Lo mismo, un día ruegas por mi mano, como deseaba el abuelo. —Pestañea coqueta y sé que está bromeando. Ella es así, y me gusta comprobar que con los años no ha cambiado.

Mi abuelo soñaba con que su hijo fuera un príncipe, como mi padre. Por eso, organizó esa boda. Mi madre lo respetaba, pero estaba en contra de esta unión. Siempre me decía:

—Yo me casé por amor, por lo que no te conformes con menos.

Era pequeño para entender el amor y, cuando lo comprendí, no lo deseaba en mi vida.

Ahora mismo pienso que mi vida sería mucho más fácil si aceptara a Margerit. Bella me hace sentir cosas que juré no sentir nunca, y eso provoca que esté perdido y aterrado como nunca.

—Tenemos que ponernos al día de todo. Me quedo a comer, y

espero que no te importe, querido.

Que haga como si nada, como si este tiempo no me hubiera dejado solo, cuando más la necesitaba, me duele, pero también la entiendo. Ella esperaba un bebé y no tenía más opciones porque, tristemente, una vez que una mujer se casa, se convierte en propiedad de su marido.

El tiempo dirá si podemos volver a ser amigos de nuevo.

—Todo irá bien ahora que estoy de vuelta. —Se marcha de la biblioteca y la escucho decirles a los sirvientes que se quedará a comer. Es como cuando venía a verme a mi castillo. En un momento, llenaba de luz toda la sala.

No me encuentro bien, tras una noche de desenfreno, por lo que me quedo en el despacho hasta la hora de comer.

Voy al salón y, antes de entrar, veo a la señora Aura.

—Lady Anabella está dormida. No he querido despertarla, para que esta noche pueda aguantar en la fiesta.

—Había olvidado la fiesta.

—Parece que de golpe ha olvidado muchas cosas. —Mira hacia dentro—. Espero que esta vez la princesa no le haga ir por el mal camino.

—Nunca lo hizo.

—Tal vez ella no, pero esperemos que no le haga olvidar que el pasado no va a volver por mucho que lo deseemos. Toca mirar hacia el presente. —Se marcha y sube las escaleras. Seguro que estará cerca de Bella, por si la necesita.

Entro en el salón para comer y Margerit ha cambiado la disposición de la mesa.

No me apetece esta comida, pero tampoco puedo hacerle ese feo. Fuimos amigos. Buenos amigos, a pesar de lo que piense la señora Aura.

A media comida, me veo sonriendo. Es como si el tiempo no hubiera pasado, y siguiera siendo ese joven alegre que disfrutaba de la vida. Las palabras de Aura rondan mi mente y no veo tan malo querer que las cosas sean como antes, porque yo era feliz…

O eso me gustaba creer.

Me olvido del dolor.

Siempre me pasa con Margerit. Por eso, acepto a ir a la fiesta que organizará. Es momento de volver, y ser quien fui. Necesito olvidarme de todo lo que me aterra de mi presente: Bella y lo que ella despierta en mí.

Margerit se queda hasta casi la hora de prepararme para el baile.

No tengo ganas de ir, ya que sigo con resaca. Por eso, le digo a la señora Aura que vaya con Bella.

Tengo que ver si está bien, pero no sé cómo hacerlo sin ponerme nervioso ante ella, por lo que le hizo su padre. Cuando la miro, siento deseo de recorrer el mundo entero hasta reducirlo a cenizas en busca de su progenitor. De ese hombre que la adoptó al nacer, pero que nunca le ha importado.

La rabia me consume y ahora mismo no estoy preparado para verla.

—La va a perder.

—Ella me ama —le indico a Elias—. Ya he escrito a mi primo para informarle de todo. Bella me ha elegido entre todos. No perderemos nada.

—Es usted más estúpido de lo que creía. —Lo miro, al tiempo que entra Landon—. Debería arreglarse para el baile.

—No estoy de humor.

—La va a perder, aunque tal vez sea lo que desea —me dice Elias, mientras Landon se marcha, dejándonos solos—, como ya ha regresado la princesa. —Pone mala cara. No es que no les gustara Margerit, sino que, al parecer, ella me está recordando quién era antes, y es esa persona la que quieren que siga desterrada de mi alma —. Bella es lo mejor que le pasará en la vida. Como la pierda, se arrepentirá todos los días.

—¡Largo de aquí, charlatán entrometido!

Se marcha y me quedo solo, dando vueltas a todo. Mi vida no deja de complicarse. Nunca debí aceptar esa apuesta. Nunca debí salir de las profundidades de mi castillo.

Me llega un mensaje de mi primo:

Hasta que no te cases con ella, no cantes victoria.

Tienes fama de destrozar todo a tu paso.

Lord Radcliffe

Arrugo la nota, asqueado, y la tiro al fuego.

Lo peor, es que tiene razón: Bella no ha aceptado ser mi esposa… O eso cree ella.

Capítulo 28

Anabella

La fiesta está bastante concurrida. Ha venido de imprevisto la princesa Margerit y eso ha causado un gran revuelo. Es preciosa y se nota la elegancia con la que se mueve por estos lares. Se propagan los rumores que hablan de que, tal vez, ahora que es viuda, se case con su gran amor. Con Adam.

Hay apuestas sobre esto.

Todo me lo ha contado Larah, que la tengo a mi lado, comiendo algo, mientras somos ignoradas, debido a la presencia Margerit.

Casi que mejor, la verdad.

No por lord Patel, aunque está más pendiente de escribir algo en su libreta de notas, mientras es fulminado por las mujeres, por hacer algo tan poco propio en un baile.

Lord Patel se nos acerca y nos enseña sus dibujos sobre un nuevo descubrimiento del museo. Está tan emocionado con esto que, aunque está aquí, su mente está en otro lugar.

—Para lord Patel nunca serás lo primero —comenta mi amiga, cuando el aludido se excusa para irse de vuelta al museo para seguir con su investigación.

—Solo lo usaría para poder ser libre y viajar —murmuro.

Va a decir algo, pero escuchamos un gran revuelo. Mucha gente corre hasta la sala principal y algunos susurran que no puede ser cierto.

Mi amiga y yo nos miramos y andamos, como el resto, hasta la sala donde la gente está bailando.

Al llegar, veo a la gente rodeando a alguien. Se van disipando, conforme esa persona avanza, y es cuando puedo identificar el centro de los cotilleos: es Adam sin la máscara.

La gente lo mira como si fuera imposible que tal belleza se encontrara de verdad bajo ese antifaz. Esperaban algo horrible, pero bajo la máscara solo había un hombre herido en su orgullo hace años.

Una vez más, el corazón se me encoge de dolor, al saber que su anterior prometida ha causado este efecto en él. Que él está aquí por ella y que, con seguridad, al fin se realizará la boda de la que hablan.

Parece que busca algo. Sus ojos azules se adaptan a la luz de

las velas, mientras anda por la sala. Siento opresión en el pecho, cuando espero que la encuentre a ella y bailen juntos, alentando más los rumores. Seguro que ella no tiene un cuerpo lleno de horribles marcas; seguro que no tiene un pasado tan oscuro a sus espaldas.

Voy a girar mis pies para irme, cuando su mirada se encuentra con la mía, entre este mar de gente, y soy incapaz de moverme. Sus ojos se quedan fijos en los míos, mientras avanza entre la gente, hasta llegar donde estoy.

Para cuando me alcanza, mis piernas tiemblan y el corazón late como un loco.

Si ahora me dijera algo estúpido o sin importancia, creo que mi corazón se rompería de forma inevitable para siempre. Siento que a su lado ando entre tinieblas sin ver la luz. Nunca sé por dónde va a salir, porque a veces lo siento cerca y otras no consigo vislumbrar su sonrisa. Creo que, si me fallara de nuevo, no podría perdonarlo, porque le estoy entregando todo lo que soy, y todo lo que anhelo.

Se para enfrente de mí y sonríe de medio lado. Busca mi carné de baile y se anota un vals, dejándome descolocada. Acaricia mi mano antes de apartarse.

—Nos vemos en un rato, lady Bella.

Su mirada es fiera, decidida y, al llamarme de esa forma tan íntima, deja claro que las normas de sociedad le importan bien poco a estas alturas.

Asiento y lo veo irse.

Nada más hacerlo, me encuentro acosada por varios hombres que, ante el interés del duque, deciden de nuevo luchar por llamar mi atención.

La gente siempre ansía lo complicado o, en este caso, lo deseado por otros.

De golpe, he dejado de ser solo la prima de un duque, y pesa más el rumor de que en verdad no compartimos sangre, por lo que no es tan raro que haya algo más entre los dos.

Adam ha cambiado el juego, al apuntarse un baile.

Así es la conquista: personas que luchan por ser vistas entre un mar de gente donde ser el victorioso a veces importa más que encontrar el amor.

Cuando vine, era la joven más hermosa y deseada, pero mi falta de interés por ellos hizo que dejaran la conquista. Ahora que pueden optar por la deseada de un duque, la cosa cambia y mi indiferencia ya no les parece tal reto.

«Atajo de hipócritas…».

Bailo con un sinfín de hombres hasta que me duelen los pies.

Adam no ha bailado con nadie. Tampoco lo he visto desde que entró en la sala, causando un gran revuelo, y buscó mi carné para bailar conmigo. Estoy temiendo que esto solo lo haya hecho para conseguirme un buen pretendiente, mientras él se encuentra con su antigua prometida.

Escucho los primos acordes del vals y espero nerviosa a Adam, temiendo que me haya dejado plantada. Pienso que no va a venir, cuando mi nuca se tensa con un fuerte escalofrío, que me hace sentirlo cerca.

—¿Bailamos, querida? —Se pone ante mí y me tiende una mano.

Cojo su mano y dejo que me guíe hasta la pista de baile.

No puedo dejar de mirarlo a los ojos, y tal vez sea porque quiero buscar en ellos el rechazo del otro día o el asco que sentí que le daba mi cuerpo mutilado, por un padre borracho y horrible, que jugaba conmigo para atormentarme.

Pone sus manos en mi cintura. Yo coloco una sobre su hombro y la otra en su mano.

Nos movemos juntos en esta danza tan intensa, que permite a los pretendientes acercarse un poco más; además de no tener que separarse en toda la pieza.

El corazón me va a estallar en el pecho por verlo al fin, sin artificios, bajo la luz de las velas. Nunca en toda mi vida he conocido un hombre más apuesto. Destaca sobre el resto con facilidad y, si sonriera, sería capaz de hacer desmayar a las masas.

Me acerca un poco más a él y lo miro sonrojada.

Su mirada es descarada cuando, al girar, mi vestido se enreda entre sus piernas.

Cuando la música termina, nos quedamos quietos, mientras los demás se mueven a nuestro alrededor.

Adam abre la boca para hablar, pero al final se marcha sin decir nada.

No sé cómo tomarme este baile, pero no puedo pensar en ello mucho, porque no paro de bailar y de recibir atenciones en toda la noche. Son tantas que, cuando entro al carruaje con la señora Aura, estoy abrumada y agotada.

—¿Se fue? —le pregunto, y sé que no hace falta que le diga más.

—No lo volví a ver desde que bailó con usted.

Asiento, mirando por la ventana, agitada con los acontecimientos de esta noche.

Llegamos a la casa y me ayudan a quitarme la ropa, para ponerme la ropa de dormir.

Cierran la puerta cuando se van y la casa se queda en silencio.

No se escuchan pisadas ni voces susurradas. Todo el mundo debe estar dormido, aunque yo soy incapaz de conciliar el sueño.

Por eso, cuando la pared cruje y se abre, estoy en medio del cuarto sin saber qué hacer: si irme a dormir o bajar a por un poco de leche.

Adam aparece en mi dormitorio, todo vestido de negro.

—Ven, vayamos a un sitio más tranquilo.

Cojo mi bata y lo sigo hasta los pasadizos.

En cuanto entro, noto una descarga pasar de su cuerpo al mío. Es como cuando un relámpago rompe una noche oscura y lo llena todo con su luz.

Adam busca mi mano en la oscuridad y entrelaza nuestros dedos, antes de empezar a caminar.

Lo sigo confiada, aun sabiendo que tenemos mucho que hablar. Necesito hacerle muchas preguntas, porque quiero respuestas, aunque tema cuáles puedan ser.

Llegamos al ático de la casa y veo que ha encendido las luces, y preparado la estancia para los dos.

Suelta mi mano y se apoya en la mesa. Coge algo y me lo tiende.

Voy hasta el libro y lo hojeo.

—Después de irte así, de esa forma, ¿solo te ocurre esto?

—Los libros te gustan y este lo hará especialmente. Ábrelo.

—Pero…

—Luego hablaremos —promete.

Abro el libro y veo que es sobre el cuerpo humano, y sobre cuidados médicos. Hay hasta dibujos.

Me encanta, y lo miro asombrada.

—Es como el otro que me regalaste. Aquel día no te lo pregunté. ¿Cómo sabes que me gustaría algo así?

—Te vi cuidar a ese hombre, que gracias a ti la herida está cicatrizando muy bien, y mandé que me trajeran varios libros de este estilo para ti. Hay más en la biblioteca. Verte coser tan bien esa herida, me hizo pensar en si aprendiste usando tu cuerpo. —Aparto la mirada y coge mi cara entre sus manos—. Me fui de tu cama porque quería matar a tu padre con mis propias manos.

—No, lo hiciste porque te horrorizaron.

—Nada de ti podría horrorizarme.

—Salvo mi confesión.

Se pone tenso y toma aire.

—No quiero que nadie me ame, ni amar a nadie. Ya sé lo que es y no deseo volver a sentir algo parecido.

Pienso en su prometida, en lo que le dolió perderla, y los celos me nublan la visión.

Voy a decir algo, pero coge mi cara entre sus manos y me besa. Hace que me olvide hasta de respirar, mientras su boca me asalta con un beso intenso y poderoso; de esos que pueden mover montañas y hacerte volar.

Cuando acaba, apoya su frente en la mía.

—Eres perfecta, Bella, que este idiota no te haga pensar lo contrario. —Pasa sus manos por mi cintura y las baja hasta mi trasero.

Busca mi boca de nuevo, mientras me alza por los glúteos, hasta que me alzo y mis piernas se enredan en sus caderas. Camina conmigo a tientas, hasta caer entre los cojines.

No dejamos de besarnos. Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad.

Tira de mis ropas hasta que me quedo desnuda. Tiemblo de miedo, por si veo su rechazo en los ojos por mis imperfecciones.

—Te juro que lo pienso matar… —dice, al tocar varias de ellas.

—Si lo haces, serás como él.

—No se merece menos. —Toca un corte feo en la cadera—. ¿Cómo te hacía estos cortes?

—Volvía borracho y me tiraba los vasos o la botella. Tuve suerte de que ningún corte fuera importante.

—Lo odio —confiesa con una voz dura que me da escalofríos —. ¿Cómo hacía las heridas de los brazos?

—Me cogía y… Bueno, del miedo me paralizaba, y aprovechaba para hacerme pequeños cortes, mientras yo me quedaba quieta, por temor a que fueran más profundos. Hace años que no lo hace. Tal vez, por miedo a que, como me hice mayor, lo matara mientras dormía. Desde que debe tanto dinero, se ha convertido en un hombre muy temeroso.

—Pero a ti te sigue dando miedo.

—Sí, me sigue paralizando cuando lo tengo delante.

Acaricia mi mejilla con ternura.

—Tu padre es un ser despreciable.

—Lo es, pero no quiero hablar de él ahora. —Asiente y acaricia mis cicatrices con la punta de sus dedos, hasta hacerme temblar. Las besa una a una, y lame, muerde mi piel, hasta dejarme jadeante—. Adam… —le suplico, cuando mi cuerpo se calienta por sus atenciones.

Se sitúa entre mis piernas y besa mis marcas. No son muchas, pero ahí están, contando una historia que me hubiera encantado no tener que vivir nunca.

—¿Qué te mantuvo la sonrisa? —me pregunta mientras lame la cara interna de mis muslos.

—Pensar que un día estaría lejos de él, y que haría lo que

fuera para vivir mis sueños. Soñar me salvó, y ansiar vivir aventuras.

—Y eso te llevó a mis brazos. —No hace falta que le dé la razón, ya que yo quería huir de mi padre—. A veces me pregunto si no te llevó hasta alguien peor.

Voy a decir que no, pero pasa su lengua por mi sexo y me lame de tal forma que olvido hasta mi nombre.

Su lengua se adentra en mi vagina y me acaricia hasta el fondo.

Tiro de su pelo, perdida en lo que me hace sentir. Grito su nombre varias veces y me deja a medias, sin darme el placer que tanto ansío de su boca.

—Eres mía. Solo mía, Bella. —Se quita la camisa y puedo disfrutar de su torso desnudo.

Me alzo y lo beso, mientras paso mis manos por su cuerpo. Beso cada centímetro de su piel, antes de que coja mi cara entre sus manos y su boca devore la mía.

—Debería dejarte ir…, pero hace años que solo soy un egoísta.

—No quiero que me dejes ir. Te he elegido a ti. —Algo oscuro pasa por su mirada.

Me besa con urgencia, como si quisiera hacerme olvidar el mundo.

Caemos sobre los cojines y lame mis pechos, hasta que casi me corro, por culpa de su lengua y de sus dientes, que muerden mis protuberancias. Lleva su mano a mi sexo y mete sus dedos en mi interior con fuerza. Una vez más, me deja sin el alivio deseado.—No sin mí —dice cuando se aparta.

Lo veo quitarse la ropa que le quedaba y siento un poco de temor al ver su dura y alargada polla.

—Solo bésame y se irá el escozor poco a poco. —Sitúa su miembro en mi entrada—. No habrá vuelta atrás. ¿Estás segura?

No dudo. Le digo que sí y se adentra en mi interior con fuerza.

Siento un escozor que me hace llorar.

Besa mis lágrimas, antes de salir de mi sexo y meterse de nuevo. Esta vez, no hay dolor, y eso hace que me relaje, y que mi cuerpo se adapte a él.

Sale de nuevo y, cuando entra, mi sexo se contrae de puro placer. Tiemblo y me remuevo. Busco su boca para devorarla, mientras me abro a él. Las paredes de mi vagina laten en torno a su sexo. El roce de nuestros cuerpos sobre mi clítoris precipita mi placer.

Sale y entra con ímpetu, cada vez más rápido, al tiempo que sus besos me devoran bebiendo de mí.

Baja sus besos por mi cuello. Lame y chupa mi zona sensible hasta mis senos. Se mete los endurecidos pezones en la boca y tira de

ellos, antes de succionarlos.

Araño su espalda mientras el orgasmo se anida en mi sexo.

—Adam… —le suplico.

Aumenta las embestidas hasta que me corro.

Gruñe y sale, para derramar su esencia en mi pierna. Después, cae sobre mí y me besa con lentitud.

—Ya no tienes escapatoria —indica, antes de llevarme hacia su pecho, donde nos quedamos quietos, hasta que mi respiración se acompasa a la de él.

No me importa no tener escapatoria. Me gusta el placer de estar entre sus brazos, a pesar de que sé que hemos dejado cientos de temas para luego.

Ansío que, ese para luego, no se convierta en un nunca.

Ahora mismo siento que si Adam me fallara, no podría perdonarlo.

Capítulo 29

Adam

Bajo a mi despacho.

He dejado a Bella en su cama antes del amanecer y he ido a mi cuarto, donde no he conseguido dormir.

La culpa me asfixia.

Bella no sabe que tal vez no habría llegado tan lejos, de no haber una apuesta por en medio. Era feliz en mi castillo, solo, sin nadie de quien preocuparme, y ahora dudo de que pueda dejarla ir de mi vida.

No es solo por la apuesta, sino por algo más que me inquieta, que me asusta y me pone de muy mal humor.

Quizás, por eso, no he dicho nada a mi primo de que ella me ama y que me ha elegido de verdad.

No sé si estoy preparado para dar el siguiente paso y hacerla mi esposa.

Escucho la voz de Margerit, antes de que irrumpa en mi despacho. Entra como si fuera su casa y se sienta frente a mí.

—No tienes buena cara, querido. ¿Nos vamos a dar un paseo? Anda, di que sí, que me aburre pasear sola. —Hace morritos, como cuando era niña, y quería conseguir cosas.

—Tengo que trabajar.

—Eres duque, por lo que trabajen otros por ti. A menos que tengas otra razón de peso para rechazarme, como una protegida con la que bailaste ayer… Te conozco lo suficiente para saber que ella te importa.

Su mirada se hace aguda, esperando que confirme o desmienta sus sospechas.

No tengo claro qué quiero hacer con Bella y, por eso, acepto ese paseo.

Da botes de alegría.

—Pero no quiero hablar de lady Bella.

—Vale, por mí, perfecto.

Salimos hacia la puerta y veo el trasiego de ramos entrar en la casa.

—¿Qué narices es todo esto? —pregunto a Elias.

—Son para lady Anabella. Al parecer, ayer hizo algo que le ha traído de vuelta una lluvia de pretendientes.

—Debió ser vuestro baile —señala Margerit—. La gente siempre quiere tener lo que no parece estar a su alcance, y tú parecías estar interesado en ella —insiste de nuevo—. No hay competición mejor que quitarle la dama a un duque, y más a uno tan apuesto. —Toca mi chaqueta, al tiempo que escuchamos pasos en la escalera.

Giro mi cuerpo y observo a Bella descender por la escalinata, con un precioso vestido de paseo de color blanco con detalles en amarillo. El amarillo es su color. Siempre que puede, lleva algo de este. Me recuerda al sol, y quizás porque toda ella es luz en medio de una tormenta.

Se tensa al ver la mano de Margerit.

Quiero apartar la mano de mi exprometida, pero el nudo en mi pecho no me deja respirar y sé que es por la posibilidad de que lo mío con Bella sea más serio de lo que parece.

—Buenos días, lady Anabella. Al parecer, va a estar entretenida esta mañana con tantos ramos.

Bella mira la sala y asiente.

—Sí, será un placer responderlos a todos. Quién sabe, tal vez, entre uno de esos pretendientes, esté mi futuro marido. —Su mirada es desafiante. Me insta a que comente algo, que la contradiga y que suelte que es mía.

Pero no digo nada.

Ella solo sonríe con tristeza, antes de irse a la sala donde ya la espera la señora Aura.

—Es una joven preciosa, y pronto estará casada —indica Margerit y noto la furia correr por mis venas.

No pienso dejar que sea de nadie, a pesar de que no tengo claro cuándo claudicar y aceptar que es mía.

Salgo al jardín con mi amiga y me mira de forma que me pone de los nervios.

—No digas nada.

—La vas a perder como no hagas nada.

—Tal vez no quiera hacer nada. —Me da un golpe en el brazo —. No vuelvas a golpearme.

—Lo haré tantas veces como crea. Es una joven preciosa, Adam…

—Creo que es mejor que sigas el paseo sola.

—¡Así es como te vas a quedar tú! Estará solo, como no salgas de tu burbuja. —Golpea el suelo con el pie, enfadada.

Me marcho, con un fuerte dolor en el pecho. Me ahogo, por lo que Bella despierta en mí. ¿Acaso nadie ve cómo me hundo?

«¡Odio este dolor, joder!».

Anabella

Larah se acerca con su madre a media mañana y nos ayuda con las respuestas para los pretendientes.

Acepto quedar con todos. No tengo nada que perder y, visto lo visto, a Adam no le importo. Sus promesas duraron lo que la pasión que nació entre nuestros brazos. A no ser que estas fueran solo para llevarme hasta su cama y hacer conmigo lo que quisiera.

Estoy dolida, pero no por la pérdida de mi virginidad, ya que esta nunca me ha importado, y no obstaculiza mis sueños. Estoy dolida porque, por un segundo, creí que yo era importante para él, y me ha herido en mi orgullo.

Me siento tonta por creer que podría amarme.

Ansío tanto que me amen, a pesar de decir que no, que confundo una muestra de cariño con algo más. Tal vez, sea mejor así, para que no me haga más daño.

Lord Patel llega poco antes de la comida y me propone almorzar con él en el museo. Acepto, porque siento que la casa se me cae encima, sabiendo que Adam se ha ido con su exprometida, y todo apunta a que su tiempo de encierro han finalizado. Pronto será el joven despiadado y horrible que era antes de su cicatriz.

Nadie me dijo lo contrario.

Nadie me contó que hubiera bondad o amor en su corazón, por lo que yo fui la tonta por creer que sería capaz de convertir las espinas en algodón.

—¿Te interesa el cuerpo humano? —me pregunta lord Patel,

cuando ve que hojeo varios libros de su despacho sobre anatomía.

—Me intriga.

—Pues ven. Tengo algo que enseñarte. —Sonríe, por lo que me va a mostrar.

Podría ser feliz con lord Patel. Sería querida, aunque nunca amada, pero tal vez eso sea mejor que todo lo demás.

Pasamos por donde está la señora Aura cosiendo.

Hemos comido los tres juntos en el despacho y luego se ha quedado fuera, dándonos espacio.

Nos ve, pero no dice nada, aunque sus ojos se muestran tristes, y no sé bien por qué.

Entramos a una sala que habla del cuerpo humano.

—Las mujeres no pueden entrar aquí, pero como el museo está cerrado, nadie puede decir nada.

—Nunca entenderé ese afán porque las mujeres sepan lo menos posible de la vida.

—Cuanto menos se sepa de la vida, menos se ansía. Hay hombres a los que le da mucho miedo no saber lidiar con una mujer inteligente. A mí, no. —Me saca varios libros y me explica cosas.

Se me pasa el tiempo volando a su lado.

Siento la necesidad de saber más, y de seguir explorando este nuevo mundo. Por eso, al llegar a casa, y dado que Adam no ha regresado en todo el día, cojo varios libros y los subo a mi cuarto para cenar algo ahí, y leer. Tomo notas y me paso la noche en vela, estudiando algo que con seguridad no me servirá para nada en la vida.

No veo a Adam esa noche, ni las siguientes, pero sí voy al museo con lord Patel cada día.

Un día me tocará tomar decisiones: o Adam o lord Patel, pero, de momento, debo prepararme para un baile de máscaras en casa de la exprometida del duque.

La noche se prevé interesante.

Capítulo 30

Adam

Todos van con máscara, menos yo.

Llevo tanto tiempo tras una que, ahora que me he liberado de ella, no quiero volver a verla en mi vida.

Llevo días de descontrol, con mis antiguos amigos. Margerit los mandó llamar a su casa. Hemos bebido y reído como hace años. Es como antes de que me acusaran de tantas cosas injustas, y, sí, me he dicho cientos de veces lo estúpido que soy, por estar con ella y no con Bella.

Quizás lo sea, pero necesitaba recordar cómo se respira, y cerca de Bella se me olvida.

Por un momento, me he sentido de nuevo poderoso. Ese hombre admirado e idolatrado por todos, que no tenía más preocupación en la vida que ser feliz. No se preocupaba por nadie, salvo por él mismo.

Sé que todo esto lo hago para olvidar, para no pensar, y así no tener que tomar decisiones que me crean una incesante ansiedad. No puedo respirar cuando decido parar, cuando decido pensar en Bella. La echo de menos, al tiempo que la odio por estar anclada en mis pensamientos.

Me pregunto qué estará haciendo casi cada segundo del día, y odio cuando me informan que pasa los días con lord Patel.

He ido varias veces al museo, para sacarla a rastras, pero no lo he hecho por lo que implicaría dar ese paso.

Ahora estoy bebiendo con unos invitados.

Al llevar estos las máscaras, no se comportan como los lores que son. Hablan con las mujeres si respetar las distancias de seguridad y bailan más de un baile con unas, y con otras.

Miro hacia la escalera varias veces, esperando a Bella. Sé que no está aquí, porque lo notaría.

El aire cambia cuando ella está cerca. Se vuelve más denso y, a la vez, más ligero.

No, si ella estuviera cerca, lo sabría hasta con los ojos cerrados.

—Vaya, vaya… Parece que voy a ganar la apuesta.

Miro hacia la escalera, cuando siento un escalofrío recorrerme de pies a cabeza.

Ella está aquí.

Mi primo lord Radcliffe sonríe de mi lado, tras sus palabras, lo que indica que, lo que voy a presenciar, no me va a gustar ni un pelo.

En la escalera se encuentra Bella, al lado de lord Patel. Van del brazo y se miran con una sonrisa que quiero borrar de ambas caras. Llevan máscaras, sujetas con un palo de madera, con lo que todos los presentes pueden ver quiénes son, mientras no la acercan a su cara.

Parece una clara señal de que ya ha elegido, porque, venir a un baile con él, es una osadía si no es tu prometido.

La rabia me ciega y ando hasta ella sin pensar en las consecuencias de mis actos.

Llego, cuando terminan de bajar las escaleras.

Bella, al verme, se tensa, pero me sostiene la mirada desafiante.

—¿Qué falta de respeto es esta? —Miro su mano sobre el brazo de lord Patel.

—Ninguna.

—En ausencia de su padre, lady Bella, yo ejerzo de tutor legal y es a mí a quien se le debe preguntar por una posible boda entre los dos.

—Lo está sacando todo de contexto, lord Darkbeast —me indica lord Patel, tranquilo—. Nos encontramos en la puerta y la ayudé a bajar las escaleras, porque le hacen daños los zapatos. No se preocupe que, cuando quiera pedir la mano de lady Anabella, hablaré con quien tenga que hablar. Pero, para eso, antes ella tiene que aceptarme. Nunca la obligaría a hacerlo. Ni dejaría que otros decidieran por ella.

Su insolencia me hace rabiar. Pero ¿este lord quiere morir joven o qué?

Voy a decir algo, pero Bella pone su mano en mi pecho.

—Debería guardar toda esa energía para su amiga —me dice fría.

—Él o yo —le susurro al oído.

—Dejaste de ser una opción en el momento que me ignoraste y, ahora, si nos disculpas… —que comente eso, cerca de lord Patel, sin importarle lo que piense, me hace saber que son más amigos de lo que pretende hacerme ver.

Los veo irse, mientras que los celos me matan.

No soporto que la mire, que la toque o que respire el mismo aire que ella.

—Ten, una copa bien fuerte. —Miro a mi primo y siento deseos de sacarle la cabeza de los hombros—. A ella no la engañas. Siempre vio la bestia que eres. Lo vio esa noche…

—¿Qué vio esa noche? —pregunto harto de sus juegos.

—Ah… ¿No lo sabes? —Se ríe—. Estaba ahí cuando tu primo, mi hermano, se cayó por tu culpa…

—Yo no…

—No lo recuerdas, pero ella lo vio. Estaba entre las sombras. Me lo dijo ella misma, mientras lloraba en la cocina, y decía que eras un monstruo. Luego, se desmayó y, al día siguiente, cuando le preguntamos, no recordaba nada. Lo olvidó.

»Pero, en el fondo, lo recuerda. Por eso, yo sabía que nunca te elegiría. Anabella, a pesar de todo lo que le ha hecho su padre, es pura y buena. Nunca elegirá a un monstruo como tú, por mucho que este la ame. Os vi juntos cuando te curaba; vi cómo te miraba… y cómo la mirabas tú. Al final, este juego no era solo para quitarte el castillo, primo. Era para que tú la amaras, y ella te rechazara. Tarde o temprano la cagarás tanto con ella, que te despreciará, como un día te despreciaste a ti mismo.

Ahora entiendo su insistencia en hacer esa apuesta.

Él sabía todo lo que yo ignoraba.

Lo peor, es que no recuerdo nada de esa noche.

Sé que uno de mis primos cayó desde uno de los balcones y se me acusó a mí, aunque no había pruebas suficientes para culparme directamente. Me pregunto si, esa acusación, vino por parte de Bella, y mi primo se aprovechó de ella.

Sea como sea, todo parece volver.

Yo solo recuerdo mi herida, el dolor, beber para aplacar el dolor y despertar en mi cuarto, lleno de sangre. Pensaba que era mía, hasta que me contaron lo de mi primo y que, antes de que este cayera al vacío, alguien le había dado una paliza. Le clavaron una daga en el costado.

Siento mis manos llenas de sangre de nuevo. El dolor de poder ser un asesino me nubla la mente. Quiero ocultarme otra vez detrás de una máscara. Deseo desaparecer.

Lord Radcliffe tiene razón: seguro que un día, Bella me odiará tanto como yo la amo, ya que, al fin y al cabo, la engañé. Quizás, por eso he huido de ella, porque sé que un día me odiará.

Me giro hacia mi primo que sonríe y, como no soporto más su cara de idiota, le doy un puñetazo.

—¡¿Y esto a qué viene?!

—A que no te soporto más. —Ando por la sala y busco algo de beber.

Margerit sale a mi encuentro y me lleva a la mesa de refrigerios.

Alzo el rostro y pillo a Bella observándome.

Aparta la mirada, pero no dejo de preguntarme qué vio, qué

olvidó, qué pasó esa noche y, si por eso, me repudia ahora.

Salgo de la sala agitado. Estoy nervioso y siento que el aire se me va de los pulmones.

En el fondo, una voz me dice que ella no me repudia, sino que ella me eligió, y fui yo el que le dio la espalda, por el miedo que me da amar de nuevo. ¿Le hago caso? No, me sigo comportando como el capullo que estoy demostrando ser últimamente.

Si al final terminará odiándome…, ¿no es mejor detener aquí esta agonía?

Anabella

Adam va y viene.

Lo veo con sus amigos y no para de beber. Parece tenso.

Su primo, a su lado, no deja de mirarme y me da escalofríos.

—Yo creo que al duque le importas —me dice Ron.

Me preguntó qué sentía por el duque y le dije la verdad: que estaba enamorada de ese necio.

Se rio y me soltó que lo sospechaba, pero que no retiraba su oferta, porque le encantaría viajar con una amiga.

Al llegar a la fiesta, nos encontramos y le pedí ayuda para bajar, sin ser consciente de lo que podría significar eso.

Odio tener que guardar las formas para todo, y más en una fiesta donde nadie parece recordarlas.

Me piden bailar varios hombres, pero los rechazo. En esta fiesta puedo hacerlo.

Bailo con mi amigo Ron y comemos algo.

La señora Aura está en el carruaje. Comentó que pasaría de vez en cuando, pero que no tenía muchas ganas de estar en la fiesta.

La he visto varias veces, para comprobar si todo iba bien, y ha cogido algo para comer.

La verdad es que la fiesta cada vez es más decadente.

Adam regresa y varias mujeres se le acercan. Lo tocan y se le insinúan.

No soporto verlo con otras, y, por eso, evito mirarlo el resto de la noche.

Cuando dan las doce y nos quitamos las máscaras, me marcho al carruaje, acompañada por lord Patel.

—Quítele las manos de encima a mi prometida. —Adam está tenso y borracho.

—¿Su prometida? —Lord Patel alza mi mano—. No porta anillo alguno, amigo.

—¡No estoy para bromas! —Adam se acerca a lord Patel y lo

coge de la camisa.

Voy hacia ellos.

—Suéltalo, Adam. —Me mira fuera de sí. Está muy borracho, y no parece poder controlarse—. Vamos a casa.

Adam lo suelta y entra al carruaje, donde la señora Aura lo mira de forma reprobatoria.

Me despido de mi amigo, tras preguntarle si está bien, y entro al carruaje, ayudada por el cochero.

—¡Ese comportamiento es inapropiado de un duque! —le recrimina la señora Aura. Adam la mira como si quisiera hacerla desaparecer—. No me mire así. Acaba de parecer un palurdo estúpido.

—No podría haberlo definido mejor —indico, y ahora la fiera mirada de Adam se centra en mí—. Y no, no soy su prometida. Perdió ese derecho entre fiestas y fiestas con su exprometida. A lo mejor es que su misión en la vida es acumular exprometidas.

—¿Se lo pidió? —La señora Aura nos mira fuera de sí.

—No exactamente —responde Adam tranquilo. Sus ojos azules me miran afilados—. Ella me eligió, antes de que comprometiera su honra.

—No me pudo creer que haya dicho algo así. —La señora Aura se desmaya de la impresión.

Salgo de carruaje, cuando se detiene y empiezo a andar.

Adam me coge en volandas y me carga sobre su hombro.

Golpeo su espalda y grito que me suelte. Aún más, cuando nos encierra en su cuarto, ante la vista de todos los sirvientes. Está destrozando mi posibilidad de elegir.

—¡Tengo derecho a elegir! —le grito cuando me suelta en medio del cuarto.

—¡Lo perdiste en el momento en que me aceptaste, antes de perder la virginidad conmigo! —lo suelta tan alto, que dudo que los sirvientes no se hayan hecho eco de sus voces.

—No me importa ser repudiada por esta sociedad tan retrógrada. Me pienso ir…, sin importarme nada.

—No vas a ir a ninguna parte. Vas a ser mi esposa.

—¡Te estás comportando como un ogro!

—¡¿Y eso te sorprende a estas alturas?! —Se pasea nervioso por el cuarto. Se quita la corbata y la tira en la silla—. No sé cómo hacerlo mejor. Te juro que no sé cómo tenerte y, a la vez, no sentirme morir por dentro…, pero tampoco pienso permitir que seas de otro. ¡Eres mía, joder!

—Merezco algo más que ser la posesión de alguien. Merezco amor.

—¿Y él te dará eso? Porque dudo que así sea.

—Al menos, de él no lo espero.

—Te vas a casar conmigo y no hay nada más que hablar.

—¿Por qué te da miedo dejarme elegir? ¿Acaso no lo merezco? ¿Acaso merezco que me quites esa posibilidad? ¡No me ha quitado la vida ya suficiente, Adam!

En sus ojos veo tal dolor, que me parte el alma. Es como si me mirara por primera vez en toda la noche y no le gustara lo que ve. Claro que mis lágrimas no ayudan, y tampoco el dolor que siento en el pecho.

—Vete, no te obligaré a nada…

—Adam… —digo, al notar el dolor en sus palabras.

—¡He dicho que te vayas!

—¡Pues ahora no pienso marcharme! —Me mira sin comprender. Se me acerca de forma amenazante y alzo la mirada para enfrentarlo—. Quiero saber por qué es tan importante para ti que me quede contigo.

—Para mí no es importante. Al fin y al cabo, el capullo de mi primo tiene razón: un día me odiarás… No tengo derecho a ser feliz. —Aparta la mirada—. Vete, Bella, o no habrá vuelta atrás.

—No vas a decidir por mí nunca más. Me quedo, y quiero que me digas la verdad. ¿Por qué me deseas como esposa?

—¡No te quiero como esposa! —estalla enfadado—. Odio lo que siento, cuando te tengo cerca. Odio sentir algo en el pecho que hace años estaba muerto. —Veo dolor en sus ojos y entiendo que está ahí desde la muerte de sus padres—. Odio sentir. Odio sentir, joder. Pero odio más la idea de perderte. ¿Ya eres feliz? Porque te juro que yo no lo soy. No, desde que irrumpiste en mi vida y trastocaste mi mundo hasta hacerme imposible la idea de vivir sin ti. Me asfixia la idea de tenerte y me consume el dolor por la idea de perderte.

Está agitado, nervioso y fuera de sí. Cuando lo miro, veo a ese niño roto de dolor, por perder a sus padres tan pequeño; a ese niño que tal vez juró no sentir nunca nada por nadie. Veo a un hombre perdido, nervioso por lo que siente y enfadado con el mundo por haberle hecho sentir de nuevo, a pesar de sus intentos por esconderse de todos en su castillo.

Su dolor me traspasa y me hace comprender a este bruto que quizás sí pueda saber amar algún día, cuando se permita dejar de huir de la vida.

—Te elijo, pero solo porque no tengo más opciones —bromeo —. Me has arruinado.

—Dudo que eso te impida salir corriendo. —Veo alivio en su mirada.

—Nada me impide vivir mi mayor sueño, y por eso estoy aquí.

Mi mayor sueño siempre fue ser amada y quiero creer que un día seré amada por este hombre que lucha contra las emociones.

No creía en el amor, porque pensaba que la vida nunca me daría el lujo de ser amiga, pero ahora deseo luchar por la idea de que tal vez pueda poseerlo todo.

Duda un instante antes de besarme y cierra nuestro trato para siempre.

Capítulo 31

Adam

El sabor de Bella me embriaga y me ciega. Me he comportado como un auténtico energúmeno. Ella no debería estar aquí. Debería haberse ido. Le di la opción de marcharse, pero se quedó, porque Bella va siempre contra corriente. Creo que eso es lo que más me gusta de ella: que no deja de luchar por lo que cree, y ahora cree en mí.

Eso me hace tener fe, aunque, cuando la beso, siento el miedo atenazarme las entrañas. Si le pasa algo, me muero. Si la pierdo, me muero… Por eso, no pude verla irse con él. Me dolía demasiado.

Cuando ella me mira, siento que hay esperanza para mí y, aunque la oscuridad me tienta, quiero cegarme con su luz, por primera vez en muchos años. Ella es mi sol.

Deseo quemarme con ella esta noche.

El beso cada vez se hace más urgente, y vamos hasta mi cama. Le quito el vestido, usando la navaja que llevo escondida en mi bota.

—Eres un bruto.

—Pues aún no he empezado.

Rompo las telas, hasta dejarla desnuda, disfrutando del placer de hacer jirones su ropa, para tenerla desnuda ante mí. Paso las manos por su pelo para que quede suelto sobre sus hombros, cuando caen las horquillas y los adornos. Algunos mechones se posan sobre sus senos.

Tira de mi chaqueta y me la quito, junto con la camisa y las botas.

La dejo en medio del lecho. Las sábanas negras contrastan con su piel blanca. Abro sus piernas y me deleito con su imagen.

Su sexo ya está perlado por los flujos de su deseo.

Paso mis dedos por estos y los esparzo por su zona más íntima.

Se agita y se retuerce bajo mis atenciones. Hace años que no estaba con una mujer, pero sé que, aunque hubiera estado hace poco, nada es igual a Bella.

Paso sus jugos por los pezones erectos y disfruto de ver cómo se endurecen por mis atenciones.

—Hay tantas cosas que quiero hacerte…, pero no estás lista.

—Estoy lista para ser devorada por la bestia.

Me río por cómo lo dice.

—Eres demasiado inocente para mis perversiones.

—Ponme a prueba —Bella me desafía de nuevo. Me lleva al límite.

Saco de mi cajón unos cinturones de cuero y llevo una de sus manos al cabecero de mi cama. Tomo la otra y hago lo mismo.

La miro, atada a mi lecho, dispuesta a que haga con ella lo que desee.

—Deberías haber salido corriendo.

—Me encanta vivir aventuras, y más si es contigo.

Joder…, noto que sus palabras hacen que mi polla dé una sacudida en mis pantalones.

Esta mujer va a matarme, como siga diciendo esas cosas.

Saco un pañuelo de seda y lo ato en su cabeza, para taparle la visión. Su respiración se agita, por los nervios de no saber qué voy a hacerla.

Miro su sexo y veo cómo tiembla por la anticipación. Sus pezones se ponen cada vez más duros.

Es una delicia para la vista.

Nunca hice esto con nadie, pero es porque ya no soy ese joven que tenía sexo sin importar nunca mis verdaderos deseos o los de las mujeres con las que me acostaba.

Ahora lo quiero todo.

La miro sin hacer nada, tras abrir sus piernas. Veo cómo su respiración se agita por segundos, y cómo su cuerpo se perla de sudor.

No la toco, pero estar así, sabiendo que la estoy mirando, le da mucho placer.

Cuando paso mis dedos por sus cimas, da un bote.

Sonrío por la reacción de su cuerpo, mientras me sitúo entre sus piernas. Espero que su respiración se agite y adentro mis dedos con fuerza en su vagina.

Tira de los agarres y gime.

Lo hago de nuevo, mientras llevo mi boca a sus senos para darme un festín primero. Tiro de uno de sus pezones con mis dientes, al tiempo que meto en su estrecho cuerpo un par de dedos más. Se abre a mí, mientras mi boca degusta sus pechos, hasta ponerlos más duros por mis atenciones.

Cuando siento que se va a correr, me aparto.

—Aún no. —Protesta y beso su boca, mientras mis dedos esparcen su humedad entre los pliegues. Está muy mojada y quiero que lo esté mucho más.

Tiembla bajo mis atenciones.

Llevo un dedo mojado a sus labios, y la tiento para que abra la boca.

Lo hace, y me lo lame, y me lo chupa.

Joder…, esto es una tortura. Quiero estar dentro de ella ya,

pero no hasta haberla llevado al límite.

Lo repito varias veces, hasta que tomo su cara entre mis manos y la beso, hasta que casi se corre solo con mi boca.

Me separo agitado, nervioso y sintiendo que estoy al límite.

Voy hasta el interior de sus piernas y, sin preliminares previos, paso mi lengua de arriba abajo por su sexo. Adentro mi lengua en su vagina y bebo de ella, hasta que suplica.

No me detengo, hasta que casi se corre con mi lengua.

Subo hasta su boca y la beso.

Me separo agitado, para quitarme los pantalones, y solo cuando adentro mi dura polla en su estrecho cuerpo, le quito la venda, para perderme en sus preciosos ojos, cargados de pasión.

Salgo y me muevo de forma que entro más hondo.

Rodea mis caderas con sus piernas y clava sus talones en mi trasero.

Suelto una mano y luego la otra.

Me acaricia, me araña y marca mi piel, mientras me muevo con más fuerza.

Apoyo una mano en el cabecero de madera, que golpea la pared, buscando llegar más hondo. Muerdo su cuello, mientras nos movemos juntos.

Siento el desgarro de mi piel por sus uñas, cuando casi se corre, pero no me detengo.

—Un poco más.

La beso mientras salgo de ella, antes de metérsela hasta el fondo.

Jadea en mi boca.

Entro y salgo, llevándola al límite.

—Adam… —me suplica, cuando no puede más.

Esta vez no me detengo y sigo hasta que se corre con fuerza.

Noto cómo su vagina oprime mi sexo. Lo saco por poco, y me corro en su pierna.

«Joder…, ha sido mejor que la otra vez».

Apoyo mi frente en la de ella, mientras nuestras respiraciones se acompasan.

Mía. Bella es mía, y no pienso dejarla marchar nunca.

Capítulo 32

Anabella

Termino el desayuno y me echo en la cama improvisada, que hemos puesto en la azotea, donde Adam ha pedido que nadie nos moleste.

Hemos subido tras darnos un largo baño juntos y estamos viendo el amanecer en nuestra pequeña burbuja.

—Podría quedarme aquí encerrada durante días.

Sonríe descarado y me sube sobre él.

—Se me ocurren muchas formas de tenerte entretenida. —Pasa los dedos por mis pechos, que se endurecen bajo mi camisón.

—Me gustaría hablar. —Gruñe y se echa hacia atrás. Pone el brazo bajo su cabeza y mira el cielo—. Vamos, que quiero saber algo más de ti.

Se queda serio, mientras disfruto de la imagen que tengo ante mí.

Solo lleva puestos los pantalones negros y su torso desnudo se abre paso ante mis ojos. Tiemblo de amor por este hombre que se ha colado de lleno en mi alma. No quiero imaginar la vida sin él. Me complementa como nunca pensé que lo haría alguien.

—¿Qué quieres saber? —claudica al fin.

—¿Qué pasó esa noche? Sé lo que han dicho, pero no la verdad. Me gustaría que me contases lo ocurrido. —Se tensa. Sé que debería haber empezado por otro tema menos complicado, pero quiero saber lo sucedido—. Adam, nos vamos a casar…

—Lo que me recuerda…

Me deja sentada en los cojines y lo veo buscar algo entre los cajones de sus padres.

Tras abrir varios baúles y cajas, encuentra lo que busca y se acerca a mí. Me levanta y busca mi mano. Pone un anillo precioso de oro, con rosas enredadas.

—Mi madre amaba las rosas blancas. Mi padre mandó hacer este anillo para ella y le pidió matrimonio con él.

—¿Y no se lo diste la princesa Margerit? —Toco la joya con mis dedos, maravillada.

—Lo nuestro solo fue un acuerdo de niños y, cuando crecimos, solo fuimos buenos amigos que sabían que un día se debían casar. Nunca le di un anillo. Ella misma se compró uno y decía a todo el mundo que era mío.

—Qué práctica.

—Margerit es así. —Sonríe con cariño, pero empiezo a entender que solo es una buena amiga para él, como lo es Ron para mí.

—Me encanta Adam. —Me alzo para besarlo y lo hace de forma urgente. Cuela sus manos bajo mi ropa y me aparto—. Aún no me he cansado de hablar. —Gruñe—. Quiero saber más cosas. Lo que te haga sentir cómodo, dado que no piensas responder a mi pregunta.

—¿Responderás tú a las mías?

—Claro. No tengo nada que esconder.

Se apoya en la mesa y me mira con sus intensos ojos azules.

—¿Qué hacías con lord Patel tanto tiempo sola en el museo?

—¿Te mueres de celos?

—No me jodas, Bella. Responde de una vez.

Me río.

—No es para tanto. Estaba estudiando libros de Anatomía.

—Eso podías hacerlo aquí. Te compré varios de ellos. No me gusta esa excusa.

—Pero allí tiene órganos e insectos disecados. Aprendí mucho estudiando y viendo cómo eran.

—Entiendo. —Se queda callado un momento—. Él es el hombre perfecto para ti.

—Sí, lo he pensado muchas veces —su mirada se oscurece—, pero no es a él a quien he elegido. Al final, a su lado, tendría una vida rica en conocimiento, pero pobre en todo lo demás.

—Tal vez, con el tiempo, te arrepientas de estar aquí.

—No creo que lo haga, si haces el esfuerzo de dejar de vivir como un preso. —Pone mala cara—. Quiero viajar contigo. Quiero…

—Ya lo veremos. Viajar me pone nervioso, pero no lo descarto. —Asiento y me levanto para sentarme en la mesa, a su lado —. Si te tengo cerca, dudo que pueda apartar las manos de ti, y tú pareces más interesada en darle a la lengua de otras formas, que yo no tengo en mente.

Me recorre un escalofrío.

—Las manos quietas, Adam. No he acabado las preguntas.

—Me quieres matar. —Se pone frente a mí. Abre mis piernas y se cuela dentro, poniendo sus manos en mi cintura—. Vamos, haz otra pregunta.

—¿Querrás hijos algún día? He estudiado estos días lo suficiente de anatomía para saber que necesitas acabar dentro de mí. —Me sonrojo.

—¿En serio? —Muerde mi cuello.

—Adam… —le regaño.

—Empiezo a entender por qué los hombres no desean dar

conocimientos a las mujeres. Hacéis demasiadas preguntas. —Lo miro enfadada—. Era una broma. A mí me gusta que seas tan lista. Y sí, un día querré hijos, pero estoy acostumbrándome a nosotros. No quiero precipitar las cosas.

—No tengo prisa. Antes podemos viajar.

—Podemos… —Sube sus manos por el interior de mis muslos.

—No he terminado con las preguntas. —Gruñe—. ¿Eras feliz con tus padres?

Duda, pero asiente.

—Mi padre y mi madre se amaban. Querían tener más hijos, pero no fue posible. A mí me criaron con mucho amor y me dieron todo lo que quería. La gente decía que era un consentido… Lo era, y, por eso, cuando se murieron, lo quería todo, ya que a ellos no podía tenerlos.

—Fue un accidente de carruaje, ¿no? —Asiente.

—Yo iba a ir con ellos, pero estaba enfermo por unas fiebres y prefirieron dejarme al cuidado de mi niñera. Después, cuando estuviera mejor, viajaría con ella al reino de mi abuelo… —Se le apaga la voz.

—Lo siento, Adam.

—Lo sé. —Acaricia mi mejilla con su nariz—. Cuando te conocí, y vi la vida que habías llevado con tu padre, por primera vez supe que tenía suerte de haber vivido feliz con ellos.

—La tienes.

—Pienso matar a tu padre, Bella.

—Adam, eso te condenará.

—Me encargaré de que nadie lo sepa, pero quieres verdades, ahí tienes una. Ese desgraciado ya te ha hecho suficiente daño y, mientras viva, siempre temerás que te lo siga haciendo.

—No, si te tengo cerca.

—Lo voy a matar —insiste con seguridad.

—¿Lo habrías hecho de saber esto, antes de conocerme a fondo?

—No, porque antes creía que la humanidad estaba perdida.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Tú, porque miraste a un monstruo a los ojos y le sonreíste, y no hablo de cuando viniste a mi casa en el presente, sino de hace años. Cuando yo estaba sangrando. Era un joven engreído y malcriado, que ocultaba su dolor entre fiestas y despilfarro. Me portaba fatal con los sirvientes y nunca pensaba en la mujer que tenía en mi cama. Creía que ellas tenían suerte de tener sexo con un duque apuesto como yo. Era horrible, pero, a pesar de todo, tú me sonreíste.

—Entonces, ¿por qué usar máscara, si ya eras tan horrible?

—Porque odiaba ver la lástima en la gente que me observaba;

en todos los que antes me envidiaban, por no tener mi cara y mi fortuna. Odiaba que la gente me mirara con asco o, peor, con pena… Por eso, la máscara hacía que me miraran con miedo, y me gustaba despertar ese sentimiento en la gente. El miedo me hacía fuerte.

—¿Y ahora qué te hace fuerte? —Acaricio su mejilla lastimada sin la máscara.

—Tú. El sueño de creer que incluso alguien como yo puede encontrar un día la felicidad que un día se le negó. —Coge mi cara entre sus manos—. Aquí acaba la charla de momento. Ahora solo quiero que de tu boca salgan solo gemidos y ruegos de placer.

Me besa y lo dejo hacerlo.

Lo deseo demasiado como para pensar con claridad cuando me toca.

Tira de mi camisón hasta sacarlo y solo deja de besarme para esto. Después, baja sus pantalones y se clava dentro de mí con una fiera y certera estocada.

Gimo en su boca, por el placer de sentirlo dentro de nuevo. De sentir cómo me llena y cómo mi cuerpo acoge su dureza. No es dulce, pero tampoco quiero que lo sea. Me gusta cómo busca mi cuerpo con desesperación y cómo el mío se abre a él.

Enredo mis piernas en sus caderas y clavo mis talones en su atractivo trasero. Esto hace que entre aún más profundo, y que ambos gimamos de placer.

Un fuerte escalofrío me recorre toda la zona íntima.

No dejamos de besarnos mientras entra y sale de mi cuerpo, hasta que me corro entre sus brazos.

De inmediato, sale de mí, para derramar su esencia, y me abraza, para dejarme en la improvisada cama.

No me quiero dormir, ya que no está bien andar así todo el día, pero, en cuanto se tumba a mi lado, me olvido de todo, una vez más. Con él siento que tengo el mundo a mis pies.

Ojalá no me falle nunca. Le he entregado toda mi confianza.

Capítulo 33

Adam

El cura me mira de forma reprobatoria mientras esperamos a Bella, para que nos case. De testigos están mis sirvientes más fieles. No necesito más.

—Las cosas no se hacen así, por muy duque que seas.

—Pero aquí está, tras una cuantiosa ayuda para la iglesia.

—Lo hago porque la iglesia necesita el dinero.

Ya, claro. Por eso dijo que no al principio, pero luego me preguntó que cuánto le daría por hacer la vista gorda.

Dejé a Bella dormida y me fui a buscar al cura.

No quiero retrasar más este momento, y tampoco deseo una boda a lo grande. No me cae bien casi nadie y no me apetece fingir que soy feliz rodeado de tantos idiotas.

La puerta se abre y aparece la señora Aura. Tras ella, está Bella con un sencillo vestido de color amarillo pálido.

Me mira con una sonrisa tan confiada, tan dulce, tan llena de amor, que me siento un miserable por no contarle la verdad.

No sé cómo hacerlo, para que entienda que todo empezó con una apuesta, pero que ahora doy gracias a esa apuesta, porque me ha traído hasta este punto. Con ella. No sé cómo explicarle todo sin que me odie. No he encontrado el momento. Tengo que hacerlo, pero no hoy. No ahora que me mira con esa dulce sonrisa, como si de verdad fuera alguien que mereciera la pena amar.

Ella me hace creer que aún queda algo bueno en mí.

La boda dura poco, porque le digo al cura que vaya al grano.

Bella me llama la atención, pero no les hago caso. Ahora mismo solo quiero tenerla para mí un poco más, antes de que la vida nos atrape de nuevo.

Firmamos los documentos pertinentes y el cura se marcha.

Tiro de Bella hacia los pasadizos secretos y vamos hasta la sala de las piscinas, donde está todo dispuesto para la comida.

—Soy tu esposa y ni siquiera me has dejado besarte. Muy mal, Adam. Ha sido casarnos y perder tu deseo por mí —bromea tirando de mi chaqueta.

—¿Eso piensas, esposa mía?

Se me hace raro llamarla esposa. Sobre todo, porque siempre creí que mi destino sería otro; que acabaría siendo príncipe.

Ahora me gusta seguir siendo el duque de Darkbeast y que el legado de mi padre no se pierda. Mi progenitor era duque y príncipe, pero él mismo eligió ese nombre para el título de duque. Por esa razón, me gusta llevarlo.

La conduzco hasta la piscina y, cuando está cerca, la voy a besar, pero al final la empujo.

La veo caer dentro al agua.

Me echa agua a la cara y me río como ese niño que olvidé con los años.

La cojo mientras trata de hundirme y tiro de su vestido, hasta dejarla desnuda.

El primer beso como marido y mujer es entre rosas y agua dulce, que corre entre nuestros cuerpos desnudos.

La giro y la apoyo en el borde.

Gime cuando sus pezones acarician el mármol frío, por el contraste entre el calor del agua y el frío del mármol.

Entro en ella, mientras mi mano busca su sexo. La acaricio, mientras entro y salgo de ella con ímpetu.

Pongo mi otra mano en su trasero y siento cómo este golpea contra mí.

Me vuelve loco. Su cuerpo parece hecho para mí. Es todo lo que buscaba mientras huía del mundo, sin saber que en el fondo nadie elige estar solo, sino que se acostumbra a la soledad.

Salgo de ella y entro, notando cómo las paredes de su sexo se abren a mí y laten con fuerza en torno a mi polla.

Cada vez me cuesta más recordar salir a tiempo, pero es pronto para tener un hijo. Sobre todo, antes de que sepa la verdad y me perdone. Necesito que me perdone, antes de hacerla madre.

Me muevo haciendo círculos sobre su clítoris, hasta que noto que se va a correr y salgo con rapidez. Entonces, derramo mi esencia sobre su redondeado trasero.

La arrastro hasta los asientos y nos quedamos quietos, y abrazados.

«¿Qué voy a hacer si no me perdona?».

—Podemos ir a Francia este verano.

Se sienta entre los cojines, donde estoy leyendo un libro, mientras ella da vueltas por la biblioteca.

—¿Y por qué a Francia? —Me muestra ilustraciones de un libro que ha encontrado—. Es bonito.

—Es precioso. ¿Podemos ir? —Veo su deseo de viajar, de vivir aventuras, brillando en sus ojos, y por eso asiento.

Se tira sobre mí para besarme.

—Es usted poco refinada, querida duquesa.

Se ríe, apoyada en mi pecho.

—Tal vez sea porque no invirtió más tiempo en mi educación. —Noto que se empaña su mirada—. No podemos estar aquí eternamente. A estas alturas de la noche, todo el mundo sabrá que nos hemos casado… ¿Crees que podré ser una buena duquesa?

—Creo que serás la mejor. —Paso su pelo tras la oreja—. Y sí, creo que mañana todo el mundo lo sabrá. Algunos vendrán a felicitarnos.

«Entre ellos mi primo lord Radcliffe».

No sé cómo se tomará la noticia o si hará algo para destrozarme esto.

Voy a decir algo, cuando Bella me acaricia la mejilla y me parte por dentro.

—Me haces muy feliz —dice con total confianza en mí.

No me sale la voz. Quizás, porque quiero una noche más a su lado, antes de ver el odio en sus ojos.

¿Cómo explicar a alguien que tus peores decisiones y errores te han llevado a la persona más maravillosa que has conocido jamás? No puedo pedirle perdón por la apuesta, porque, sin ella, Bella no sería mi esposa.

Mi padre decía que a veces, tras la destrucción, crecen las flores más bellas.

Nunca lo entendí, hasta ahora.

Mi mundo era caos, cuando acepté esa apuesta, y entonces ella lo cambió todo. Sembró luz, donde solo había tinieblas.

Me arrepiento del daño que pueda hacerle, pero no de la apuesta, y no sé cómo explicárselo, sin parecer un ser sin corazón.

Entro a mi despacho tras algunos días desatendiendo mis

obligaciones.

Bella no tarda en llegar, con varios libros de Anatomía, y se pone a estudiar, tirada en la alfombra junto al fuego. Me mira de reojo mientras toma notas.

—Me distraes —le señalo.

—No pienso irme de aquí hasta dentro de un rato.

—¿Adónde vas?

—Iré a ver a mi amiga Larah, para contarle todo. Supongo que a estas alturas ya sabrá todo el mundo lo de nuestra boda.

—Hemos aparecido en la sección de cotilleos de hoy. Así que, si alguien quedaba por saberlo, ya lo sabe.

Bella nota mi tensión.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —miento, y odio hacerlo.

Intento una vez más contarle todo, pero no sé cómo hacerlo. ¡Joder!

Escucho voces y la puerta se abre. Aparece Margerit.

Bella, al verla, se levanta y le hace una pequeña reverencia.

—No hace falta, querida. Ahora eres como de la familia, al haberte casado con mi gran amigo. —Coge las manos de Bella y le da un abrazo—. Me alegro por vosotros, aunque me hubiera encantado asistir a la boda.

Margerit no paraba de decirme que yo sentía algo más por Bella de lo que admitía y, por eso, sé que se alegra mucho por los dos, como haría una buena amiga.

—Tú tampoco me invitaste a la tuya —le recuerdo.

—*Touché*.

Se acerca y me da dos besos.

—Quiero hacer una fiesta para celebrar esta unión.

—No hace falta —indico.

—No hace falta, pero quiero. Presiento que lady Darkbeast y yo nos llevaremos bien.

—¿Una boda sin invitar a tu pariente más cercano en la ciudad? —Mi primo entra en el despacho, y es como si todo se tornara gris—. ¿Os doy la enhorabuena o el pésame? —Se ríe y odio ese sonido, y que esté aquí.

—La enhorabuena, por supuesto —añade Margerit.

—No sé yo. Bueno, he perdido la apuesta, al parecer. Me quedo sin mi castillo —Me quedo frío y tenso—. Supongo que tu amada esposa lo sabe, ¿no?

—Para. Esto es entre tú y yo —le recuerdo.

—Ah…, que no lo sabe. —Se carcajea y no me atrevo a mirar a Bella a los ojos—. Ella no sabe que nunca te ha importado, y que solo le abriste tu casa no porque su padre fuera tu primo lejano, sino

porque hiciste una apuesta para enamorarla y que, de no conseguirlo, perderías el castillo de tu padre. ¿Lo sabía, lady Darkbeast? ¿Sabía que la iba a seducir solo por un castillo? Y bueno, para perderme de vista.

—¿Es eso cierto, Adam? —me pregunta Bella.

—Sí.

Bella emite un pequeño grito y Margerit me da una bofetada, que sé que me merezco.

—Qué bajo has caído, Adam —me dice Margerit

Bella sale de la sala y Margerit va tras ella.

—No te quejes. Te he hecho un regalo de bodas extraordinario. Así no tendrás que seguir fingiendo que ella te importa.

Voy hacia él y le golpeo la cara.

Empezamos una pelea que lleva años fraguándose.

Lo odio con todo mi ser y hoy más, porque ha venido a hacer daño a la mujer más importante de mi vida.

Lo peor, es que yo he tenido la culpa de esto.

No sé si peleo contra él o contra mí mismo.

Capítulo 34

Anabella

Mis manos tiemblan tanto que se me caen los libros de los brazos, mientras meto mis cosas en un baúl para irme de esta casa con la mayor brevedad posible.

—Querida… —Margerit entra en mi cuarto.

—¿Lo sabía?

—No, no lo sabía. Le habría dicho algo a Adam por esa locura. Lo siento, pero no puede abandonarlo. Es su esposo.

—Pienso hacerlo, y lo haré.

—¿Y dónde irá?

—A casa de mi padre, de donde nunca debí salir. —Me recorre un escalofrío por volver a esa casa.

Lo triste es que ahora mismo me siento más segura allí que aquí. ¿Cómo ha podido Adam hacerme algo así? ¿Solo le importaba la apuesta cuando se casó conmigo? ¿Solo soy una apuesta para él? Siento que hizo esa apuesta por aburrimiento y yo he sido el entretenimiento de un hombre poderoso.

En el fondo no me engañó. Siempre supe la verdad, pero creía que hasta una bestia podía tener un corazón escondido. ¡Qué tonta he sido por amarlo! Ahora mismo no sé si lo amo a él o a la versión que ha creado para ganar la apuesta.

¡Todo es una mentira!

Siento mi alma más rota que nunca. Es como si esto hubiera sido la gota que ha colmado un vaso que llevaba muchos años a punto de rebosar. No puedo más. Me siento hundida. Confié en él…

Me duele mucho el corazón y no puedo respirar.

—Querida… —Margerit viene hacia mí. Lo que me sorprende es que la señora Aura no esté aquí conmigo. Me ha cuidado como una madre. La ansiedad crece en mi pecho al pensar que tal vez ella sabía de la apuesta—. No puede ir a casa de su padre. He oído lo que se murmura de él. Allí no estará segura. Vendrá a mi casa.

—No es necesario.

—Oh, sí. Lo es. Entre mujeres nos entendemos bien. —Aprieta mi brazo.

Prepara mi equipaje, porque yo no puedo moverme, y se encarga de que lo suban a su carruaje.

Tira de mí hacia las escaleras y nos marchamos de aquí, sin

dar explicaciones a nadie.

Lo peor es que esperaba que Adam me buscara, me pidieran perdón o tratara de explicarse, pero, que no lo haga, solo me hace comprender que todo fue mentira. Me he casado con un impostor.

Aguanto el peso de las lágrimas hasta que me dejan sola en un dormitorio que han dispuesto para mí.

He sufrido miles de agresiones en mi vida, pero nada comparado a esto, porque a mi padre nunca lo quise y mi alma nunca lloró con tanta fuerza.

Ojalá esa apuesta nunca hubiera existido. Mi vida habría sido horrible, pero al menos no habría tenido que lidiar con un corazón tan roto.

Adam

—¿Dónde está mi mujer? —Margerit me mira mientras toma una taza de té.

—En mi casa, por supuesto.

—Hasta ese punto he llegado yo solito. ¿Dónde está?

—En su cuarto y no, no vas a ir. Está dormida, tras haber estado llorando horas. ¿Te ha costado un poco venir? ¿Tiene algo que ver con la paliza que parece que te han dado?

La fulmino con la mirada.

Mi primo y yo nos enzarzamos a una paliza a muerte, y en uno de los golpes me tiró contra la mesa. Me di con ella, perdiendo el conocimiento. Es un desgraciado y quería matarme; yo también a él, la verdad, pero yo tengo razones, y él no.

A mi primo solo le mueve la envidia porque nuestro abuelo les dio menos poder a su familia.

—No tienes buena cara…

—No tengo tiempo para estupideces, Margerit. ¡¿Dónde está mi esposa?!

—La amas, ¿no? —Se levanta y se acerca—. La amas, y por eso estás así. Dios, Adam, la has cagado pero bien.

—No sabes nada.

—Sé que ella es buena y tú… hace años que no sabes lo que es serlo. —Le sujeto la mirada—. Ahora mismo no te va a escuchar. Dale tiempo y explícale tus motivos para la apuesta, para no contarle la verdad. ¿De verdad esperabas que tu primo, con lo mucho que te odia, se estuviera callado? —No digo nada—. Querías que lo supiera… ¿Esta es tu forma de castigarte por haber hecho todo esto?

—No sabes nada…

—Vete, Adam, y cúrate las heridas. Yo estaré con ella. No voy

a dejar que se hunda. Cuando pase el tiempo, recupérala, cueste lo que cueste. Ahora largo, que en este momento no te soporto.

La miro enfurecido y salgo del salón, pero subo las escaleras. Abro cada cuarto hasta encontrar a Bella.

Está dormida, con los ojos hinchados y su gesto es de dolor.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido ser tan egoísta?

Acaricio su mejilla, aterrado ante la posibilidad de que nunca me perdone. No la quiero a mi lado por obligación, sino porque sea feliz. Quiero que me vuelva a mirar como estos días, pero no lo lograré si, una vez más, solo pienso en mí.

Salgo del cuarto y regreso a mi casa.

Al llegar, corto rosas de mi invernadero y se las mando. Sé que le gustan porque en su dormitorio siempre hay rosas frescas. No quiero que esto deje de ser así. No quiero que pierda más cosas.

Ojalá no sea tarde para nosotros.

Ojalá…

Los días pasan lentos. La echo de menos a cada instante,

porque no sé vivir sin su sonrisa. Cada día, antes del amanecer, me levanto para cortar rosas rojas, que envío a casa de Margerit.

No sabía si la quería en mi vida, si podría ser capaz de amar a alguien, pero el amor no se elige. No llega cuando estás listo para amar, sino que llega sin más, sin preguntar, sin esperas, sin momentos adecuados. El amor te devasta por dentro, hasta que la nada aparece cuando esa persona desaparece, porque lo eras todo con ella.

No sé en qué momento la empecé a amar. Si me convencí de que todo era por una apuesta, cuando en verdad me gustaba tenerla en mi vida.

La máscara no me la quité para enamorarla. Ahora sé que lo hice porque a su lado era más yo mismo de lo que lo había sido nunca. Ella me veía de verdad, a pesar de todas mis capas. Bella tiene el poder de entrar en mi alma y vivir en ella para siempre.

¿Y ahora qué hago? No lo sé.

Solo sé que, si la pierdo…, prefiero la muerte.

Capítulo 35

Anabella

No consigo remontar. Los días pasan lentos entre una neblina de color negro.
Todas las mañanas, cuando despierto, hay un nuevo ramo de rosas rojas en mi cuarto que dejo en la salita. Está llena de rosas.
Lo triste es que veo el gesto, pero no lo creo. No siento que sea real. Es como si la fe que tenía en mi esposo se hubiera hecho añicos.
Como me pasó con mi padre.
Mi padre no siempre fue horrible, pero, tras años de perder en el juego, empezó a beber más de la cuenta y comportarse de forma extraña. Hasta llegué a escuchar rumores que decían que había matado a mi madre y que no fue el parto lo que acabó con ella, sino tener sexo después, cuando debería haber guardado cama, para no desangrarse.

Yo no lo creí, hasta que me dio la primera bofetada y me pasó la hoja del cuchillo por el brazo.

Mi padre nunca llevó bien que yo fuera la hija de otro hombre. Decía que me veía en él, y lo odiaba.

—Si no te mueves, solo será un corte de nada —me dijo, mientras la sangre salía.

Lo miré y supe que algo había muerto en mí para siempre.

Era mi padrastro, pero era el único padre que había conocido.

Ese día conocí el miedo y, cuando venía hacia mí, me quedaba paralizada. No era capaz de moverme por temor a que el corte fuera mayor.

Ahora, con Adam, noto que todo lo que sentía ha muerto en mi pecho.

No es que haya dejado de amarlo, pero ojalá lo hubiera hecho, porque así el dolor no sería tan intenso.

Lo que más duele, lo que me impide apreciar el brillo del sol cada día, es la sensación de que el Adam que amé no existe. No confío en él.

—He traído libros para alegrarte. —No se me pasa desapercibida la mirada que mi amigo Ron hace a Margerit. Entre los dos hay un tonteo que no ocultan.

Ella es viuda y Ron soltero, y no tienen que dar explicaciones a nadie.

Ron se va a hablar unas cosas con Margerit, pero no me quedo sola mucho rato, ya que Larah llega con una caja de galletas.

—Las mejores.

Abro el paquete y huelen muy bien.

—Tal vez luego.

—Tienes que comer.

—No tengo hambre —indico. Solo como lo justo, para sobrevivir, pero he perdido la ilusión hasta por una rica comida.

—Anabella, tienes que hacer por seguir adelante. Con o sin él. Aunque sea tu marido. Aunque quieras, no puedes vivir eternamente de la caridad de la princesa.

—Lo sé, pero solo necesito un poco más de tiempo.

—Y mañana será el baile, ¿vas a ir?

—No puedo no ir. Es en esta casa, y Margerit desea que esté en él. No puedo negarme, después de todo lo que ha hecho por mí.

Larah mira a Ron y a Margerit juntos. Sonríe y coge mis manos.

—Se les ve bien —señala Larah—. Aunque sé que ahora no crees mucho en el amor, y esas cosas, necesito contarte algo.

—Adelante.

Me explica que conoció a un hombre en el mercado, con su madre. Es un empresario adinerado que odia los bailes de sociedad. Estuvieron hablando y se han visto varias veces, cuando han ido cerca de su fábrica. Ella está muy emocionada con él, y este ha prometido aceptar la invitación de la princesa. Acudirá a su primer baile de la temporada.

—Estoy muy nerviosa. ¿Y si cuando bailemos no somos perfectos el uno para el otro?

Mi mente va a los bailes con Adam. Éramos perfectos, pero uno de los dos vivía una mentira.

—Eso no importa. Lo que importa es que, si alguno tropieza, el otro te mire con una dulce sonrisa. La perfección está sobrevalorada.

—Es cierto. —Coge una galleta—. Ahora come una galleta, por tu amiga del alma. —Me pone ojitos y al final claudico.

Margerit y Ron se nos acercan emocionados. Nos cuentan que están planeando un viaje, para cuando acabe la temporada, en uno de los barcos de Margerit.

Hablan de dónde irán, y siento deseos de escapar de todo. De vivir aventuras que hagan que mi corazón deje de llorar.

Pero acepté a Adam y renuncié a todo por él.

Ahora no tengo nada más que un matrimonio infeliz.

Adam

No puedo centrarme sin ella.

Ahora me estoy preparando para la fiesta en casa de Margerit, sin saber qué narices voy a decirle para que me perdone. Para que entienda que, a pesar de todo, la amo, y es la mujer más increíble de mi vida.

Siento que el tiempo corre en mi contra, que si no hago pronto algo, la perderé para siempre y, si la pierdo, será como morir marchito en mi castillo.

—Tiene que decirle lo que siente —apunta Landon.

—Si ni siquiera ha perdonado a la señora Aura.

Esta fue a verla y Bella le preguntó si lo sabía. Cuando la señora Aura le dijo que sí, Bella se levantó y se fue, sin querer saber nada más. Para ella, que todos la hayamos engañado, es aún más doloroso.

—Nosotros solo queríamos que siguiera adelante para que volviera a amar; que dejara de estar perdido. Pero no lo hicimos bien ninguno. —Agacha la mirada.

—No, está claro que no.

—La echamos de menos. Bella era la alegría de esta casa. Tiene que recuperar a su duquesa.

—Lo haré, pero no sé cómo. ¿Alguna idea?

Me mira impactado, porque le pida consejo. No es algo habitual en mí, la verdad.

—Ábrale su corazón. El corazón nunca miente.

Asiento, sin saber qué decirle o cómo expresarle lo que había en mi corazón. Hace años lo cerré al mundo y ahora no sé cómo dejarme llevar sin parecer un bruto.

Capítulo 36

Anabella

Miro nerviosa a los invitados.

Ellos también me observan, porque los rumores dicen que ha pasado algo entre mi marido y yo, y que, por eso, no estamos juntos.

Margerit ha corrido el rumor de que quiere organizar una boda para su amigo y que, mientras la planeamos juntas, busco que todo sea una sorpresa para Adam. Por ese motivo, estoy en su casa.

La gente se lo ha creído a medias, pero ella ha insistido con la idea, ya que sus sirvientes dan fe de que Adam ha venido casi todos los días. Me traía rosas rojas cada amanecer, para que las viera al despertar.

Al parecer, es cierto que Adam, aunque no ha pedido verme, si ha sido él quien venía a hablar con su amiga, para comprobar cómo estaba. Lo de las rosas lo sabía, porque no hay día que no me las envíe.

Ya no hay apuesta que ganar. O sí… Eso es lo que me tiene tan decaída, porque ya no lo creo. Ya no confío en sus detalles.

Me pregunto todo el rato si no existe algo más para forzarle a hacerlos, y mis dudas me invaden a cada instante, porque no sé lo que fue real entre los dos.

La gente lleva máscaras porque es una fiesta donde se deben portar.

Yo llevo una de color dorado atada. No me sentía cómoda sin ella y, por primera vez, he entendido por qué Adam se ocultó de las miradas y de los comentarios horribles de la gente.

Camino por el salón y veo a Larah hablando con su pretendiente, cerca de su madre.

Me lo ha presentado al llegar y me ha parecido un buen hombre.

La gente no deja de mirarme y odio la lástima que vislumbro en sus ojos. Algunas personas hasta se alegran de que todo me pueda ir tan mal, pero, a pesar de eso, me saludan porque ahora soy una duquesa y no quieren enemistarse conmigo.

«Hipócritas».

Ando por la sala hasta que siento que él está aquí. Ha venido.

Alzo la mirada, buscándolo.

Lo veo bajando las escaleras sin máscara, sin nada que cubra

su bello rostro. Siempre desafía a las masas.

Su mirada se centra en mí, como si no tuviera dudas de que bajo esta máscara se encuentra su esposa.

Siento cómo el corazón se me para un segundo, antes de latir como un loco, por su intensa mirada.

Lo he echado terriblemente de menos, pero no sé si lo que añoro no existe.

Camina hasta mí y, cuando llega a mi lado, se detiene.

La gente nos mira con atención.

No quiero un escándalo y, por eso, cuando coge mi mano y la besa, acepto el beso, sintiendo cómo la piel me vibra por su contacto y caricias.

Aparto la mano y dejo que se quede a mi lado, para que la gente deje de mirarme con pena.

—Lo siento, Bella —dice mirándome de reojo.

—No es momento de hablar…

—Para ti no ha habido un buen momento en días.

—Me lo merezco. Me has hecho vivir una mentira —rumio entre dientes y noto la rabia crecer en mi pecho.

—No todo fue mentira…

—No todo —repito con burla y me marcho hacia la zona de baile.

Pronto, un hombre tira de mí para bailar.

No tengo ganas de bailar con nadie, pero tampoco estoy lista para estar al lado de Adam, mientras tira por tierra nuestra historia de amor. Ahora siento que solo sedujo a una pobre virgen para que se casara con él, por una apuesta.

Mi lado curioso y aventurero me lanzó de cabeza hacia la guarida del lobo sin saberlo.

«¡Qué estúpida fui!».

Giro en la pista, hasta que noto unos fuertes brazos que me atraen hacia él.

—Vas lista si esperas que me quede mirando cómo bailas con otros —me dice Adam al oído.

—¿Has hecho una nueva apuesta de cuándo volvería a casa? Ojalá te hubieras tomado tan en serio mi amor como esa apuesta.

—Sin esa apuesta, tal vez nunca hubiera existido un nosotros. ¿Cómo puedo arrepentirme de lo que te trajo a mí y me hizo salir de mi castillo?

Estamos murmurando, pero la gente nos observa curiosa.

Nos callamos y, al acabar el baile, salgo de la sala hasta los jardines, sabiendo que Adam me seguirá.

Se pone a mi lado, cerca de los rosales de la princesa.

—Yo no quería vivir. Estaba metido en mi mundo, y el odio

hacia mi primo me hizo aceptar esa apuesta porque, si yo ganaba, lo perdería de vista para siempre. No sabes cuánto lo odio.

—No lo sé, porque no me has contado mucho de ti mismo. Lo que hemos vivido, ha sido solo por una apuesta. Creo que amo a alguien que no existe.

—¡Tú siempre me viste! ¿Cómo puedes dudar de eso?

—¡Porque me engañaste!

—Y lo volvería a hacer una y mil veces si así te tengo en mi vida y consigo salir de mi agujero.

—No te arrepientes.

—No, por eso no te dije nada. —Veo la verdad en sus ojos—. No me arrepiento porque esa apuesta me dio la fuerza para vivir de nuevo. No me arrepiento porque, sin ella, tal vez no me hubiera esforzado por estar a tu lado y te hubiera perdido. No me arrepiento porque eres mi esposa por ella. ¿Cómo puedes pedirme que me arrepienta de lo único bueno que me ha pasado en años?

—Porque forzaste una historia que tal vez no estaba destinada a existir. —Noto las lágrimas, empapar mi máscara—. Yo no sé ahora mismo quién eres.

—Lo sabes, Bella. Todo fue real, a pesar de los medios que me llevaron a ello. Todo fue real. Lo más real de mi vida. Pero si esperas que te pida perdón por la apuesta, lo siento, pero no puedo.

El dolor se instala en mi pecho. El miedo de no saber qué es real y qué no. Es como si mi amor solo fuera el deseo de una niña huérfana que ansiaba el cariño de alguien en la vida.

—Vuelve a casa conmigo. Te necesito.

—No puedo… No puedo estar a tu lado.

Empiezo a irme, pero sus palabras me detienen.

—Si te pido perdón por algo, es por no haberte dicho antes cuánto te amo.

Lo miro con el corazón hecho añicos porque he ansiado su te amo, y, ahora que lo tengo, no lo creo.

No creer en sus palabras me destroza por dentro.

Cuando se pierde la confianza por alguien es muy difícil que todo siga como si nada.

Adam

—Al final entenderá cuánto la amas. —Mi amiga Margerit se me acerca.

—No deberías escuchar tras los matorrales.

—Le he cogido cariño a tu esposa y tú eres mi amigo.

Nos quedamos en silencio.

—No sé cómo explicarle lo que siento.

—Bella es una mujer muy inteligente. Necesita perdonarte y volver a confiar en ti.

—Eso no lo hará lejos de mí.

—Tal vez, no, pero de alguna forma estás ahí cada día. —Acaricia las rosas—. Lo mejor, para que las rosas crezcan bellas y hermosas, es la paciencia, querido. No la pierdas por tener prisa con tu flor más valiosa.

Regreso al baile con mi amiga y doy espacio a Bella.

Me cuesta mucho. Cada vez que me mira de reojo quiero ir hacia ella y sacarla a rastras para llevarla a casa. Estar cerca de Bella, estando tan lejos, me mata, pero si así me perdona… Tendré que aceptarlo.

Por una vez, quiero hacer las cosas bien.

Capítulo 37

Bella

Leo en el saloncito pendiente de la puerta, sabiendo que Adam está en el despacho hablando con Margerit.

Viene cada mañana a traer las rosas en persona. Luego, se queda en el despacho trabajando y, antes de la comida, se va. No pide verme, pero está cerca, me da mi espacio, pero sin alejarse de mí.

Que haga eso, me calma más que sus palabras.

Si ejerciera sus deberes como esposo para obligarme que estuviera a su lado, sé que regresaría, pero mataría algo más en mí, y eso sería irreparable.

El reloj marca las once y recojo mi libro para alejarme.

Siempre se va a la misma hora. Creo que para que así pueda elegir verlo o no.

Me meto entre las cortinas y lo veo irse. Se detiene, mira hacia atrás, como cada día, y me escondo mejor, aunque sé que sabe que estoy cerca.

Me siente, de la misma forma que yo lo siento a él.

Contengo la respiración y lo escucho irse.

Lo miro de nuevo, preguntándome si un día podré perdonarlo de verdad. Si un día creeré cada una de sus palabras sin miedo.

Llaman a la puerta de mi cuarto. No lo escucho enseguida, por

los truenos. Está lloviendo mucho.

Cuando abro, veo la carta en el suelo, con partes mojadas por la lluvia, y una rosa roja sin espinas encima.

Miro a todos lados para ver si lo veo.

Está bajando las escaleras. No se gira. Me da espacio, me deja mi tiempo.

Mi corazón late con fuerza, pero esta vez con un poco menos de dolor.

Cojo la carta y la flor, y entro al dormitorio para leerla.

En la carta me habla de sus padres, de lo que fue para él perderlos.

La siguiente carta llega dos noches después. Habla de cómo se dejó llevar por gente que no merecía la pena:

En ese momento solo quería sentir alguna cosa más. Algo diferente al dolor que se había quedado anclado en mi pecho. Solo quería sentirme vivo una vez más…

No lo logré.

Seco las lágrimas de mis mejillas y entiendo un poco más a Adam. A ese hombre que se dejó llevar porque los echaba de menos.

Espero con ansias la siguiente carta, en la que habla de lo que pasó la noche que le cambió la vida:

Esos días el castillo estaba lleno de gente. Tú lo sabes, porque estabas allí. Me sentía poderoso. Me sentía el rey. Era como desafiar a mi abuelo.

Mi abuelo me dio la espalda tras la muerte de mis padres, al igual que mi familia. Tenía mucha familia, pero nadie quiso hacerse cargo de mí.

Eso hizo que me refugiara en personas que no debía.

Esa noche, mi primo, lord Radcliffe, insistía en que me casara con su hermana.

Yo lo rechacé, como había hecho cientos de veces.

Ellos ansiaban mi título de duque como fuera. Si yo muero, pasará a él, pero querían que fuera parte de la familia antes.

Su hermana me acosaba, trataba de meterse en mi cama, pero esa noche fue a peor.

Salió desnuda de mis estancias y dijo que yo había mancillado su nombre, y que no quería casarme con ella.

La gente empezó a murmurar que era mi deber, pero me negué.

Ella odió que ni, aun así, quisiera casarme con ella.

Esperó a que estuviera borracho para cortarme la cara, y me dijo que si no era de ella, no dejaría que fuera de nadie.

El resto ya lo sabes.

Te vi, y tú me miraste sin horror, tras haber comprobado como varias

personas se apartaban asqueadas.

Ninguno hizo amago de ayudarme.

Curaste mi herida, y lo demás no lo recuerdo bien.

Murió uno de mis primos al tirarse por el balcón y se corrió el rumor de que había sido yo, porque enloquecí tras ver cómo se me había desfigurado el rostro.

La gente me dejó de hablar, porque mi prima y su hermano lord Radcliffe esparcieron rumores horribles sobre mí.

Ella se casó con un lord, obligada por mi abuelo, y mi primo ha estado cerca de mí solo para amargarme la vida, y recordarme que, cuando muera, todo será suyo al no tener descendencia.

A veces he sentido que todo lo que pasó esa noche fue por su culpa, pero sé que también fue mía, por dejar entrar en mi casa a personas que nunca fueron mis amigos.

Cuando caí en desgracia, me dejaron de lado y nadie dio la cara por mí. La gente me miraba asqueada y me cansé de eso. Por eso, lo de la máscara. Así podía dar miedo sin dar lástima. La gente solo veía al monstruo en el que las historias de mi primo me habían convertido.

Por eso, cuando me hizo esa oferta, ganar a cambio de perderlo para siempre de mi vista, acepté.

Odiaba tenerlo cerca. Me recordaba constantemente esa noche.

Mi primo creía que no me amarías, porque, según él, fuiste testigo de lo que pasó esa noche, y me viste tirando a mi primo por el balcón. Opina que, en el fondo, nunca podrás amar a un asesino…

No quiero más secretos, Bella, y por eso te lo cuento.

Me hubiera gustado hablarlo contigo en persona, pero no es nuestro tiempo. Tengo la esperanza de que un día lo sea.

Tuyo siempre, tu fiel esposo, Adam.

Noto dolor en el pecho y, lo peor, es que no paro de releer las últimas palabras porque siento que es verdad. Yo vi lo que pasó esa noche. Tengo pesadillas con rosas llenas de sangre y empiezo a pensar que no eran por Adam.

Cuando me acuesto esta noche, tengo un sueño que da más veracidad a estas palabras.

—Tú no has visto nada…

No veo la figura, pero alguien me ordenó que no dijera nada. ¿Fue Adam? No lo sé.

Adam

—Ha regresado. —Miro la puerta donde está Elias y espero

que me diga que se trata de Bella—. Lord Morris ha regresado a la ciudad.

El dolor estalla en mi pecho.

—Me marcho.

—Si lo mata…

—Encárgate de todo, porque pienso tirar su cuerpo al río. Ese cerdo no merece vivir. Es un maltratador, y tal vez un asesino. Siempre dudamos de la versión que dio por la muerte de mi prima. Hoy se hará venganza.

Salgo del despacho dispuesto a encargarme de la basura. Al fin hoy podré vengarme de ese hombre que hirió a la mujer que amo.

Capítulo 38

Anabella

Adam me ha mandado cartas donde me cuenta lo que hace durante el día.

He estado tentada de dejarle una mía, pero no he podido. Cuando leo sus cartas, una parte de mí no le cree. No siento que me diga la verdad. Temo que una vez más esté jugando conmigo. Aunque sé que no es así, pero el miedo no me deja creer en sus sentimientos por mí.

—El viaje va a ser un éxito —comenta Ron, dejando unos papeles de la ruta sobre la mesa.

Margerit se acerca a él y no se me pasa desapercibida la caricia que le da en la mano. Ron pasa mucho tiempo en esta casa, incluso noches, pero no seré yo la que cuente nada.

Es por la tarde. El atardecer ya ha empezado a caer por la ciudad, por lo que venga Larah con su madre me sorprende, hasta que me enseña un precioso anillo de compromiso.

Me abraza feliz.

—Estoy muy emocionada con la boda.

Hablamos de la ceremonia y eso me recuerda mi boda inexistente. Me pregunto si fue así porque Adam tenía ganas de ganar la apuesta y esa fue la razón por la que no se molestó en pensar si yo querría algo mejor.

La desconfianza empaña de nuevo ese momento que para mí fue perfecto.

—Por cierto, vi a tu padre antes de venir. Iba para su casa.

La miro asimilando sus palabras.

—¿Has visto a mi padre?

—Sí, ha debido volver del viaje. Tal vez se pase para felicitarte por tu boda.

Se me cae el alma a los pies.

Adam juró matarlo.

Estamos enfadados, pero, si lo mata, lo pueden condenar a muerte. Mi padrastro no merece que nadie acabe con una condena así.

—Tengo que irme… Tengo que irme… Tengo algo que hacer… Yo…

Salgo corriendo hacia las caballerizas y no me detengo, a pesar de que me lo piden.

Subo en el primer caballo que veo con la silla, tras ponerme unos guantes que dejé olvidados por la mañana, para aferrarme mejor al arnés.

Me marcho a toda velocidad a la casa de mi padre. Si Adam lo mata, será su fin. Tengo que llegar a tiempo.

Al llegar, ha empezado a llover y no hay nadie por la calle, por la oscuridad de la tormenta y que la tarde comienza a convertirse en noche.

Llamo a la puerta, pero no me abre nadie. Mi padre no ha debido de pagar a los sirvientes y se han acabado por ir.

Toco la puerta y compruebo que está forzada.

Adam está dentro.

Entro y escucho el ruido de cristales rotos, un mueble caerse y un tiro.

Se me hiela la sangre, y temo que Adam esté herido.

Abro la puerta de la biblioteca y veo a Adam en el suelo, tocándose el costado. Sus dedos están llenos de sangre.

Mi padre alza la pistola para rematarlo, mientras Adam se levanta, pero entonces me ve y se queda quieto. No hace nada para salvarse.

No pienso las cosas, y cojo uno de los cristales del suelo para ir contra mi padre.

Le doy con el cristal en el costado y se gira para mirarme. Por primera vez, no me he quedado quieta, por mi miedo a perder al hombre que amo, a pesar de todo.

—¡Bella, vete de aquí! —grita Adam, llegando hasta nosotros.

Mi padre me mira y se ríe.

Me agarra del brazo izquierdo y me levanta hasta hacerme daño.

No lo pienso y uso la mano derecha, para pasar el cristal por su mano.

Para de reírse y hace amago de pegarme, pero Adam se pone delante de mí y lo detiene.

Mi padre, enfurecido, lucha con Adam a muerte. Veo el odio en sus ojos. La rabia y la envidia.

La pelea cada vez va a más.

Mi padre tira a Adam, porque está más pendiente de mí, que de protegerse. Se pone sobre mi marido y le apunta con la pistola.

Adam hace amago de levantarse, pero mi padre dispara al suelo.

—Muévete y te mato —le amenaza, mientras busco algo para golpearlo.

Veo otra de sus pistolas, que usaba mi abuelo para los duelos, en el suelo.

La cojo con manos temblorosas.

—Podemos llegar a un acuerdo —dice mi padre—. Si me pagas una buena suma por haberte casado con mi hija, os dejaré con vida y me iré lejos.

—No soy tu hija —le indico, andando hacia él—. No soy hija de un ser horrible como tú, y ahora suelta a mi marido. —Apunto con la pistola a su cabeza.

—Qué ridícula eres. No sabes disparar. Siempre te he odiado, porque me tocó cuidar de una mocosa como tú, a cambio de dinero… Solo eras una carga. —Alza la pistola para apuntarme—. Tú no puedes matarme, pero yo sí.

Se ríe, y ese sonido me recuerda a esas noches donde venía borracho, me asustaba y me cortaba para divertirse.

Se me hiela la sangre y empiezo a congelarme.

Adam grita.

Mi padre carga el arma y siento que va a matarme, por diversión, porque tal vez sepa que Adam acabará con él, por el sufrimiento que me ha provocado toda mi vida. O, simplemente, porque es un ser despreciable.

Disparamos los dos a la vez, al tiempo que Adam lo golpea.

Espero el impacto del disparo, pero este no llega.

En cambio, mi padre, por el golpe de Adam, sí cae al suelo, herido por mi bala en la cabeza.

No le hubiera dado, pero el destino ha querido que ese leve movimiento me salvara a mí y lo condenara a él.

Iba a matarme.

Adam se levanta y viene hacia mí, mientras veo un mechón de mi pelo en el suelo. Si no lo llega a mover, estaría muerta.

Tiro el arma.

Adam me abraza con fuerza.

Tomo aire, intentando no ahogarme por lo que acaba de pasar.

Tiemblo como una hoja.

No nos acercamos a mi padre, porque en el fondo sabemos que su vida ha acabado esta noche. Queremos que su estela de maldad termine hoy.

«Iba a matar a Adam, y a mí. Nunca lo creí capaz de matarme. Lo he matado… ¿En qué me convierte eso?».

—Bella, mírame. —Adam coge mi cara entre sus manos. Su caricia me calma—. Ese desgraciado merecía morir por todas las veces que te hizo daño mientras no podías defenderte. Ese desgraciado mató a tu madre. Él mismo me lo ha confesado. Según me ha dicho, el médico aconsejó que no se moviera de la cama, pero la obligó a tener sexo con él. Acabó desangrada… Ese desgraciado no merecía vivir. Así

que, no quiero que lo que ha pasado te destroce, ¿me oyes? Eres una persona increíble y él no puede empañar eso. Ni yo.

Lo miro a los ojos. No parece estar bien, pero yo tampoco. Me está diciendo esto, me está abrazando y no soy capaz de notar el amor que sentía antes, porque temo que no sea real su amor por mí.

No creerlo me mata, porque lo amo con todo mi ser y estoy tan rota que no sé cómo ser la Bella de antes. Cuando me dice esas cosas, me fuerzo por ser la misma, por sentir todo igual, como si nada hubiera pasado entre los dos, pero no lo soy.

Tal vez nunca lo sea y eso me aterra.

Me separo de él.

No me siento segura entre sus brazos, cuando en este momento lo necesito más que nunca. Me mata no sentir eso, después de todo el tiempo que hemos estado separados. Después de lo que ha pasado, después de lo mucho que lo amo, pero lo de mi padre me ha afectado porque, cuando me apuntó con el arma, volví a ser esa niña que aceptaba la vida que le había tocado, porque sabía que no tenía opciones.

Siento que Adam me quitó la opción de un amor real. De poder casarme con un marido que nunca me engañará.

Odio sentirme así.

Odio mirarlo a los ojos y añorarlo, y, a la vez, querer estar lejos de su presencia, pero no sé cómo cambiarlo.

—Entonces déjame ir.

—¿Qué?

—Si te importo, déjame libre para que pueda volver a ti.

—¡No puedo hacer eso! ¡Me mata no tenerte cerca! ¡Estos días han sido una pesadilla!

—Y a mí me mata estar a tu lado, porque trato de sentir lo mismo y no puedo… —El olor a sangre me da náuseas—. Este no es un lugar para hablar.

—Esto no acaba aquí. Ahora vete sin ser vista. Yo me encargo de todo.

—No, si queremos que esto sea creíble, tengo que llamar yo a la policía y decir que vine a ver a mi padre, al saber de su vuelta y me lo encontré así. —Me quito los guantes que me puse a la carrera y se los tiendo—. Llévatelos y quémalos. Tienen rastro de pólvora.

—No, yo me encargo de todo…

—¡No necesito tu ayuda! Yo quería a un amigo, a un esposo, a alguien en quien confiar… y tú lo has destrozado todo. Si tan solo me hubieras contado la verdad…, pero ahora la sé y llega tarde, Adam. —Veo dolor en sus ojos—. Vete. Esta duquesa no necesita nadie que la salve.

—Todos necesitamos a alguien que nos salve. Hasta yo.

Se marcha y, tras esconder varias joyas de mi padre en mi bolsa, que tiene en la caja fuerte, voy hasta la puerta y empiezo a gritar, alertando a la gente.

Algunas personas entran y pido que llamen a la policía.

Grito, desconsolada, explicándoles que entré a la casa y la puerta estaba forzada, que han debido venir a robar o cobrarse alguna de las deudas de mi padre.

La gente murmura que parece un ajuste de cuentas. De todos era sabido el dinero que mi padre invirtió en el juego y muchos comentan que podía acabaría muerto por el juego.

Adam llega haciendo su papel de esposo, y veo que no se le notan las heridas. Ni siquiera la del costado.

Aunque no lo pienso admitir ahora, ver que está bien, me relaja.

Me lleva fuera con la policía, para que les cuente todo.

Coge mi mano y lo dejo hacer, pero siento el frío congelar mi cuerpo. No sé cómo prender las ascuas en un lugar donde antes ardía el fuego infinito.

Adam me lleva de vuelta a casa de la princesa.

—Esto no acaba aquí. Eres mía.

—Te importa más eso que como me siento. He leído tus cartas, he estado cerca de ti… pero no puedo cambiar lo que has matado en mi pecho. Cuando te miro, ya no me siento en casa.

Noto que el dolor en sus ojos es infinito, como el de una noche sin estrellas.

—Bella, te pido perdón por todo eso. Pero… no por tenerte en mi vida, a pesar de todo lo malo. Eres mi rosa más fuerte en medio de la destrucción. La más pura, la más bella. No puedo…

—No puedes pedir perdón porque tu egoísmo te hace creer que todo vale para tener lo que deseas.

—No, no puedo porque esa apuesta me llevó a la mujer que amo, y no cambiaría ni uno solo de mis errores, si gracias a ellos, te amé. ¿Acaso no lo ves? Puedo pedirte perdón por mil errores, pero no por el que me llevó a tus brazos.

En el fondo lo entiendo, pero estoy muy agobiada por lo de mi padre. Por no haber sentido lo mismo en su pecho. Por tenerlo delante y solo querer estar sola. Porque quiero que todo sea igual, y temo que solo sea una mentira.

—Nunca he fingido a tu lado, Bella. Me conquistaste con la primera de tus sonrisas. La apuesta me dio el valor de luchar por ti. Un valor que perdí cuando mis padres murieron, pero eso no hace menos real cada momento vivido juntos. No se puede fingir un amor así. Deja de engañarte a ti misma y mira la verdad que hay en ti. En el fondo sabes que digo la verdad.

—No sé nada. Solo sé que por ti he renunciado a mi posibilidad de vivir aventuras.

—Creí que juntos viviríamos la mayor aventura.

Alza la mano para acariciar mi mejilla.

Tiemblo y no sé si es porque ansío su contacto o porque temo lo que sentiré cuando me toque. O lo que no sentiré ante sus caricias.

Se marcha y me quedo sola, agitada y nerviosa, sin saber qué paso dar ahora.

Capítulo 39

Adam

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —Margerit se me acerca y pone su mano sobre mi brazo.

—Solo júrame que cuidarás de ella.

—Cuidaré de ella. Te lo juro, pero podrías hacer las paces y veniros los dos.

—No me quiere cerca, y no pienso forzarla a nada más. Si ella quiere aventuras, pondré el mundo a sus pies para que las viva.

—La amas de verdad.

—Con toda mi alma, y por eso quiero que esté a mi lado, porque sea lo que más desea. No porque soy su obligación. Prefiero una vida sin ella, imaginando que es la mujer más feliz del mundo en alguna parte, que una vida a mi lado, viendo que es la mujer más desdichada de la Tierra.

Mi amiga me abraza.

Me ha costado mucho llegar a entender esto. A comprender que el amor de verdad no es el que oprime, sino que es el que te da la libertad de volver cada día a ti libremente.

Ha pasado una semana desde lo del padre de Bella, y gracias a mi dinero he ayudado a la policía en la investigación, y hemos llegado a la conclusión de que ha sido un ajuste de cuentas.

Caso cerrado.

No piensan seguir investigando porque hemos descubierto que el padre de Bella debía dinero a demasiada gente peligrosa, y no queremos meternos en esos círculos.

No he visto a Bella desde entonces, pero cada día le he mandado flores y he estado aquí cerca.

Por eso, sé lo del viaje, y hoy he venido a traer baúles con ropa para Bella, y dinero. He mandado preparar esto, para que no le falte de nada en sus aventuras.

—Es cierto, aunque duele verla marchar. Ella te ama, y tengo fe en que se dé cuenta de lo mucho que la amas tú. Eres un buen hombre, aunque a veces te ha costado verlo entre tantas capas.

—Yo ahora solo veo a un hombre muerto. Sin ella no soy nada, Margerit. —Le tiendo un collar con un colgante de una rosa de color rosa, como la que llevo en la mano—. No podré mandarle rosas cada amanecer, pero me he encargado de que esta joya brille con

fuerza al sol, como si cada amanecer le llevara rosas a mi esposa.

Margerit lo coge con lágrimas en los ojos y me da un abrazo de despedida. Se van en dos días.

Salgo del despacho a la hora de siempre y miro hacia donde sé que está Bella. Espero que corra a mis brazos, pero no lo hace.

—Mi padre tenía un truco para las rosas —digo hacia la cortina. Antes de irme quiero dejarle esta flor de color rosa. La dejo en el suelo. Es una rosa de color rosa, con toques rojos—, para que crecieran todo el año. Mi madre adoraba el blanco y creó una de un blanco puro, por ella. Cuando todo pasó, creé la rosa más roja, usando sus técnicas. Ahora mis rosas serán como tú, Bella. Mi rosa más pura será del color de tus mejillas sonrojadas, cuando un beso acaricia tu boca. Cuando las mire, recordaré que un día fui digno de tu amor. Ojalá un día podamos ver el castillo repleto de ellas. Un nuevo comienzo.

Escucho sus sollozos, pero sigue escondida. Veo cómo se sujeta a la cortina.

A pesar del dolor, sonrío mientras por dentro me muero.

—Te amaré siempre… —le indico—. Cuando vuelvas, te estaré esperando con los brazos abiertos. Sé feliz viviendo tu aventura soñada.

Me marcho y cada paso lejos de ella me duele en el alma. Es como si esta se estuviera despegando de mi cuerpo para quedarse con ella, porque sé que sin ella solo soy un hombre vacío que vivirá la vida sin sentirse vivo.

Anabella

Llegamos al puerto, sujeto la rosa entre mis manos, como si la vida se me fuera en ella.

Ha creado una rosa por mí.

No estoy bien. Desde que Adam se fue y me trajo los baúles llenos de mis cosas y el collar de la rosa, no he parado de dar vueltas a sus palabras. A su triste te amo y a su forma de amarme tan pura. Me ha dejado ir porque ha entendido que no puedo estar a su lado, a pesar de que eso lo mate. Lo he sentido en sus palabras. Estaba roto de dolor.

Estoy a punto de embarcarme en una gran aventura y no siento la felicidad que siempre creí.

Margerit me ha dicho que Adam ha regresado a su castillo, tras la visita de esta mañana.

Va a encerrarse de nuevo en él. Lo sé.

Me duele el pecho por lo que me hizo, pero no me duele tanto

como saber que estaré sin verlo meses. O años.

Salimos del carruaje y vamos hasta el barco.

Larah me espera junto a su marido. Se casaron hace una semana, en una boda sencilla y preciosa.

—Te voy a echar mucho de menos. —Nos abrazamos con fuerza—. ¿Vas a estar bien?

—Sí.

—¿De verdad? Tu marido te ama y sé que lo que hizo no estuvo mal, pero yo lo entiendo. Estaba perdido hasta que te conoció.

—Lo sé, pero yo también estaba rota, y lo que hizo me hace sentirme perdida a su lado.

—¿Y por eso te vas?

—Me voy para perdonarlo y volver a él sin miedo.

—El miedo existirá siempre, Bella. Solo se irá si se aprende a vivir con él con el tiempo. Apenas os conocéis y, en vez de quedarte y luchar por tu amor, te marchas. Tal vez lo que pasa es que no lo amas tanto como creías… Si es eso, lo entiendo.

»Pero si te vas porque lo amas, estás tomando el camino fácil. Siento decirte esto antes de irte, pero no me quería quedar con ello en el pecho. Por el amor de tu vida, se lucha, y, si no lo haces, es porque en realidad no solo te mintió él, sino que tú creíste amarlo porque necesitas a alguien que te diera cariño por primera vez en tu vida.

Me avisan de que nos vamos y me despido de mi amiga, sin dejar de pensar en sus palabras.

¿Acaso no amo a Adam y por eso me marcho? ¿Acaso fingí mi amor por él, por tener algo real? ¿Acaso me marcho porque la mayor mentira que viví fue inventarme mi amor por él y por eso no lo perdono?

Veo a Adam a mi lado, con sus miradas, sus gruñidos y sus enfadados. Tenía que conquistarme, pero no podía fingir felicidad al principio. Conforme nos fuimos conociendo, su mirada cambió. Al igual que su forma de estar a mi lado.

¿Solo por una apuesta?

Adam tiene dinero suficiente para construir otro castillo y lleva soportando a su primo años, porque estaba encerrado en esa construcción, donde él iba.

Solo era una apuesta más, pero la apuesta le dio la vida…

Por eso no puede arrepentirse.

Lo veo sobre mí, besándome, y siento sus caricias. Me acuerdo de los amaneceres, de los ramos de rosas y cómo esperaba que le diera una oportunidad. Su último te amo, las palabras a Margerit, donde me indicaba que me dejaba ir por mi propia felicidad.

El dolor en su voz se hace más real que nunca.

No soportaba dejarme marchar.

—Yo ahora solo veo a un hombre muerto. Sin ella no soy nada, Margerit.

Estaba tan perdida en mi propio dolor y miedo, que no he visto más allá. No me he parado a pensar en cómo se sentía él. Me engañó, pero empiezo a comprender que tristemente la apuesta le dio fuerzas para vivir de nuevo. El reto de ganar, le dio una salida de su oscuridad, y, aunque su meta era ganar la apuesta, el juego cambió de forma y se convirtió en una partida donde el amor estaba presente.

Por eso, no puede arrepentirse de la apuesta, porque, sin ella, tal vez nuestros caminos nunca se hubieran cruzado.

Sujeto la flor y me corto con una de sus espinas.

El dolor es parte de la belleza, porque si no existiera la tristeza no sabrías reconocer la alegría cuando la encuentras. No valorarías el instante mientras amas, a pesar de todo.

Chupo la sangre, sabiendo que esta herida no dejará marca, pero, si me marcho de aquí, nunca podría perdonármelo.

Siempre he amado las aventuras y ahora huyo. La vida es un riesgo, el amor incierto… No soy una cobarde. Ya no. Soy una superviviente de la vida.

Miro el barco que me llevará lejos de él, y me imagino un amanecer sin sentirlo cerca. Solo de pensarlo, siento que me muero. Estábamos enfadados, quería distancia, pero en el fondo estaba ahí.

Ahora que estoy a punto de irme sin él, el miedo de no tenerlo cerca me asfixia.

No podemos solucionar las cosas con kilómetros de distancia entre nosotros y quiero estar a su lado, para confiar de nuevo en él. Quiero darme cuenta a su lado de que lo nuestro es de verdad, a pesar de los caminos que nos llevaron a los brazos del otro.

Miro a Margerit y sonríe como si supiera lo que le voy a decir.

—Ese carruaje te llevará con tu marido. —La abrazo y Ron se nos acerca para despedirse—. Lucha por él, Anabella. Huir siempre es el camino fácil, pero no el acertado.

—Me ha costado darme cuenta —le indico.

Subo al carruaje y le digo que vaya hacia el castillo de Adam.

Necesito verlo cuanto antes. Necesito abrazarlo, y esta vez disfrutar de su contacto. Lo he echado terriblemente de menos. Necesito luchar por nosotros con todas mis fuerzas.

Sé que, si no hubiera vivido todo el horror con mi padre, lo habría perdonado antes, pero han sido años de pesadillas, y tenía mucho miedo. Me quedé una vez más paralizada por el miedo y no me dejaba avanzar. No me dejaba ver el camino.

Sigo temblando, pero al fin he visto la verdad.

Adam no es como mi padre. Él me ama y es hora de que

avancemos juntos.

No lo amo porque sea la primera vez que alguien me da cariño, ya que Ron es el hombre prefecto para mí, y nunca hubo amor.

Lo amo porque es él y, sin él, no habría amor.

Estamos destinados a ser un todo en un mundo de espinas.

Capítulo 40

Adam

Ando por el castillo, mientras escucho la lluvia caer.

No hay sirvientes. Están todos en mi casa de Londres.

Quería estar solo. Deseaba la soledad, mientras decido qué camino tomar en mi vida. Mientras decido qué hacer con este castillo, que tantas alegrías me dio de niño, pero que tantas desgracias vio después.

Me aferré a él por los recuerdos con mis padres y ahora sé que haré lo mismo por los recuerdos de Bella, pero siento que, por aferrarme a este castillo, la he perdido.

Saber que cada segundo que pasa está a más kilómetros de mí, me está matando.

Camino por los silenciosos pasillos y voy hasta la habitación desde donde mi primo se precipitó al vacío.

Miro el balcón y no está muy alto. Siempre pensé que la altura no fue lo que lo mató. Fue la pelea, pero yo era un egoísta, al que no le gustaba pelear.

Por eso, algo no me cuadra.

No recuerdo nada de lo que pasó esa noche.

—Qué casualidad encontrarte aquí.

Me giro para mirar a mi primo lord Radcliffe, que entra en el amplio balcón, a pesar de que la lluvia nos golpea a los dos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido para hacerte compañía.

—El trato era que te perdía de vista para siempre. ¡Largo de mi castillo!

—No, tengo otros plantes. Ya que estás aquí solo, no pienso desaprovechar esta oportunidad. Hace tiempo que no estás solo. Siempre tienes a alguien cerca… ¿Cómo podía acabar contigo? —Lo miro enfurecido y se ríe—. Vamos, primo, no creo que te sorprenda que quiera tu muerte. Si tú mueres, yo heredaré todo tu dinero y el título. Así lo dispuso el desgraciado de nuestro abuelo. ¡Yo merecía más! Soy tan nieto del abuelo como tú. Aunque no lleve su sangre, llevo su apellido, y eso me da todo el derecho. Esa noche debiste morir con tus padres… —Agrando los ojos y se ríe—. ¿Nunca has pensado en qué pudo pasar? Mi padre destrozó las ruedas para que estas se salieran y así acabar con su hermano, y con toda su familia,

pero caíste enfermo, y, desde entonces, nadie te ha dejado solo. Siempre andaba alguien cuidando de ti. Esos puñeteros sirvientes que nunca te dejan solo… Para matarte, necesitaba hacerlo de forma que nadie me inculpara.

Voy hacia él, ciego por la rabia.

Siempre sospeché algo, pero en el fondo quería creer que no había nadie tan cruel como para matar a mis padres… ¡Qué engañado estaba!

Luchamos a muerte. Saca un cuchillo y lo esquivo.

—Empiezo a pensar que sabes lo que pasó esa noche con tu hermano.

Se ríe.

—Claro que sí, yo lo maté. Quería contarte todo, porque me descubrió hablando con mi hermana tras herirte. Suceso que ocurrió porque yo se lo ordené. Nadie te odia tanto como yo, pero no lo dejé. Lo apuñalé y lo tiré por el balcón. Solo me quedaba silenciar a tu mocosa.

Golpeo su cara y lo cojo de la chaqueta, empapada por la lluvia.

—¡¿Qué le hiciste a Bella?!

—Ella estaba ahí, y lo vio todo. No lo pensé dos veces. La cogí y la tiré por el balcón, hacia unos rosales. Cuando miré, se había golpeado la cabeza con una piedra. Esperé a que se muriera, pero eso no ocurrió. Aunque se olvidó de todo. El miedo a que supiera algo siempre ha estado ahí. Por eso, lo de esta apuesta. Buscaba que te enamorares de ella y así supieras que una vez muerto, yo cuidaría de la jovencita —dice con un tono que me pone los pelos de punta—. Os vi esa noche, cuando ella te curó. Cuando te miró sin miedo, sentí que esa niña podía ser especial para ti, y que sería un placer matarte y hacerme cargo de ella. Sé que no está embarazada, pero la cuidaré muy bien, como prima que es, y tú odiarás estar en el infierno sin ella, sabiendo que la mujer que amas está en mis manos. Eso era lo que quería… —Enfurecido, le golpeo de nuevo.

Me clava la navaja en el costado.

Gruño de dolor, pero sigo defendiéndome. No dejaré que este desgraciado esté cerca de Bella. No dejaré que la toque.

Luchamos a muerte, y me hiere otra vez. Noto cómo la pérdida de sangre me está debilitando, pero no me rindo. No puedo hacerlo porque si no la dejaría en manos de este desgraciado, que ya trató de matarla hace años.

Pienso en la herida de la nuca de Bella y sé que fue de ese momento. Ella casi murió. Nadie la vio, porque seguro que el padre de Bella la cogió, siendo cómplice de mi primo, y se marchó con ella.

Peleamos hasta que no puedo más y se pone sobre mí. Se ríe,

sabiendo que me va a dar un golpe letal.

—Lo siento, primo. Esto no es contra ti. Es que no me han dejado más opciones para poseer más poder. El poder lo es todo en la vida. La gente mira siempre hacia otro lado, si el dinero manda. Pueden perdonar a una bestia como tú, solo por ser un adinerado duque.

—Aquí la única bestia que hay aquí eres tú —le suelta Bella, antes de golpearle con fuerza en la cabeza, con una pata de una de las mesas rotas de la sala.

Mi primo trata de recomponerse, tras la sorpresa de que se encuentre Bella aquí y le haya atacado, pero esta le golpea de nuevo.

Mi primo se abalanza sobre ella, pero me levanto de inmediato y voy hacia él para empujarlo con rabia por la barandilla del balcón. Sé que la altura no lo matará, pero me dará tiempo a poner a Bella a salvo, y así proseguir esta lucha a muerte.

Mi primo cae y escuchamos un feo crujido.

Cuando miramos hacia fuera, comprobamos que ha caído de una forma extraña y parece que no se mueve.

Aparto a Bella y la abrazo, asimilando que está aquí. Está a salvo y conmigo.

—Me has salvado. —Cojo su cara entre mis manos—. Has vuelto… Has vuelto… —Noto que la vida se me escapa de las manos y acaricio su mejilla para recordarla eternamente—. Te amo, Bella… Al menos, te he visto por última vez.

—Adam… —Caigo de rodillas y grita. Apoyo mi frente en la de ella—. Adam, no… Vamos dentro. Debo curarte.

Trato de levantarme, pero me cuesta un mundo.

Caminamos hacia el interior, mientras siento que las fuerzas me fallan. Caigo al suelo herido.

—Te amo, Bella. Te amaré, vaya donde vaya. —Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Te amo, Adam. No me dejes. No quiero esta vida sin ti. No quiero perder más segundos de nuestra historia, por favor. Te he perdonado.

Sonrío, porque ansiaba su perdón, y es justo tenerlo antes de morir.

—Te amo. Siempre serás mi rosa más pura… Antes de que yo te corrompiera…

Pierdo la conciencia, mientras escucho a lo lejos su grito de dolor y angustiosa.

Ojalá, este no hubiera sido nuestro final. Tenía muchas aventuras por vivir a su lado. Quería vivir, por primera vez, en muchos años.

Ansiaba vivir.

Capítulo 41

Anabella

Temblando, miro a Adam.

Tiro de su ropa, para ver la profundidad de sus heridas. No sé cómo evitar que muera desangrado.

No me puedo creer que haya regresado para verlo morir.

No paro de pensar en todo el tiempo que hemos perdido enfadados, y en los besos que me privé de darle, por temor a amar una mentira.

Adam me ama, pero yo tenía tanto miedo que no podía verlo.

Las heridas que mi padre me dio, su falta de cariño, habían hecho más mella en mí de la que creía. Por eso, cuando todo esto pasó, me dolió tanto. Estaba rota en más pedazos de los visibles, y ahora puedo perder a mi marido, sin saber qué hacer para evitarlo.

—No te mueras, por favor…

—¡Anabella! —Margerit corre hacia nosotros, seguida de Ron —. ¿Qué ha pasado aquí? —pregunta con lágrimas en los ojos, al ver a Adam.

—Lord Radcliffe trató de matarlo… Tengo que salvarlo.

—Vamos, tú puedes hacerlo. Has cosido heridas toda la vida. —Ron sabe la historia de mi vida, ya que se la conté un día—. Toma aire y dinos qué tenemos que hacer.

Su fuerza me recuerda la mía, y asiento.

Les indico que traigan agua caliente y sábanas limpias. Deben encontrarme una aguja e hilo.

Margerit se encarga de todo, porque se conoce el castillo mejor que nadie.

Al poco, llegan los sirvientes de Margerit y nos ayudan a subir a Adam a una mesa grande. Encienden los candelabros y le quitamos la camisa para ver las heridas.

Está perdiendo mucha sangre. Los cortes son profundos y temo que hayan tocado algún órgano importante.

—Evalúa las heridas —me dice Ron con tranquilidad.

Me aferro a su voz pausada, que en este momento me da la fuerza que necesito.

Todos necesitamos ayuda…

Las palabras de Adam se cuelan en mi mente y ahora veo lo ciertas que son. Mi amigo me está dando la fuerza que a mí se me

escapan para salvar a mi marido, y eso no me hace más débil, sino que me hace mucho más fuerte, cuando más lo necesito.

—He mandado ir a por el médico, pero con esta lluvia tardará —me explica Margerit, que tiene una botella de wiski en la mano. Da un trago y me la tiende.

Echo el líquido sobre las heridas y me pongo a evaluar los cortes con los dedos. Por suerte, no parece que hayan tocado un órgano importante. Quemo la aguja y empiezo a coser las heridas, esperando que esto retenga la pérdida de sangre.

Nunca imaginé que cada corte que me hizo mi padre me preparara para este momento: para salvar la vida al hombre que amo. Al final, todo en la vida suma, incluso las lágrimas.

El médico llega cuando he terminado de vendar a Adam, y nos pide que lo dejemos solo.

—Por favor… —me suplica, al ver que no me muevo, pero termino cediendo con miedo de alejarme de Adam.

Al salir, rompo a llorar en brazos de Margerit. Ella también llora por el amigo que quiere.

—Adam es fuerte. No vamos a dejar que muera —me dice segura de sí misma—. No he aplazado un viaje para ir con vosotros, para que él se muera ahora.

—Debisteis iros…

—Esta aventura merecemos vivirla todos. Os dimos un poco de tiempo para que os perdonarais y luego pensábamos pasar noche aquí, para ya marcharnos juntos. Larah y su marido se apuntarán a ir con nosotros, si es así. He mandado aviso para explicarles la situación, y he llamado a las autoridades… Están esperando en el salón. Sé que no es el momento, pero han intentado mataros. No quiero que nadie más culpe a Adam de cosas que no ha hecho. Cada uno tiene que llevar su propia carga sobre los hombros.

Asiento y esperamos noticias del médico antes de ir al salón.

Cuando el doctor sale, me da la enhorabuena por mis cuidados. Dice que estos le han salvado la vida. Ahora solo hay que esperar a ver cómo pasa la noche.

Voy a hablar con el guarda de la aldea para que pase parte a la policía de Londres.

—Lord Radcliffe ha intentado matar a mi marido y hace años trató de matarme a mí, tras acabar con su hermano. Lo he recordado todo. Yo estaba allí —aparto el pelo de mi nuca—, pero lo olvidé por el golpe que recibí, hasta esta noche.

Cuando entré al castillo, tras despedirme de mis amigos y acudir a los brazos de Adam, escuché las voces y fui hacia ellas.

Al entrar en la habitación, donde Adam y su primo estaban luchando, recordé todo. No había visitado esta zona durante mi

estancia en el castillo, porque estaba en el lado de Adam, donde me había prohibido ir.

En ese momento, mis recuerdos aparecieron de golpe.

Hace años, buscaba a mi padre. Pensé que se encontraba en esta ala, y entré en este mismo cuarto. Fue cuando vi a lord Radcliffe discutiendo con un hombre, al que apuñaló y tiró por el balcón.

De la impresión, grité y vino a por mí.

Sin pensarlo, me tiró por el balcón y me golpeé la cabeza.

Me levanté, y sé que fui yo quien manchó las rosas de sangre.

Me desmayé en cuanto encontré a mi padre, olvidando ese momento.

Como mi padre lleva toda la vida haciéndome daño, pensé que la herida era suya.

Pero no fue así. Hoy lo he recordado todo y se lo he podido contar al agente.

Al fin se ha hecho justicia, pero tal vez sea tarde para Adam.

Hemos llevado a Adam a su dormitorio.

No me separo de su cama en toda la noche, vigilando que no tenga fiebre.

Sigue aquí. Está vivo, y eso ya es un logro.

El amanecer llega y veo cómo inunda con su luz el cuarto.

Miro a Adam dormido y acaricio su mejilla. Quiero que abra los ojos y me mire con esa intensidad con la que siempre lo hace. Quiero creer que no hemos llegado hasta aquí para nada.

Llaman a la puerta y digo que pasen.

La señora Aura entra seguida de Elias y Landon. Pasan y, al ver a Adam así, se les ve afectados.

—Siempre sentimos que corría peligro. Por eso, no lo hemos dejado solo casi nunca —explica Elias—. Yo tenía diez años cuando nació. Lo he visto crecer. Estaba ahí cuando perdió a sus padres y juré no dejarlo solo nunca, pero lo dejamos ir…

—No sabíais que esto acabaría sucediendo —les digo—. Nadie lo sabía. De haberlo perdonado, habría estado conmigo, pero no podemos cambiar el pasado. Solo espera un futuro mejor.

Asienten.

—Queremos pedirla perdón —me indica Landon—. Nosotros no queríamos que la engañara, pero sentíamos que eran perfectos el uno para el otro. Le decíamos lo del castillo, solo para que no la perdiera a usted. Era la única forma de que luchara por su felicidad.

—Es cierto, *milady* —añade Aura—. Solo queríamos que la amara. No deseábamos que la hiciera daño. Solo que viviera.

—Ahora lo entiendo —les digo, y dejo que se acerquen para ver a Adam.

Ellos han sido su familia todo este tiempo. Han cuidado de él y han estado ahí, en las buenas y en las malas.

Adam no es consciente de la suerte que tiene con ellos, y yo ahora también.

Al fin he encontrado la familia que siempre soñé, y los amigos que siempre anhelé, y todo ello sin salir de Londres. No necesité surcar los mares para encontrar la felicidad.

Adam se despierta lo justo para beber agua.

Nos turnamos para no dejarlo solo.

Aura ha mandado hacer caldo con mucho alimento, para alternar con el agua, y así vaya cogiendo fuerzas.

El médico dice que todo va bien, pero que no despierte lo pone nervioso. Lo veo en sus ojos.

Eso me aterra cuando cae la noche de un nuevo día y Adam no despierta.

En el séptimo amanecer, miro cómo la luz anaranjada baña su cuerpo y no puedo más. Me rompo y lloro aterrada porque no despierte jamás. Que se vaya consumiendo hasta que su corazón deje de latir.

—Eres un sueño…

Me cuesta asimilar que Adam está hablando.

Cuando lo hago, lo miro y veo sus bellos ojos azules mirándome fijamente. Alza la mano y me acaricia a mejilla.

La cojo y la llevo a mi cara, cuando se queda a medio camino.

—Soy real. Como lo nuestro.

—Estás aquí, conmigo… No te perdí.

Beso su mano y la aprieto.

—No, nunca me perdiste. Solo me costó volver a ti.

—Eso no importa. —Acaricia mi mejilla—. Te habría esperado toda la vida, y toda la eternidad, si hiciera falta.

Nuevas lágrimas corren por mis mejillas. Se queda dormido de nuevo.

—Y yo —respondo, aunque no me escuche, y sonrío, a pesar de las lágrimas en mis mejillas.

Ha despertado. Por fin ha abierto los ojos. Pronto estará mejor. Pronto esta pesadilla habrá pasado.

Me río y lloro.

Lo abrazo y me quedo a su lado.

No lo he perdido.

Capítulo 42

Adam

Con la ayuda de Landon y Elias, me siento en el sillón del salón, donde será servida la comida.

No me han dejado ni un solo momento. Nunca lo han hecho, y ahora sé que de niño eso me salvó la vida.

Son más que sirvientes. Son amigos.

Estas dos semanas han sido complicadas. Perdí mucha sangre, pero Bella me salvó. Se hizo cargo de todo con la ayuda de Ron, que no dejó que el dolor de verme así le hiciera flaquear.

Él y Margerit no se han separado de Bella en estos días. Tampoco Larah y su marido.

Me consta que el castillo ha cambiado bastante. Sobre todo, las rosas, ya que ahora son todas como las que creé, haciendo mezclas para Bella.

Además, Margerit ha solicitado darle un nuevo aire. Sé que es porque está preocupada y no puede evitarlo para distraerse.

Al final, no todo el mundo se fue de mi lado. Solo los que no merecían la pena.

El verano ha llegado y tendremos compañía en el castillo.

Bella no se ha separado ni un instante de mí. Solo cuando la obligaban a cambiar el turno para descansar.

Hoy ha ido al pueblo a por unas telas nuevas para las cortinas, con Margerit y Larah. En realidad, es una excusa para que yo pudiera preparar esta comida y estar aquí, en el salón, en vez de en la cama.

Me siento más fuerte y quiero empezar a salir de mi cueva, en más de un sentido.

Miro los jarrones llenos de rosas, mientras espero la llegada de Bella.

Lo que hizo mi primo ha corrido como la pólvora.

Mucha gente me ha escrito para pedirme perdón por haber sospechado de mí.

No necesito sus disculpas, pero a Bella le gusta estar en Londres y, por ella, debo intentar no ser un ogro. Además, que quiero hacer negocios en la ciudad, y ayudar con mi dinero al museo donde trabaja Ron.

Deseo hacer algo más que ser un duque. Tengo sueños y metas que cumplir, que hace años no tenía.

Escucho unas voces y las puertas se abren.

Entra Margerit que, al verme, sonríe feliz, y luego Larah tira de Bella.

—Hoy la comida será aquí —anuncia nuestra amiga.

—Tengo que subir con Adam —indica Bella.

—Eso no será necesario —añado yo.

Bella me busca y, al verme sentado en el frente de la mesa, con el almuerzo esperando humeante, sonríe con lágrimas en los ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿Y tus heridas?

—Estoy bien, y me muero de hambre. Si quieres podemos sorber la sopa. —Se ríe y me abraza con fuerza. La abrazo, y nos quedamos así quietos, en nuestro propio universo—. Estoy bien.

—Eso veo. —Apoya su frente en la mía—. Me alegra tenerte de vuelta.

—Y a mí poder seguir a tu lado en esta vida. Ya tendremos tiempo para buscarnos en la siguiente. —Se ríe y la beso—. Vamos a celebrar que he vuelto.

—Vamos a celebrarlo.

Bella se sienta a mi lado y el resto de los amigos la imitan.

Miro a Landon, a Elias y a Aura, y les señalo los sitios vacíos.

—Eso no es posible, lord —indica Landon.

—Está fuera de protocolo —dice Elias.

—No me puedo levantar para sentaros a la fuerza, pero lo haré.

Aura gruñe, pero al final se sientan para celebrar este momento con nosotros.

Miro a Bella y alzo mi copa.

—Por el amor en todas y cada una de sus formas. Sin él, el mundo solo podría llamarse infierno.

Alzamos la copa y brindamos.

Al fin el castillo se ha llenado de gente para una nueva celebración, pero ante ellos solo soy Adam. No el duque, ni la Bestia. Solo soy un hombre sin máscara, ante las personas que siempre serán parte de mi mundo, pase lo que pase.

Solo los que se quedan a tu lado, librando las batallas más aterradoras, son los que sonreirán con fuerza cuando la vida te haga feliz. Tu felicidad será la suya.

Al fin he entendido quién soy.

Soy simplemente Adam. Soy solo un hombre que ama con toda su alma, y el amor es lo que me hace poderoso.

Capítulo 43

Anabella

Entro al dormitorio de mi esposo con varios libros de la biblioteca.

Adam, al verme, alza una de sus rubias cejas.

—No me decido. No sé cuál quiero leer…

—¿Y si vivimos nuestra propia aventura?

—¿Cómo?

—Yo estoy mejor, y Margerit tiene todo listo para viajar. ¿Te apuntas?

—¿Piensas irte sin mí?

Se ríe y tira de mí.

—No, quiero que vayamos a vivir todo lo que siempre soñaste…

—En verdad, solo soñaba para escapar de mi mundo, pero soy feliz, Adam. Soy feliz contigo. No necesito irme.

—No, pero será una gran experiencia y podrás llevarte varios libros. —Me río—. ¿Lo hacemos juntos?

—Lo hacemos juntos.

Nos besamos y la caricia se vuelve cada vez más urgente.

Me detengo por miedo.

Apoyo mi frente en la de él y lo miro con amor, pero sin temor.

Tras lo vivido, el miedo se fue.

Mi único miedo era perderlo.

Hablamos de lo que sentía, de lo perdida que estaba y de que tenía miedo de confiar de nuevo porque, dentro de sus imperfecciones, lo había hecho perfecto para mí. Cuando esto se rompió y me traicionó, sentía que nada era real, pero lo era.

Adam nunca será perfecto, pero yo tampoco. Somos como esas bellas rosas que lucen hermosas, pero con cientos de espinas que nos recuerdan que, aunque la vida duele, no por eso deja de ser preciosa.

Cuando me mira, ya no hay dolor. Solo existe el deseo de vivir cientos de aventuras a su lado.

—Adam, no debemos…

—Si estoy bien para viajar, estoy aún mejor para hacer el amor a mi esposa. A menos que no quieras. —Veo la duda en sus ojos, junto al miedo a que lo rechace.

Solo nos hemos besado, por temor a que los puntos se

saltaran.

Ya le han quitado los puntos. Está bien, y no hay peligro.

Lo miro, y tiro de las cintas de mi vestido a modo de respuesta.

Adam se quita la camisa y nos besamos, yendo hacia la cama a tientas, hasta caer enredados sobre ella.

Terminamos de quitarnos la ropa que nos faltaba y entra en mi interior con fuerza.

Apoya su frente en la mía, disfrutando del placer de sentirnos de nuevo unidos, de esta forma tan íntima.

—Toda la vida, Bella. Te habría esperado toda la vida. —Lame mi boca y me besa.

Lo creo. Creo en lo nuestro y en su amor.

Sale y entra de mi interior con energía.

Noto cómo mi cuerpo se abre por él, hasta que nos corremos juntos, agitados. Nos abrazamos y dejamos que el tiempo avance. No tenemos prisa.

Adam mira la pasarela del barco.

Subo primero y le tiendo una mano.

En la cubierta ya están nuestros amigos, junto a Elias, Landon, la señora Aura y su hijo.

Ninguno quería perder esta aventura. Tampoco dejarnos solos a Adam y a mí.

El tío de Ron también se ha apuntado, por lo que somos un grupo de lo más peculiar.

Adam toma aire y centra su mirada en mí.

—No tenemos por qué hacerlo.

Mira mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Es solo que el mundo se me antoja de repente demasiado grande, tras tantos años encerrado.

—Lo sé. Siempre puedo ser tu máscara, cuando necesites huir. —Aprieta mis dedos.

—Ya no me da miedo que vean que solo soy un hombre. —Da un paso hacia mí y luego otro.

Subimos juntos al barco y nos apoyamos en la barandilla.

Adam está detrás de mí, abrazando mi cuerpo.

Observamos cómo lo preparan todo, para alejarnos de Londres.

Tomo aire, emocionada. Lo miro de reojo y me sonríe.

—Te amo.

—Y yo a ti. —Besa mi cuello—. Quiero darte todo lo que te haga feliz.

—Solo tenía que encontrarte, Adam. Solo te necesito a ti para ser feliz.

—Entonces, te daré todo lo que sueñes conmigo. A mi lado.

—Me gusta cómo suena eso.

Contemplamos juntos como Londres se hace cada vez más pequeño, al lado de nuestros amigos.

Estoy nerviosa, estoy feliz… Soy feliz. Más feliz de lo que nunca soñé.

Al fin he entendido que la mayor aventura de tu vida no es la que te trae la distancia, sino la que puedes encontrar si te atreves a vivir tu propia vida. Si dejas que el miedo no guíe tus pasos, sino la ilusión de que nunca se sabe dónde hallarás tu camino. Dónde encontrarás tu próxima aventura.

Epílogo

Adam

Paso por el pasillo para colocar en nuestra sala de los tesoros el cofre que encontró Bella en una de las excavaciones. La íbamos a donar al museo, pero Ron nos animó a que hiciéramos una fiesta para recaudar fondos, y así de paso la gente podría admirar las obras de arte que hemos adquirido a largo del mundo.

Entro y dejo el cofre.

Al alzar la cabeza, veo cuadros de Bella, que le han hecho varios pintores. Desde los más prestigiosos a algunos bohemios que, al verla, se sentían abrumados por su belleza y querían retratarla. En todos ellos, aparece con el collar que le regalé, y del que cuelga la rosa de color rosa. Algunos la llamaban la dama de las rosas.

El último retrato es mi favorito, porque salen mi mujer y mis dos hijos. Un niño dulce y cariñoso, de cuatro años, y una niña de apenas un año. Ambos están abrazando a su madre, y yo salgo no muy lejos, admirando a mi familia.

Hemos vivido cientos de aventuras, pero, cuando tuve a mi hijo entre mis brazos, supe que él sería la mejor de todas.

No me equivocaba.

El pequeño Hermes y Elora son todo nuestro mundo.

—Va a ser una gran fiesta. Me he encargado de todo. —Margerit se me acerca y acaricia el cofre.

—Empiezo a pensar que no tenéis casa y que por eso estáis siempre de invitados en la mía. —Se ríe feliz.

Ella y Ron se casaron en uno de nuestros viajes. Su hijo tiene tres años y es un trasto. Es tan inquieto como su madre.

—Nunca habríamos sido tan felices, si nos hubiéramos casado —comenta de pronto.

—No, pero lo habría intentado.

—No solo basta con intentar para ser feliz. Hay que serlo.

—Lo sé, y, por eso, ahora estamos aquí.

—Sí, y pienso hacer uso de tu casa cuando me dé la gana. —Me río y nos abrazamos—. Me alegra que todo saliera mal entre los dos. No te lo tomes a mal, pero… soy feliz, Adam.

—Y yo. Yo también soy feliz.

—Ahora ve a arreglarte, que los invitados están a punto de llegar y eres el anfitrión.

—No lo parece dado que tú te has encargado de todo. —Se ríe descarada.

Subo a mi cuarto y paso por la habitación de los niños.

Al verme, corren a mi lado.

—Deberíais estar durmiendo.

—No sé cómo conseguir que lo hagan —dice la niñera.

—Estamos esperando a mamá. Nos va a leer un cuento, antes de ir a la fiesta —indica mi hijo.

La puerta se abre y aparece Bella. Con los años, su belleza no ha hecho más que aumentar. Es la mujer más hermosa que he tenido la suerte de conocer. En todos los viajes que hemos hecho, ni una mujer ha conseguido nunca eclipsarla. Solo tengo ojos para ella. Vaya donde vaya, y esté donde esté, ella es todo mi mundo.

Se ha puesto un vestido en dorado. Al verme, sin vestir, pone mala cara.

—Vas a llegar tarde a tu propia fiesta.

—Pues sí, la verdad, porque no pienso ir a arreglarme hasta que acabes el cuento.

Mis hijos saltan felices y se tiran a mis brazos, mientras Bella elige uno de los cuentos, para leernos. Como hace siempre, se inventa cosas y añade algunas cosas de las aventuras que hemos vivido.

Los niños se duermen en mis brazos y los acostamos.

Beso a Bella.

—Corre a cambiarte.

Eso hago.

Me marcho para vestirme y cuando salgo, me está esperando para que bajemos juntos la escalera.

—¿Lista? —le pregunto cuando le tiendo el brazo.

—Contigo siempre.

Bajamos la escalinata.

No dejo de mirarla de reojo y, al llegar al último escalón, la beso y giro con ella.

—Estás loco —dice entre risas, al ver que algunos invitados nos miran con reprobación.

—Pero eso ya lo sabes.

Larah y su marido son los primeros en saludarnos. Sus dos pequeños se han quedado en casa, pero hemos prometido hacer una fiesta para los niños en dos días.

La gente nos saluda y cuando entramos al gran salón, está todo precioso. Hay cientos de rosas, de todos los colores, que he creado para mi familia, por la vida y por cada instante de felicidad, pero, entre todas ellas, destacan las creadas para mi esposa. Ya no solo me conformo con el rojo y el blanco. La vida está llena de matices.

Entonces, hago lo que de seguro me van a criticar.

—Se oye una canción… ¿La bailas conmigo? —Le tiendo la mano a Bella y ella solo sonríe feliz, antes de aceptar.

—Nuestra canción nunca dejará de sonar.

Cojo a mi esposa para bailar, y danzamos varias canciones, hasta que los pies nos piden parar.

Bella ríe, como esa niña que nunca pudo ser, y yo sé que, por hacerla feliz, sería capaz, si me lo pidiera, de poner el firmamento a sus pies.

Hace tiempo que aprendí que el amor duele, pero más daño hace vivir sin permitirte el placer de amar de nuevo.

No hay amor sin miedo, y no hay miedo sin batalla.

Yo, por mi familia, seré ese príncipe que derrota dragones, con tal de que nadie destruya mi castillo.

Al fin entendí lo que mi padre me quiso decir hace años, la razón por la que el título no importaba.

Nací para ser príncipe, pero aprendí que, siendo quien soy, ya era perfecto. El título no hace al hombre, sino que es el hombre el que hace al título.

La vida es lo que sucede a tu alrededor, mientras tomas aire para vivir tu próxima aventura. Nunca se detiene, nunca deja de girar, nunca deja de cambiar.

Nunca dejas de amar…

Nota de la autora

Cuando era niña, vibraba con la película de *La Bella y la Bestia*. Era mi película refugio, al que iba para sentir paz.

Esa película me enseñó que hay mucho más mundo más allá de tu aldea, y que una mujer fuerte puede hacer que, alguien encerrado en su interior, recuerde que hasta una bestia herida puede ser curada.

El amor de la Bella y la Bestia me conquistó, y siempre quise crear algo inspirado en esa historia. En esos momentos de emoción.

Espero que esta historia te haya emocionado y la tengas para siempre en tu corazón.

He amado dar vida a este libro. Esta historia de amor merecía ser contada.

Gracias por leerla y por ser parte de mi mundo de lectores.

Agradecimientos

A mi marido y mi hijo, que son las personas que más quiero. Gracias por apoyarme en cada novela y vivirlas como si fueran vuestras. Por ser tan frikis y amar tanto las películas de Disney, como yo.

A mis padres y a mi hermano, porque sois increíbles y os quiero mucho.

A Ediciones Kiwi, por apostar por todas mis locuras.

A mis lectoras cero, Sara, Jenny, Jessica y Raquel, por vuestros consejos y cariño hacia mis libros siempre.

A Merche y Natalia por estar siempre ahí.

A mis lectores, las «moruadictas», como yo las llamo, por ser parte de mi mundo en cada novela y estar ahí, sea el género que sea, apoyando a tope mis libros.

Y a los nuevos, gracias por darles una oportunidad a mis letras.